

AQUELLO que NO SE VE

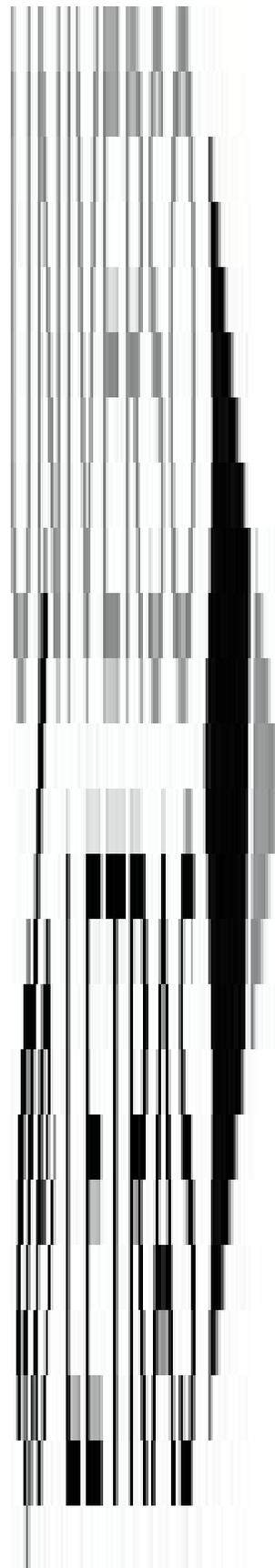
Ana Fernández Arruty

UNIVERSO
de LETRAS 

Aquello que no se ve

AQUELLO
que NO SE VE

Ana Fernandez Arruty



Título: Aquello que no se ve

Ana Fernandez Arruty

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Ana Fernandez Arruty, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Ana Fernández Arruty

universodeletras.com

Primera edición: 2019

Prólogo

*Caminaré adonde mi naturaleza me lleve,
pues me humillaría elegir otro guía.
Allí donde pastan entre helechos los grises rebaños,
allí, a la montaña, donde brama el viento salvaje.*

~ Emily Jane Brontë.

Parte 1

I

¡Cuánta belleza posee lo que el hombre aún no ha tocado! Tan puro, natural, y salvaje... Algo espontáneo, imperfecto, sin ataduras ni más reglas de las que a sí mismo se impone. Porque, ¿qué hay más hermoso que lo que es tal y como debe serlo? Sin tapujos, impedimentos o prejuicios. Sin cánones ni influencias. ¡Cuánta belleza! Ser, como sólo tú puedes serlo...

E. C.

Marzo, 2001

El paisaje era verdaderamente hermoso. Sin duda había hecho bien en escoger la primavera como época de la visita.

A pesar de la humedad del aire que empapaba la vegetación, el sol brillaba con fuerza y daba la sensación de un cálido día de verano.

Caminé por el sendero un largo rato y me sorprendí a mí misma con la frente perlada por el sudor. De niña solía corretear por terrenos como éste durante horas sin apenas realizar esfuerzo, pero cierto es que estos últimos años la vida más bien tranquila de mi modesto apartamento de Londres me había hecho perder la práctica.

Continué avanzando, absorta en estos pensamientos cuando, de repente, algo rígido con lo que se toparon mis pies hizo que perdiera el equilibrio y que cayera de una forma tan ridícula que hasta me pareció oír cómo se reían de mí.

Recuerdo haber soltado una maldición hacia mí misma por prestar tan poca atención al sendero, que era tan escarpado que si hubiera tropezado unos metros más a mi derecha me habría despeñado ladera abajo.

Tras levantarme con cuidado y quitarme un par de helechos púrpura del cabello, me giré hacia la roca que me había hecho caer, pero, para mi sorpresa, no había ninguna.

En su lugar encontré algo que sobresalía de la tierra del camino, algo puntiagudo, como una esquina. Me acerqué a ella y empecé a escarbar, y pasados unos instantes tenía entre mis manos, sucias y congeladas, una extraña caja de madera oscura.

Me senté sobre un montón de musgo y la abrí sobre mi regazo. No me costó mucho, porque, aunque el cierre era antiguo, de esos que utilizan un sistema de palancas para accionar el mecanismo, el óxido —y probablemente el hielo— lo habían desgastado considerablemente.

Dentro de la caja había un cuaderno en perfecto estado, y aunque eran evidentes las consecuencias del paso del tiempo en él, se conservaba bastante bien para haber estado bajo tierra en este lugar, tan a merced de las inclemencias del tiempo.

En él aparecían las iniciales E. C., y el año en el que había sido escrito: 1933.

Lo cogí, fascinada, y lo abrí con delicadeza. Sus páginas amarillentas estaban llenas de textos y poemas escritos a mano, con letras estiradas y finas muy elegantes escritas con fuerza en tinta negra.

Parecía un diario. Ojeé algunos relatos, y todos ellos despertaron en mí una fuerza y una pasión que me recordaron en seguida a los versos de Emily Brönte, pero también me llamó la atención el intenso cariño que volcaba en cada palabra, sobre todo en aquellos en los que hablaba sobre el páramo en el que yo me encontraba.

Mientras escudriñaba el mundo interior del dueño del diario a través de la ventana que su cuaderno me brindaba, mi enterrado espíritu de escritora me susurraba que el autor debía ser una persona salvaje, libre, con una feroz necesidad de aventurarse allá donde nadie más lo haría, lejos de los convencionalismos de aquel 1933.

Pude adivinar su gusto por los literatos del Romanticismo, en los que sin duda se inspiraba. De hecho, de no aparecer la fecha del día en el que escribía, los habría tomado por relatos de la época. Se percibía esa nostalgia propia de aquel tiempo en cada línea, incluso en las páginas meramente narrativas en las que simplemente contaba qué le había ocurrido en esa jornada.

A medida que avanzaba, sus notas se volvían más oscuras, tristes y angustiosas. Pude sentir cómo su alma se escindía, se partía en dos a medida que pasaba el tiempo, que envejecía, tal vez, prematuramente, a causa de la nostalgia por un hogar al que no pudo regresar, un hogar que quizás nunca fue, y a la añoranza y el dolor que describía por los lugares perdidos de su pasado.

—¡Santo cielo! —del susto que me provocó esa voz detrás de mí di un salto que casi me hace dejar caer el cuaderno y la caja en un charco de barro que había a mis pies.

II

Tras la lluvia, unos tenues rayos se abren paso entre las nubes, creando leves destellos en hojas y ramas que tintinean, cubiertas de rocío. En el suelo se crea un mosaico de luces y sombras de tonos amarillos, verdes, marrones y rojos. Es temprano y muchos aún duermen, y fuera, en el frío, reina una calma imperturbable y silenciosa, interrumpida solamente por el canto de los pájaros, ladridos distantes, un cuervo, un gallo, aullidos... El día despierta con los árboles, que se desperezan estirando sus brazos sutilmente, dejando caer el rocío que la noche olvidó sobre ellos.

E. C.

Septiembre, 1933

Al escuchar el crujido que hacía la puerta al abrirse, Margaret dejó la muñeca en el suelo, frente a su hermana, y corrió lo más rápido que pudo hasta la entrada.

—¡Papá, papá! —él no había siquiera cruzado del todo el umbral y ya la tenía allí, abrazándole y saltando a su alrededor como un perro eufórico recibiendo a su dueño tras una interminable espera.

—Hola, pequeña... tranquila, tranquila... —la abrazó y frotó su diminuta cabeza, poblada de una oscura melena rizada que flotaba sobre sus hombros.

Ella dejó de saltar y clavó sus almendrados ojos verdes en su padre, muy seria.

—¿Me has traído hoy una historia? —espetó la niña. El viejo Hans le dedicó una de sus medias sonrisas, se arrodilló para quedar a su altura y le mostró el par de conejos que tenía ocultos tras la espalda.

—Un buen cazador nunca vuelve con las manos vacías.

Después de la cena, que fue breve, ya que Margaret aborrecía comerse los animales que traía su padre, esos que ella se esforzaba tanto en alimentar a sus espaldas en el bosque, los tres se sentaron alrededor de la mesa de la galería, aprovechando que el calor se resistía a abandonar las noches de finales de verano.

—Veréis, hijas, la historia que hoy voy a contaros es muy especial.

—¿Por qué? —inquirió Avory, bostezando.

—Porque, esta vez, la protagonista vive a escasos metros de esta casa...

—¿Una nueva vecina? —el rostro de la mayor de las hijas se iluminó al contemplarse jugando con su vecina y su hermana en los jardines de la casa colindante de la arboleda, que había estado deshabitada durante años. Ésta era grande, distinguida y terriblemente gótica. Desde el exterior se veía antigua y descuidada con los años, pero aquello sólo conseguía acentuar su aura, ya de por sí misteriosa y espléndida. No era la única joven que se había imaginado viviendo allí.

Hans observó a Margaret, que puso los brazos en jarra mientras le miraba, apremiante, y rió. Dominaba a la perfección el arte de la sugerencia, y sabía lo mucho que impacientaba a sus hijas que fuera relatando sutilmente sus historias, sin concretar demasiado y dejando un amplio espacio a su chispeante imaginación.

—Así es. William Corman los vio llegar el sábado en coche, nos lo ha contado a todos esta tarde en la taberna de Charlton.

Margaret advirtió por el tono severo de su padre que aquella historia distaba mucho de ser sólo uno más de los relatos que solía contarles después de la cena.

—Es una familia extraña, del norte... Pocos los conocen por aquí. ¡Y más raro aún es que se hayan mudado sólo tres de sus miembros... el padre, la niña, y el perro!

—¡Un perro! —intervino Avory. Margaret dedicó una mirada de desdén a su hermana mayor, que siempre se había considerado una fiel amante de los animales, a pesar de que era de lo más probable que dejara morir a cualquiera de ellos de inanición si alimentarlos supusiera ensuciar uno de sus preciosos vestidos. La pequeña frunció el ceño.

—¿Tú los conoces, papá? —preguntó. Hans se frotó la nuca.

—Negocios. El señor Collinwood me encargó carne de venado una vez.

—¿Y su mujer?

—No lo sé. No ha venido con él.

—¡Podemos ir a conocerles! Así podrás preguntárselo.

De repente la expresión de su padre se volvió más seria.

—De ninguna manera. De eso precisamente trata la historia de esta noche. —hizo una pausa y carraspeó bajo la atenta mirada de las niñas.

—En la taberna me han contado los rumores que circulan por el pueblo. Dicen que la hija de los Collinwood está loca, que mató a su madre y es peligrosa, y que su padre no ha tenido más remedio que mudarse lejos de su antiguo hogar para cuidar de la muchacha, a la que no deja salir de la propiedad, por cierto.

Hans hizo una pausa y contempló los semblantes de sus dos oyentes. Avory le miraba, incrédula, con los ojos muy abiertos y los músculos en tensión, esperando el final de la historia. Sin embargo, Margaret, que se había quedado de pie en la galería, escuchaba desde cierta distancia, apoyada en la cristalera con los brazos cruzados y el ceño aún fruncido. Ciertamente no era tarea fácil envolver a la menor de las hermanas en historias y cuentos sin más, por mucho que le gustaran. Haría falta algo más.

—Por eso no se les ha visto desde que han llegado. —prosiguió Hans. —Incluso puede que haya asesinado también a su padre en su propia casa... —se acercó a las pequeñas, y ahuecando su mano junto a la boca como si fuera a contar un secreto, añadió:

—El señor Corman cree que es una bruja, ¡un demonio! Ha dicho que le ha parecido verla merodeando con su lobo por su granja.

Avory inspiró con fuerza y se llevó una mano al pecho. De repente, parecía más pálida. —¡Un lobo!

—En efecto. Por eso me gustaría que por el momento os mantuvierais alejados de esa casa.

—¿Cómo es el lobo, papá? —si existía alguna ventaja en ser la hermana menor, esa era, sin duda, la tendencia a conseguir siempre lo que quisieras, y Margaret conocía muy bien cómo utilizarla a su favor.

—Es... fiero, corpulento... —su mirada se perdió en algún punto del bosque que se extendía más allá de la cristalera, y tras una pausa, probablemente sumergido en alguno de sus recuerdos, insistió:

—Quiero que tengáis cuidado. Dios quiera que nunca se escape y tengamos un accidente. —se estremeció.

A Margaret le sorprendió el hecho de que él, su padre, se sintiera intimidado por un perro. No, sin duda había algo más. Un cazador como Hans Landbeck jamás se dejaría impresionar por una mascota, por muy grande que fuera.

Avory desechó de inmediato la idílica imagen que su poderoso ingenio había creado y la sustituyó involuntariamente por la de una inmensa bestia furiosa que la perseguía, destrozando sus muñecas, o aún peor, su vestido. Tener la imaginación desbocada no siempre era una virtud.

Mientras tanto, Margaret permaneció inmóvil con los ojos muy abiertos, aún atentos a su padre. Peligro. Misterio. Advertencia. Los tres ingredientes que, combinados, daban lugar a las

maquinaciones y planes más temerarios que la mente de una niña traviesa es capaz de inventar.

III

Horrible, ¡qué horrible es ver rasgarse el velo de la realidad, de la inocencia!

Y secarse las lágrimas mientras caminas entre los trozos afilados de lo que tú mismo has creado para aislarte.

E. C.

Marzo, 2001

Me volví con el corazón a mil hacia dónde había proveniendo la voz, y vi a una anciana acercándose a mí por el sendero con una agilidad que yo jamás habría logrado alcanzar.

Llevaba el pelo de color gris recogido en un moño y vestía ropas anticuadas y oscuras que me llamaron la atención, ya que resultaba increíble que aquella señora hubiera recorrido el mismo camino que yo con tanta rapidez que su presencia me había pasado totalmente inadvertida. Mi incredulidad debió ser notable, porque además del aspecto aterrado que mi cara debió presentar en ese instante, no fui capaz de articular una palabra.

—¿No será eso lo que creo que es? —preguntó. Se acercó al cuaderno, muy pegada a mí, y se sentó a mi lado, contemplándolo, pero sin atreverse a tocarlo. Lo observó con admiración durante un rato y sonrió.

—Perdone, no quería asustarla, pero no he podido evitar emocionarme al ver lo que ha encontrado. Parpadeé, todavía asimilando la aparición casi de la nada de aquella vetusta mujer.

—Bu... buenas tardes. —respondí. Ella me estrechó la mano de una forma que me recordó a la de mi abuela. —Soy Catherine Whitehall.

—¡Vaya! Veo que no es de por aquí. —dijo examinando mi ropa de deporte.

No soy una mujer deportista, de hecho, lo que llevo puesto había sido específicamente comprado para aquella excursión, y he de admitir que al lado de su indumentaria antigua y cómoda, de todos los días, mi atuendo resultaba ridículo, y era obvio que ella también notaba que no tengo ni la menor idea sobre vestuario deportivo.

—Es usted de la capital, ¿no es cierto?

—Así es... he venido a pasar el...

—¡Qué maravilla! —interrumpió. —¿Y qué trae a una señorita de Londres a un lugar tan remoto y olvidado como éste? Perdóneme, sé que no es de mi incumbencia... —se rió mientras cogía mis manos de nuevo, olvidando la caja y su misterioso contenido. —...pero es que por aquí no hay muchos turistas, ¿sabe usted? No hace falta que conteste...

Aquella mujer no encajaba en absoluto con la idea que me había formado sobre ella en un principio. Tras el susto me pareció siniestra, impertinente, e incluso lúgubre, pero comprobé con satisfacción que en realidad era agradable, cariñosa, y olía a menta y a anís.

Le expliqué que quería ser escritora y que necesitaba una buena historia, una digna de contar, y que debido al aburrido y monótono —además de escaso— tiempo libre que mi antiguo trabajo me dejaba, había decidido aparecer allí, sin más motivo que el de mi dedo señalando bajo libre albedrío aquel pueblo en el mapa, y que en un ataque de locura, había cogido el coche en dirección a ese lugar aleatorio. Además, una voz interior que no dejaba de susurrarme desde entonces me decía que las villas remotas y boscosas, llenas de ancianas de negro que aparecen de repente, eran los mejores sitios donde buscar inspiración; esa que situaría el nombre de mi novela entre los grandes de la literatura inglesa.

—Vaya... —meditó mis palabras un instante y me clavó sus ojos verdes, llenos de curiosidad y respeto. —¿Qué clase de historia?

—En realidad, cualquiera que valga la pena. Aún no he elegido ningún tema en especial, pero por eso estoy aquí. He oído que en las zonas rurales abundan las leyendas y las supersticiones.

—Pues está de suerte, señorita Catherine. ¿Sabe usted qué tiene entre las manos?

IV

Aprisionada me siento. Arde en mi pecho, batiéndose en su interior mi corazón se agita, ansioso de sentir, de vivir, de librarse de esta jaula tan escasa que apenas contiene aire que respirar.

E. C.

Septiembre, 1933

Por fin había cesado la tormenta. Si bien Margaret contaba con numerosas virtudes, la paciencia no era una de ellas. La espera a que el clima fuera de nuevo favorable se le había vuelto especialmente larga y desesperante, pero decidió emplear esos días muertos para trazar el plan que llevaba revoloteando por su mente desde la noche en la que su padre le advirtió sobre los vecinos.

Aquel día apenas probó bocado, debido a que inventar una coartada creíble que utilizar en caso de un posible desastre no dejaba tiempo para comer. Además, el faisán que se hallaba en el centro de la mesa —y al que había visto siendo horriblemente desplumado minutos antes— era sospechosamente parecido a su querido amigo el Señor Pardo.

Mientras Ivory describía con todo detalle el precioso pañuelo que había bordado con los hilos que Hans había traído del pueblo, Margaret se escabulló de la cocina con destreza, esa que toda hermana menor debía adquirir para desvanecerse en momentos en los que los primogénitos absorben toda la atención. Salió sigilosamente con el corazón palpitándole con fuerza. Era una aventurera nata, pero realmente nunca había cometido un verdadero acto de valentía, y creyó que colarse en una inquietante casa ajena para ver por sí misma a la inaudita familia que había logrado asustar a su padre era un buen comienzo.

Por supuesto, no se acercó de frente, atravesó la arboleda, cuyos robles viejos y nudosos creaban un ambiente sombrío y abandonado. Hasta el momento no había oído ningún indicio de que hubiera una niña mentalmente desequilibrada en el interior de la propiedad, pero tragó saliva al evocar la terrorífica hipótesis que su padre había planteado días atrás, esa en la que el dueño era asesinado por su hija, pero aun así optó por trepar el árbol más cercano a la casa, cuyas ramas alcanzaban la propiedad por encima del muro.

Contempló, maravillada, aquel espacio delantero que tanto le recordó a uno de esos jardines ingleses de 1818 que había visto en uno de los libros de botánica de su madre, pero, pese a todo, no vio nada más que toda esa maleza impenetrable que se alzaba sobre la hierba descuidada de lo que parecía un bosquecillo. Había senderos irregulares dibujando caminos tortuosos entre la vegetación, aparentemente no domesticada, dando una impresión maravillosamente natural.

Comenzó a descender con cautela por el tronco, decepcionada ante el aparente fracaso de su intrusión, cuando, tras descolgarse de la rama más próxima al suelo y dejarse caer sobre un mullido montón de hierba, su corazón dio un vuelco. A su lado, como por arte de magia, había aparecido una joven, varios años mayor que ella.

Era atractiva de algún modo, aunque su aspecto era verdaderamente inquietante. Llevaba la melena suelta y enmarañada, y Margaret pudo observar que era densa, dorada y muy larga. Tenía unos grandes ojos ambarinos que le evocaron a los de las fotos que había visto en El libro de los animales silvestres, también de su madre. Momentos después, un animal de gran tamaño salió de entre la hierba, siguiendo los pasos de la joven. En efecto, era muy grande, y, además, su pelaje largo y erizado de color gris le otorgaba una apariencia aún más impresionante.

Margaret se estremeció al encontrarse con sus ojos amarillos, de mirada inteligente y poderosa, como la de una persona.

—Hola. —dijo la desconocida, simple y espontánea. Margaret tuvo que colocar la mano sobre sus cejas para distinguir la figura de su vecina, que se recortaba frente la intensa luz solar, y desvió la mirada hacia la *otra* figura. A pesar del contraluz, no le hizo falta forzar la vista para percibir que a aquella criatura no le entusiasmaba su presencia. Su mirada se clavó en ella, llameante y aterradoramente hipnótica, pero se relajó cuando la muchacha de melena salvaje pasó la mano por su lomo. El animal bajó la guardia, sin apartar su profunda mirada de Margaret.

—Se llama Kin. No temas, no te hará daño.

Tal vez fue su tono tranquilizador, o el extraño contraste que había entre la delicada joven y su bestia, pero tras un segundo vistazo, no le parecieron tan temibles.

Ésta debió notar la forma en la que su pequeña intrusa observaba el cuaderno que tenía entre las manos, porque se lo entregó, sonriendo de aquel modo tan enigmático y cautivador.

—Mi padre me lo ha regalado hace poco y hoy voy a estrenarlo. Aquí fuera puedes imaginar historias mucho más interesantes que dentro de una casa. —dijo la joven mirando a su alrededor. Margaret vislumbró por primera vez el fugaz destello que ardía en los ojos de su vecina cada vez que hablaba de una inminente aventura. —¿Te gustaría acompañarme?

Un escalofrío recorrió la espalda de la curiosa exploradora.

—Sí. —respondió con firmeza.

Margaret aún no lo sabía, pero aquella tarde sería una de las que permanecerían siempre en su memoria.

Elin. La asesina, la loca, la peligrosa criatura a la que bajo ningún concepto debía acercarse, la cogió de la mano y le mostró lugares a los que nunca se le habría ocurrido adentrarse, que parecían encantados, como el que sería su favorito: ese bosque tan frondoso que se extendía por la ladera, cerca de su casa, en el que, según le había contado Elin, si prestabas suficiente atención podías oír el murmullo de los árboles revelando historias del pasado.

También fue allí donde empezaron a inventar historias, y donde, con un poco de imaginación y todo lo que pudieran encontrar, dieron vida a valerosos personajes y horripilantes monstruos del bosque a los que inmortalizaron en sus cuentos. Allí recibiría el escrito que, acusado por su autora de ser demasiado sentimental, había sido rechazado, ignorando los elogios de la que sería su admiradora más fiel, y que, lejos de desechar, guardaría con recelo durante tantas décadas.

—Elin... son preciosos...

—¿De veras lo crees? —ella le miró mientras sus ojos emitían ese brillo tan peculiar.

—Por supuesto. Creo que eres tan buena que hasta podrías escribir una novela entera, ¡e incluso una saga! —Elin rió.

—Así será, si tu así lo deseas. Oh, Margaret, estoy tan feliz de haber encontrado a alguien que disfrute con mis cuentos... A partir de ahora, ¡te nombro mi crítica y obligatoriamente primera lectora oficial!

Kin, que estaba echada al sol a unos cuantos metros sobre el pasto, rodó sobre sí misma hasta quedar boca abajo y les observó.

—Oh, vamos, no te ofendas, querida. —las dos niñas rieron, divertidas.

—Deberías llenar este cuaderno de relatos, y cuando lo termines, llenar otro, y otro, y, mientras, esconder los antiguos hasta que alguien desee publicarlos. —sugirió la pequeña.

—Me parece una idea estupenda.

Kin se levantó y se sentó a la sombra, justo detrás de su dueña, y apoyó la cabeza en su hombro. Elin la acarició.

—Se está haciendo tarde. Mi padre se enfadará si me retraso más... —recogió el cuaderno y los lápices y se puso en pie. Margaret se puso tensa al recordar las palabras de Hans, que parecían seguirla a todas partes desde entonces, recordándole que no debería estar ahí.

...que mató a su madre y es peligrosa, y que su padre no ha tenido más remedio que mudarse lejos de su antiguo hogar para cuidar de su hija, a la que no deja salir de la propiedad...

—¿Y tu madre? ¿No quiere ella leer tus cuentos? —preguntó Margaret. Elin se paró y cruzó la mirada con Kin. En cualquier otra situación, aquel gesto habría parecido una simple casualidad.

—Mi madre murió.

—La mía también, estaba enferma. —alegó la pequeña. El rostro de su nueva amiga pareció ablandarse un poco.

—Vaya... — Elin sonrió levemente y le extendió la mano. —Lo siento mucho... Parece que tenemos más cosas en común de las que pensábamos, ¿no crees?

Margaret sonrió. Su padre se equivocaba, su vecina no era en absoluto malvada, y tampoco Kin.

—¿La tuya también estaba enferma? —preguntó. Elin sonrió mientras arrancaba una margarita, que le colocó en su trenza de color negro.

V

Fuimos hoy Kin y yo al arroyo y caminamos un largo rato siguiendo su curso, dejando que el ruido de sus aguas se llevase todo, y me contara, bajito, sus historias. Caminé descalza por su cauce, allá donde fluye más calmado, y hundi mis dedos en la arena y el barro. [...]

E. C.

Marzo, 2001

Empezó a llover de repente a pesar del buen tiempo del que disfrutábamos hace unos minutos y no puede evitar pensar en casa, en Londres, donde el clima puede sorprenderte con un sol radiante en abril o agua nieve en agosto.

La anciana se ofreció a llevarme hasta su vivienda para contarme con detalle lo que sabía sobre el dueño del cuaderno. Irónicamente fui yo la que necesité que me sujetaran mientras descendíamos por aquella pedregosa cumbre, que ahora, además, se había convertido en un lodazal. Admiré de nuevo su equilibrio y robustez, tan impropios de una mujer de su edad.

Me condujo por un atajo que no había advertido antes, mucho menos empinado y peligroso, que además nos llevó en menos tiempo a la carretera. Antes de que me diera cuenta estábamos en su casa: una humilde construcción de dos plantas, pintada de blanco, con un pequeño jardín lleno de árboles frutales y una modesta mesa de piedra en el centro. De no ser por la lluvia y las nubes me habría parecido un lugar acogedor, íntimo y discreto, perfecto para sentarse a escribir las tardes de verano.

Abrió la verja metálica y tiró de mí con sus vigorosas manos hacia una escalera de piedra situada en una esquina de la casa, tras el jardín, que quedaba oculta por los árboles.

Al principio me pareció de lo más extraño que las hubieran construido de ese modo. Ni siquiera estaban orientadas hacia la entrada de la propiedad, y tampoco se hallaban en el centro de la fachada, algo que resultaba insólito tratándose de la parte principal de la propiedad.

Cuando las subí comprendí el porqué de aquella peculiar distribución. Todo el exterior estaba cubierto por una cristalera, formando una galería de aspecto antiguo y austero, a modo de porche, en el que había varias macetas con sus respectivas plantas y una mesita redonda de madera y cristal acompañada de dos pequeñas sillas a juego.

Mientras la mujer sacaba las llaves de su oscuro mandilón y abría la puerta contemplé el lugar, y tuve una sensación extraña, casi mágica, como un *déjà vu*, o el dulce escalofrío que sientes al regresar a tu lugar favorito de la infancia.

—¿Te apetece un té, Catherine, querida?

—Sí, por favor, señora...

—¡Santo cielo! —interrumpió. —Qué mala educación por mi parte, disculpe que no me haya presentado. Me llamo Margaret Landbeck.

Rodeé la taza humeante con las manos, movida por el deseo de beber algo caliente, e insistí en sentarnos en el rincón de lectura de la galería, impaciente por escuchar la historia de la misteriosa caja del páramo.

No hacía frío allí, y la atmósfera que creaba la lluvia cayendo por los cristales y el paisaje que ofrecía el bosque que rodeaba la casa me parecía la más adecuada para escuchar a mi curiosa confidente, así que crucé las piernas, le di un sorbo al té, y adopté la expresión de un niño que está a punto de oír un relato apasionante.

Margaret cogió el cuaderno y lo sostuvo un largo rato entre sus manos, sin abrirlo. Pasó las yemas de los dedos por la portada, hecha con remiendos de telas viejas de color pardo y verde. Todo el cuaderno estaba decorado de forma inusual, con restos de piezas de ropa, letras de periódicos recortadas, flores secas...

—Elin Collinwood Acker... —intervino al fin.

—¿Cómo dice?

—Ella escribió este cuaderno.

Ojeó sus páginas mientras se sumergía en sus recuerdos. Por un momento me dio la impresión de que había olvidado que yo estaba allí, ansiosa por conocer más, así que me erguí en mi asiento para verlo de cerca, aunque no alcancé a leer nada desde allí.

—Yo la conocí, ¿sabe? Éramos vecinas... —prosiguió. Yo me re Coloqué en mi asiento, expectante, rezando para que no perdiera de nuevo el hilo de la historia.

—Mi padre nos contaba historias sobre ella, y nunca sabíamos cuáles eran verdad y cuáles sólo cuentos. —entonces bajó la mirada, presa de la nostalgia.

—¿Qué clase de historias? —pregunté. Margaret vaciló.

—En cada lugar hay alguien extraño, diferente... Alguien que se convierte en el foco de los rumores, que protagoniza las historias de fantasmas que entretienen a los niños... —desvió la mirada, como si estuviera escogiendo las palabras adecuadas.

—Ella... simplemente no encajaba, ¿sabe? —sonrió.

—Tampoco era de aquí, ¿verdad? —aventuré. Tuve que hacer una pequeña investigación para una de mis últimas novelas en la que descubrí que Acker era un apellido común en una región de Inglaterra de más al norte. Significa «persona que vivió cerca de un campo».

—No, tiene razón... tampoco su familia, como habrá adivinado por los apellidos. Recuerdo cuando se mudó a éste pueblo. Yo era muy joven, pero no he olvidado ni un solo detalle de su llegada. Era decididamente hermosa, más que las muchachas de aquí. —rió entrecortadamente. —Tampoco había muchas, lo que se dice, pero algo en su actitud... o quizá la luz de sus ojos, la hacía bella de una forma diferente, ¿sabe usted? Llevaba el cabello siempre suelto y muy largo, cualquiera que la hubiera visto la habría tomado por una salvaje. —Margaret hizo una pausa y observó mi pelo oscuro, ondulado por la humedad y recogido tras las orejas, goteando sobre mis hombros. —Claro que... eran otros tiempos. No acostumbábamos a lucir nuestras melenas al viento, y menos en un sitio como éste...

Pude imaginar los murmullos de desaprobación de los ancianos de la época al ver a aquella mujer de familia extranjera con sus rebeldes mechones despeinados y libres flotando en el aire.

—Podría haber sido la joven con más éxito. —prosiguió —Sin duda, no le faltaban admiradores... — soltó una risilla y agitó la mano en el aire como si espantara algún insecto. —... pero Elin no estaba hecha para esas cosas. Era reservada, aunque en el fondo era indudablemente romántica. Sólo era feliz cuando se perdía por el bosque, inmersa en su propio mundo, pero no siempre fue así de solitaria. Recuerdo que cuando la conocí me ayudó a coger flores para hacer la corona que llevé al baile de las fiestas del pueblo. La mía fue la más bonita, ¿sabe? Ella sabía dónde encontrar las más grandes y vistosas, porque se atrevía a adentrarse incluso más allá de dónde terminaban los caminos, y verá usted, aquello parecía toda una osadía para una cría como yo.

—Veo que la admiraba usted mucho.

—Fue una figura enigmática desde que llegó. Era difícil que no te fascinara, para bien o para mal. Los días de fiesta todos los muchachos la esperaban en secreto, pero ella nunca aparecía. Todos ellos adoraban sus ojos grandes y bonitos a pesar de que ninguno de ellos sabía que eran tan brillantes gracias a las lágrimas que lloraba cada noche...

Como le he dicho, con el tiempo se volvió esquiva y apagada, como un alma en pena. ¿Oh, le estoy aburriendo, señorita?

—En absoluto. Por favor, llámeme Catherine, o Cat, si lo prefiere.

Margaret sonrió de oreja a oreja. Pareció gustarle la idea de poder tutearme. Su expresión causó en mí una sensación de afecto.

—Entonces, ¿qué fue lo que le hizo cambiar?

VI

Cae la lluvia, igual que fluye la corriente en el arroyo, mojando mi pelo, tibia, y desenredando los nudos que agarrotan mis músculos, magullados por el escarpado camino. Fresca y clara baja corriendo de la escarpada montaña, formando riachuelos sinuosos que atraviesan bosques impenetrables y senderos secretos, sin detenerse ante roca o tronco. Cae, atronadora, y trae desde el bosque una niebla que oculta senderos y valles, y callan cumbres y pájaros, escuchando su canción, que compite en cuanto a hermosura con este lugar de belleza feroz, que, por feroz, es doblemente hermosa.

E. C.

Septiembre, 1933

Al fin había convencido a su padre. Por mucho recelo supersticioso que tuviera a los nuevos vecinos, sería de una pésima educación no ir a presentarse ante ellos y mostrar sus respetos.

Eso mismo había argumentado Margaret, y, finalmente, Hans había aceptado de mala gana.

Él y sus dos hijas llegaron al muro que delimitaba la propiedad y abrieron la imponente verja, haciéndola chirriar por el óxido. Margaret los guió por el exuberante sendero cubierto de musgo que atravesaba el bosquecillo del jardín inglés, flanqueado por prósperos arbustos y matorrales que parecían reclamar más tierra de la que se les había asignado. Los árboles, que seguramente habían estado allí durante docenas de años, se alzaban proyectando sombras danzantes en la hierba cubierta de maleza, como guardianes del jardín.

Cuando llegaron a la entrada de la casa, Margaret observó cómo Hans se tomó un instante para inspirar y tragar saliva antes de llamar a la puerta golpeando las aldabas con forma de cabeza de león.

Tuvieron que esperar un largo rato antes de ésta se abriera, y, mientras esperaban, las niñas contemplaron la lúgubre arboleda que escondía la casa, que, en ese instante, con la caída del sol, daba la impresión de que las ramas, largas y retorcidas, se cernían sobre ellas para atraparlas.

Margaret cogió la mano de su padre y se pegó a él buscando protección, pero no demasiado, para no ver la enorme perdiz que colgaba, inerte, de su otro brazo.

En ese mismo instante se abrió la puerta, de la que asomó un hombre alto, alarmanamente delgado y pálido, con ojos azules hundidos en su cara huesuda. Iba vestido completamente de negro, lo que realzaba su expresión seria, pesadosa e irritada, como si aborreciera las visitas tanto como Margaret aborrecía tener que madrugar. De no ser por su aura decadente y sombría, el esmoquin que portaba le haría lucir elegante y sofisticado, al igual que el caserón.

—Buenas tardes. —musitó el hombre lánguido.

—Hola... —Hans paseó la vista por la gran casa, incómodo ante la fría e inquisitiva mirada del señor Collinwood. —Venimos a saludar. Eh... Éstas son mis hijas, Avory, la mayor, y Margaret. —hizo una pausa. —Yo me llamo Hans, Hans Landbeck, como supongo que recordaréis. —ambos apretaron los labios.

Mientras los adultos intercambiaban frases casi monosílabas, Margaret fijó su atención en el interior de la vivienda. Apenas se veía el recibidor, ya que dentro había poca luz, y, además, el hombre al que su padre acababa de entregar la perdiz —ante la atónita y asqueada mirada de éste— había abierto la puerta sólo lo necesario para asomar su fino cuerpo, pero lo suficiente para que las niñas pudieran ver pasar a aquella joven.

Iba descalza y vestía una blusa holgada y anticuada, demasiado grande para ella, que usaba a modo de vestido, ocultando sus brazos hasta la punta de sus dedos y dejando al descubierto sus delgadas piernecillas. Avory imaginó que, combinada con una elegante falda, una mujer adulta habría lucido esa prenda con mucha clase, pero en cambio a aquella joven le hacía parecer un saco de hortalizas.

Momentos después, un animal de gran tamaño salió de la oscuridad, siguiendo los pasos de la muchacha. Tenía el pelaje largo y erizado, de color ceniza, y al pasar por el haz de luz proveniente del

exterior, se giró hacia la entrada y parpadeó, acostumbrando su vista a la súbita intensidad. La mayor se estremeció.

Margaret, que se divertía observando la temblorosa expresión de su hermana, volvió a la realidad cuando el hombre que parecía que vestía de luto se inclinó sobre ellas y les extendió su huesuda mano.

—Un verdadero placer, niñas... —luego giró levemente su afilado rostro hacia su hija. —... ya conoces a Elin... —entonces su expresión cambió con brusquedad, como si hubiera dicho algo que no debía, pero, por suerte, la atención de las hermanas se había centrado en su extraña vecina, que les sonrió.



—¿Qué ya la conoces? —Hans puso los brazos en jarra. Margaret cerró la puerta tras de sí y suspiró. Ni un segundo había pasado desde que habían llegado a su hogar, como si Hans hubiera contenido su pregunta todo el camino de vuelta para soltarla de tal modo al llegar a su propia casa.

—Por supuesto que no. Jamás la había visto.

—¿Y qué hay del señor Collinwood, jovencita? Te he dicho que no te acercaras a ellos.

—Ya lo sé. Pero no parecen tan malos...

—Tonterías, Margaret. Dios sabe qué cosas oscuras ocurren en esa familia. Si hay algo de verdad en los rumores es que Elin tiene prohibido salir de la propiedad sin el consentimiento de su padre, ¡y una buena razón tendrá para ello! No te acercarás más a esa casa, es peligroso, ¿me has entendido?

—Sí, papá.

VII

*Y volví porque, en fin, ¿qué sitio hay mejor que éste para despejar la mente y relajar el cuerpo?
Así pues, salimos Kin y yo muy contentas porque el día se mostraba tal y como queríamos: el cielo cubierto,
anunciando tormenta, mantos de niebla deslizándose entre las copas de los árboles y tragando lentamente
bosques enteros, la vegetación mojada, de tonos oscuros de verde, granate y pardo, ráfagas de viento, frío,
pero no helado, corriendo juguetonas de aquí para allá. [...]*

E. C.

Marzo, 2001

De pronto, el mágico ambiente de la galería se volvió pesado y sombrío. La nostalgia de Margaret era palpable.

Supe por la forma en la que miraba el cuaderno que aquel distanciamiento había dejado un pequeño vacío en ella, un enigma que nunca pudo resolver.

—Su familia y todo lo que la envolvía era extraño, pero ella era alegre, aventurera... era violenta y delicada a la vez. En otoño yo solía invitarla al atardecer a tomar castañas asadas en esta misma mesa. Era cuando mi padre salía de caza. —soltó una risilla. —Le gustaba escribir, como a usted, y debo confesar que tenía un enorme talento, así que nos pasábamos las tardes inventando historias de fantasmas, ¿se lo imagina? Su dominio de las palabras y mi inquieta imaginación dieron vida a muchísimos personajes entre estos mismos cristales. De hecho...—

Margaret se levantó y se dirigió al interior de la casa como si de repente hubiera recordado algo importante.

Sentí pena por ella, además de un leve pinchazo de culpa. Hacerle evocar cómo su amiga la había olvidado no podía ser algo agradable, y menos si no era conocedora del porqué de su repentino afán de evadirse.

Volvió con un viejo papel doblado entre sus manos y una sonrisa que alivió mi amarga sensación. Se sentó apresuradamente y lo extendió con cuidado sobre la mesa, sonriendo para sí.

Era una página del cuaderno de Elin, escrita a mano con envidiable pulcritud y que había sido arrancada. Al pie del escrito también se hallaban cuidadosamente dibujadas las iniciales E. C. A., próximas a la fecha, de la que ya sólo era legible: diciembre, 1933, un año después de que la familia de Elin se instalara en el pueblo.

Mi curiosidad aumentaba a medida que el dedo de mi anfitriona se deslizaba por la elegante caligrafía, que había sido plasmada con tanta fuerza que hasta se había creado un ligero relieve sobre el papel. Al ver la forma en la que la acariciaba, comprendí que para ella era algo más que una simple historia.

Muchas cosas despertaron mi curiosidad mientras mis ojos seguían aquella delicada letra cursiva: los sueños, los anhelos insatisfechos, las obsesiones y angustias que bullían en lo más profundo del alma de aquella joven mujer de carácter huidizo y una fuerza única, que parecía haber salido de un cuento gótico.

—Brutal. —fue la única palabra que logré pronunciar una vez hube alcanzado la última palabra. Incluso después de leer el relato, una sensación intensa y terriblemente triste parecía negarse a abandonar mis entrañas.

—Así es... Ésta fue su última obra. Al menos la última que me permitió examinar... Antes de que decidiera aislarse. —sentí sus ojos sobre mí, rogándome que descubriera algo que explicara la desaparición de Elin de sus queridos lugares secretos.

Observé que, en una esquina al final de la hoja de papel, había algo escrito con otro tipo de letra, que además poseía un tono de tinta distinto.

—«La canción de la tormenta» —leí. Margaret esbozó una triste media sonrisa.

—Así decidimos titularlo.

—Es diferente a los demás —le mostré el cuaderno y pasé las anticuadas páginas con la destreza de una lectora compulsiva hasta encontrar otro pasaje que me sirviera de ejemplo.

—Le ocurrió algo... algo que le rompió esencialmente el corazón... —señalé un relato que tenía por fecha el once de octubre de 1933.

—¿Algo en el páramo, tal vez...? —farfullé comprobando el tono tan dispar que empleaba en ambos manuscritos. Margaret se inclinó hacia mí, entusiasmada. —Es... la forma en la que describe la belleza de esas cumbres... algo cambió su tímida forma de ser y la convirtió en alguien enormemente trágica...

Margaret se revolvió en su asiento. Su sonrisa se había desdibujado.

—¿Qué ocurrió el invierno de 1933?

No contestó, pero en su lugar me clavó una mirada que me revolvió por dentro. ¿Fue dolor, quizá, esa chispa que ocultó con su sorpresa?

VIII

Pasan las horas en silencio, en una casa que está ya muerta y olvidada.

Aquí no se escuchan los pájaros, y más allá de las ventanas no hay, no existe nada más que gris y rostros infelices en un triste jardín muerto.

Se oyen, además, ecos rebotando en las paredes, de los llantos que una vez inundaron esta estancia en la que tantas vidas se fueron.

E. C.

El padre de Elin no solía abandonar la propiedad hasta que se escondía el sol, así que no había nada que temer.

Margaret recorrió el sendero hacia la arboleda, y, a medida que se aproximaba, la sensación de que la observaban igual que lo haría un depredador esperando a su presa iba en aumento.

En aquel momento le hubiera gustado estrujar la finísima mano de su hermana, pero su intento de que la acompañara y conociera de verdad a Elin, y, además, a expensas de su padre, había salido rotundamente mal.

Escaló por el tronco del árbol cuya rama atravesaba por encima el muro hacia el jardín y se dejó caer al otro lado. Caminó hasta la entrada, admirando una vez más el jardín inglés, y llamó a la puerta. Esperó un largo rato, durante el cual no oyó ningún indicio de movimiento, o, en definitiva, de vida en su interior.

Pensó que quizá, al igual que ella, Elin tendría que salir a escondidas, y eso, como bien sabía, requería tiempo.

Justo entonces, la imponente puerta de la casa se abrió, y de ella salieron Kin y su amiga, que hizo un gesto con el dedo indicando que debían ser sigilosas antes de estrujarla con un abrazo.



Comenzó a oscurecer, y ambas salieron de entre los helechos hacia la carretera, con la intención de regresar. Elin caminaba con la cabeza baja, escuchando y saboreando el desafortunado desenlace que Margaret ideaba con sorprendente facilidad como propuesta al cuento que estaban escribiendo.

Parecía que la imaginación brotaba de ella con tanta fluidez como las aguas del arroyo en el que acababan de refrescarse emanando de la tierra.

—...y porque, deliberadamente, deseó alejarse y vivir como si no le importara nadie salvo él mismo.

Margaret volvió a la realidad, abandonado la teatralidad que su pose y su entonación adquirían cuando declamaba sus ocurrencias.

—Tienes una capacidad extraordinaria para las historias. —aseguró Elin con los ojos muy abiertos. La pequeña se ruborizó, impresionada de que le hubiera gustado.

—¿Tú crees? —Kin se pegó al muslo de Margaret y la miró, como si así pudiera responderle. Ella acarició su pelaje.

—Absolutamente. —contestó Elin.

Seguían caminando cuando divisaron el oscuro *Mercury Eight* del señor Corman acercándose. Elin se puso tensa y Kin se escabulló entre la maleza hasta quedar totalmente oculta.

Al llegar a la altura a la que las niñas se encontraban, el coche frenó. El señor Corman bajó la ventanilla y se asomó, con los ojos fijos en el lugar por donde Kin acababa de desaparecer, y, tras una pausa, se giró hacia Margaret.

—¿Qué diría su padre si la viera aquí a estas horas? ¿No le da miedo perderse en el bosque? Y además con ella... —añadió bajando la voz y señalando a Elin con un movimiento de su cabeza.

—En absoluto. —respondió rotundamente la pequeña, elevando la barbilla con gesto orgulloso y desafiante.

—Váyase al infierno. —espetó Elin, creando un súbito silencio de incredulidad entre sus oyentes.

—Cúidese de las malas compañías, señorita Landbeck. Su padre debería enseñarle lo peligroso que puede llegar a ser jugar con el diablo. —subió la ventanilla y aceleró, levantando una nube de polvo tras él.

Margaret lo observó alejarse mientras descargaba sobre él una mirada iracunda.

Mientras, su amiga siguió caminando con la vista fija en el suelo y el semblante inexpresivo, fingiendo no haber oído nada.

Una vez el ruido del motor se hubo extinguido, Kin reapareció de entre los arbustos.

—Lo siento...

—No te preocupes. — Elin sonrió, como si no le afectara lo más mínimo lo que pensarán de ella. — No es culpa tuya. —volvió a bajar la cabeza, y en ese instante, Margaret comenzó a entender algunas cosas.



Al llegar abrió la puerta, intentando hacer el menor ruido posible. Si William Corman, que era siempre el último en abandonar la taberna de Charlton, ya estaba de vuelta en su coche, probablemente su padre ya había llegado a casa hace rato.

Margaret atravesó el estrecho pasillo —qué falta le hacían una bombilla más o dos— hasta la habitación de Ivory.

Quería contarle lo bien que lo habían pasado esa tarde en el arroyo, que Elin era una amiga estupenda y que no tenía nada que temer. Quería leerle sus historias y contarle lo que ella le había enseñado, pero al pasar fugazmente por delante de la habitación de su padre no pudo evitar levantar sospechas.

—Margaret, ¿dónde has estado?

¿Dónde se había metido aquella habilidad sobrenatural de los hermanos menores para pasar desapercibidos? ¿Dónde estaba cuando la necesitabas?

—He ido a casa de Victoria a jugar. —Margaret entrelazó las manos tras su espalda y miró a Hans desde abajo. Sabía que así le parecería irresistible.

—¿Quién es Victoria? No conozco a ninguna Victoria.

—Vive en el pueblo.

—¿Dónde?

—Cerca de la iglesia.

Su padre la escudriñó como un maestro estudiando el trabajo de algún alumno, en busca de algún error en la ortografía.

Hans entornó los ojos y se inclinó hacia ella, esbozando una media sonrisa. Margaret parpadeó, desconcertada, sin entender qué estaba ocurriendo, pero antes de que pudiera descubrirlo, Hans le quitó un par de briznas de hierba de su ya informe peinado.

Maldición. Puede que el paso del tiempo la hubiera hecho menos adorable a los ojos de su padre. Su centelleante imaginación no fue capaz de proporcionarle ninguna vía de escape lo suficientemente

rápido.

La pequeña suspiró.

—En realidad, no he visto a Victoria. Ni se dónde vive... he estado jugando con Thomas. —dibujó con la punta del pie unos cuantos círculos en el suelo y volvió a probar suerte con la táctica de la mirada inocente.

—¡Vaya, vaya...! —Hans se acercó a su hija y se agachó para abrazarla, soltando una carcajada. — ¡Empezaba a pensar que jamás te interesarías por ningún muchacho del pueblo!

En realidad, lo más probable era que así fuera. Ni siquiera sabía si existía algún chico llamado Thomas.

—¿O es más bien su perro el que te interesa? —Hans se separó un poco de su hija, inhalando su revoltijo de pelo negro.

Entrar en casa de un cazador oliendo a barro y a perro lobo era, sin duda, otro gravísimo error.

—Sí. Es muy bonito. Es un border collie que se llama Scott.

Al parecer fue lo bastante convincente, ya que su padre se levantó y, tras lanzarle una mirada picaresca y otra de sus medias sonrisas, se marchó.

IX

Salte tranquilo el sol esta mañana, y perezoso acaricia su reino, arrasado por el furioso huracán de su llanto de ayer. Dime astro, qué te perturba, cuál es la causa de que, en este día, no brille tu luz. Pesaroso suspiras en silencio, igual que alguien después de desatar su devastadora tristeza, de llorar desgarradoramente, gritar de dolor e impotencia de una forma que, sin duda, haría estremecer a los hombres. Descansa ahora tras las nubes y duerme, descansa tus agotados ojos, enrojecidos por el llanto desenfrenado. Duerme, sol, duerme, pues es preciso descansar tras las tormentas, para poder regresar con más luz incluso que antes.

E. C.

Marzo, 2001

Entonces se escucharon unos golpes procedentes de dentro de la casa que nos sobresaltaron a las dos.

De nuevo, Margaret abandonó su silla precipitadamente, con sorprendente agilidad, y desapareció en el interior. Me asomé, pero no pude ver nada más allá del interminable y angosto pasillo que se perdía en la penumbra.

—Oh, querida...—escuché, además de más golpes ahogados por el murmullo de la lluvia y a Margaret farfullando algo más que no logré entender.

Desvié la mirada hacia el cuaderno, que ella había dejado sobre la mesa, pero contuve la tentación, considerando mi creciente impaciencia como una falta de respeto.

—¿Ne... necesita que la ayude? —grité a la oscuridad. No obtuve respuesta. Estaba ya poniéndome en pie cuando entró en la galería una mujer mayor encorvada sobre un bastón, seguida de Margaret. Vestía un sofisticado atuendo, quizá algo anticuado y que no le favorecía en absoluto, formado por un amplio faldón estampado con cuadros color beige desgastados por el uso y una manta tejida a mano de estilo rústico, muy campestre.

Supongo que debí manifestar mi sorpresa, porque mi narradora me dirigió una mirada de disculpa mientras apremiaba a la otra mujer para que se sentase a mi lado.

Parecía mayor que Margaret. Tenía una apariencia más serena y majestuosa que ella, aunque poseía de cierta manera su mismo semblante agradable.

Llevaba el cabello suelto y corto, con un estilo que con certeza habría estado de moda décadas atrás, formando ondas perfectamente peinadas que caían en cascada a ambos lados de su rostro, resaltando con su tono blanco el color azul de sus ojos. Seguramente hace años su aspecto y su porte ostentoso, similar al de un gato, habrían resultado enormemente atractivos.

—Disculpa... ésta es mi her...

—Creo que a pesar de mi avanzada edad sigo siendo capaz de presentarme sola, Margaret. —cortó ella. Margaret puso los ojos en blanco y se sentó con delicadeza. —Mi nombre es Ivory Landbeck, y tengo el dudoso placer de ser su hermana mayor, y, por tanto, la heredera de ésta casa.

—Siento no haberme presentado, yo soy...

—Oh, no tiene por qué disculparse, querida —interrumpió. —De no haberos oído e intentado unirme a vosotras por mi propio pie, mi hermana nunca me habría invitado. —apoyó una mano encima de otra sobre su regazo con gesto teatral y añadió:

—¿De qué hablabais?

—Estaba a punto de contarle por qué Elin...

—¡Elin! — Ivory se llevó una mano al pecho.

Entonces su mirada se posó en el cuaderno, que en ese momento yo sujetaba. Tardó un momento en reconocer el objeto, pero, en cuanto lo hizo, se acercó lentamente y me lo quitó de las manos. Antes de abrirlo miró a su hermana, y después a mí.

—Sin duda, un ser absolutamente fascinante... —comentó ojeando sus relatos. Margaret la observó como si su hermana estuviera leyendo su propio diario, como si fueran sus secretos los que estuvieran siendo sacados a la luz.

—En el invierno de 1933 Elin enfermó... —continuó, como si la interrupción de Avory no hubiera tenido lugar. —Tuvo que permanecer muchos meses encerrada, y eso no le sentó nada bien.

Avory alzó la vista. A su hermana no le faltaba razón, la progresión de la decadencia anímica de la joven se podía seguir gracias a que la había dejado por escrito en el cuaderno, pero, absorta en la magia que Elin creaba con las palabras, ni siquiera la había advertido.

—Aquí dice que el día nueve de noviembre de mil novecientos treinta y tres subió a la montaña a pesar de su estado de salud. —señalé. La mayor de las hermanas cerró el cuaderno con dramatismo y lo dejó sobre la mesa. Después se giró hacia Margaret como si esperara que interviniera, y ella le devolvió la mirada y pareció comprender el mensaje.

—Los vecinos empezaron a hablar muy mal de la familia cuando llegó. El señor Collinwood jamás salía de su propiedad, al menos, no a plena luz del día, y pronto empezaron a circular varios rumores.

—Cierto es. —dijo Avory, retomando el hilo de la historia que su hermana había dejado en el aire. Ésta le dirigió una mirada de advertencia, prohibiéndole decir cualquier cosa que pudiera manchar la memoria de su amiga.

—Comenzaron nada más apareció con su mascota. Oh, es natural. —agitó la mano en el aire, como si así pudiera diluir la dureza de la mirada de Margaret. —¿Qué otra actitud iban a adoptar los lugareños ante aquel animal salvaje? Tiene que entender —añadió, dirigiéndose a mí— que por aquel entonces en este pueblo no había mucho más que pastores y granjeros, ¿cómo cree que les sentaría que una extraña se paseara entre sus hijos con un lobo descomunal a su lado?

—Sin embargo —cortó Margaret, visiblemente irritada— jamás causó ningún daño. Daba miedo, sí, pero nunca supuso una amenaza. Elin paseaba con Kin a diario, lejos del ganado.

—Eso no es cierto.

Margaret se quedó sin palabras y optó por lanzarle una mirada furibunda.

—Aquí la gente siempre ha sido supersticiosa. —prosiguió su hermana, como si nada. —¡Si supiera lo que se contaba de ella! Al principio fue su perra loba la que causaba revuelo entre los vecinos. Era tan feroz que sólo ella conseguía controlarla. Además, la poca información que se conocía sobre aquella peculiar familia extranjera era muy escasa debido a su tendencia al aislamiento, y Elin no se libró de las malas lenguas.

—Fue la primera mujer que se atrevió a vestir ropas... masculinas, digamos, en la zona, y su comportamiento, tan impropio de una señorita, despertó algunas de las historias más descabelladas y asombrosas que he oído nunca.

—Todas eran meras habladurías. —Margaret cruzó los brazos, y, pese a su edad, su gesto evocó por un instante el de una niña enfurruñada.

—En ningún momento he dicho lo contrario, querida. Verá, nuestro padre solía contarnos historias, y desde que Elin llegó, en la taberna que él frecuentaba no se hablaba de otra cosa. Es natural que esa chiquilla acabara convirtiéndose en el tema principal. Decían que en su familia había una especie de maldición, que el señor Collinwood era uno de esos vampiros y por eso no salía de casa, que había venido al pueblo para escapar de las autoridades por haber matado a su esposa, o que su propia hija le había asesinado en secreto para heredar sus bienes y que se había valido de su loba para protegerse de los curiosos. Todos sentían pánico ante Elin. En el pueblo todavía suelen hablar del

tema. Hay gente que pensaba que aquella joven había nacido en la época equivocada, que venía de otro tiempo... Puede que sea cierto.

Margaret observó la lluvia a través del cristal. Daba la impresión de que no estaba con nosotras, al menos, no en sus pensamientos.

—Había incluso quien afirmaba haberla visto a horas indecorosas recitando sus poemas a pleno pulmón mientras caminaba por el bosque, el río o las cumbres, como una loca. —sonreí. —¿Qué ocurre?

—Oh, no es nada, siento interrumpirla, señora Landbeck.

—Señorita. —respondió Avory, molesta.

—Continúe, por favor.

Entonces, aún con la sonrisa en la cara, introduje la mano en mi mochila y acaricié la cubierta del ejemplar de Cumbres Borrascosas, que siempre llevaba conmigo a pesar haber leído ya más de tres veces. Mi punto de vista sobre Elin había cambiado en algún momento de los últimos instantes. Era una incomprendida, algo similar a cómo había sido Emily Brönte en su época. Un ser dividido entre la reclusión de su hogar y los lugares poco comunes que visitaba, como aquella montaña que tanto le gustaba describir, llena de brezos y rocas que se batían encarecidamente contra la fuerza del viento, lleno de poder. Un ser escindido, frágil e impetuoso al mismo tiempo, roto en dos. Alguien cuya tendencia irracional a la temeridad le había hecho algo a su tímida forma de ser, convirtiéndola en un alguien enormemente nostálgica cada vez que estaba lejos de aquellos lugares.

Avory hizo una pausa y se giró hacia su hermana. Ella, tras percibir su interrupción, le devolvió la mirada. Su expresión afligida la delataba, parecía a punto de llorar.

Permanecieron un rato así, mirándose la una a la otra, como si estuvieran manteniendo una conversación telepática a la que yo no estaba invitada.

De pronto, Avory carraspeó y fijó su mirada en el suelo.

—Mi hermana y ella estaban muy unidas. Supongo que los amigos se convierten en familia cuando te dejan entrar en su vida, y viniendo de alguien tan reservada como Elin, debió ser algo especial. Ella era de esa clase de personas en las que es necesario hurgar para saber qué esconde en su interior. Estoy segura de que para ella también significaste mucho... —pasó su mano sobre la de Margaret. —Eras su única amiga, además de Kin.

—Cuando estuvo encerrada no sólo sufrió físicamente, tener que permanecer aislada debió ser muy duro para ella. —vaciló, y lanzó una rápida mirada a su hermana, casi imperceptible. —Creo que eso fue lo que produjo que empezara a sufrir episodios.

X

Un tópico es extrañar tiempos pasados, recuerdos y aventuras que ya han sido. Pero ahora que el invierno está en el aire y que el aroma de la nieve lo inunda todo, se hace imposible no oír el eco de las risas que una vez, aquí, felices soñaron. ¡Mañana! ¡Mañana si la suerte me acompaña iré temprano a la cumbre con ella, a ver al sol despertar, y quizá así pueda volver a sentir el cosquilleo de la felicidad que trae su calor, derritiendo, al fin, mi helado corazón!

E. C.

Habían pasado varios días desde la última vez que Margaret había estado con su vecina. El verano tocaba a su fin, y tal y como decía su padre, sería un pecado no aprovechar cada rayo de sol tardío, por pequeño que fuese, así que la pequeña dejó atrás a su hermana, que leía junto a la ventana —y que, por supuesto, no la acompañaría al bosque— y se fue.

Al salir echó un vistazo a la propiedad de los Collinwood por si encontraba alguna señal de que verdaderamente aún había personas viviendo en su interior, aunque conocía las escasas probabilidades de que eso ocurriese. Como sospechó, la pequeña halló la casa tan vacía y silenciosa como de costumbre.

Barajó mentalmente todos los posibles destinos de su caminata, que gracias a Elin eran numerosos, y finalmente se decantó por la zona del bosque tupido por el que tanto le fascinaba perderse.

Caminó pesarosa entre los helechos, inmersa en sus pensamientos, e inconscientemente llegó hasta la roca que descansaba a la orilla del arroyo, donde meses atrás ella y Elin pasaban las tardes escogiendo el incierto final de personajes y mundos que hasta entonces existían solamente en sus cabezas.

—Margaret... ¿eres tú?

—¿Elin? —cuando volvió a la realidad la niña se percató de que había una joven sentada en la roca, con el mismo cabello ambarino y los ojos crepitantes de su amiga, pero más pálida, delgada, y mucho más triste que ella.

Junto al camisón blanco y delicado que vestía, su melena —más larga que de costumbre— enmarcándole el rostro y la enorme cabeza de Kin apoyada en sus piernas, aparentemente relajada pero con un feroz ademán protector, daban a Elin el aspecto de una ilusión, una visión propia de un sueño.

Elin sonrió, pero, sólo por si acaso, Margaret se acercó con cautela.

—¿Qué haces aquí sola?

—No estoy sola. —dijo mientras pasaba la mano por el abrigo de color ceniza de la perra, que cerró los ojos al sentirla. —Me he escapado. No podría soportar ni un día más encerrada en mi cuarto. —la pequeña no comprendió nada de lo que había escuchado, pero tras una pausa, aventuró:

—¿Por qué no te dejan salir? —Kin levantó la cabeza y le clavó sus espeluznantes ojos amarillos, con las orejas en alto, en posición de alerta, como si encontrara en aquella pregunta algún tipo de amenaza.

Elin no respondió. Bajó la cabeza y reparó en la perra, que le devolvió la mirada, y tras compartir un instante en el que, de ser posible, cualquiera hubiera afirmado que el animal le leía la mente, ésta volvió a apoyarse sobre su regazo.

—¿Estás disgustada por lo que dijo el señor Corman? —inquirió Margaret.

Su vecina rió con delicadeza, temblando de manera casi imperceptible. Al sonreír, sus mejillas hundidas le hicieron parecer más débil.

—De ninguna manera, ese viejo se puede ir al cuerno. No sabe más que soltar tonterías sobre horrores infernales, pecados y más pecados. —la pequeña se sobresaltó al oír tal lenguaje en boca de Elin. A veces se le olvidaba que tras esa apariencia frágil y primorosa se escondía una persona con un notable desinterés por todo lo inherente al decoro femenino.

—Oh, querida, ven aquí... —la joven extendió los brazos, dejando que su pequeña confidente se sentara en su regazo.

—¿Has recibido mis cartas? —preguntó ella.

—Así es... Pero hasta ahora no me he sentido con fuerzas y no he podido responderlas. —Margaret se levantó y la miró con gravedad.

—¿Te... te encuentras bien?

Elin bajó la mirada y comenzó a doblar repetidas veces el trozo de papel garabateado que tenía en la mano.

—Siento mucho no haber estado contigo estas últimas semanas... yo... no estoy bien, y mi padre me ha aconsejado guardar reposo...

—Oh... —Margaret no supo qué decir.

— Me gusta desaparecer, ¿sabes? Y, es más, lo necesito. Ese limbo que nadie conoce me asusta, pero en el fondo sé que es parte de mí. Así recupero las fuerzas, despejo la mente y descanso en paz, pero prometo que en cuanto me encuentre mejor las tres lo celebraremos preparando una fiesta del té en mi jardín. ¿Te gusta la idea?

Un escalofrío recorrió la espalda de Margaret a medida que el difuso recuerdo de los últimos meses de vida de su madre se asomaba desde lo más profundo y oscuro de su mente.

Por aquel entonces ella era muy joven, pero el cadavérico rostro que la enfermedad tallaba poco a poco en su madre había hecho mella en su impresionable subconsciente.

La habitación estaba fría. Margaret se recordaba en el centro de la estancia, —la parte de la casa a la que ya pocas veces se acercaba— frente a la cama de su madre. Hans estaba tras ella; no permitía que ninguna de las pequeñas se acercara a su mujer enferma sin estar él presente para supervisar.

En la habitación reinaba un silencio capaz de encogerle el corazón a cualquiera, y una atmósfera fúnebre y pesada flotaba sobre los presentes como si estuviera suspendida del techo.

La mente de Margaret se deslizó por la escena, como un fantasma siendo testigo de lo que allí ocurría, pero sin ser advertido.

Se vio a sí misma de niña, frotándose las manos con nerviosismo y cierta timidez, cabizbaja, con sus rizos negros colgando sobre los hombros y ocultándole la cara.

—Mami... —pronunció con un hilo de voz, quebrando el silencio que solamente la entrecortada y trabajosa respiración de su madre llenaba. —¿Te apetece jugar conmigo y con Avory a las muñecas más tarde? Les ha cosido vestidos nuevos.

La luz invernal que se filtraba a través de las cortinas daba a su madre del aspecto de una reina, de una dama solemne y hermosa tendida en su aposento, a la espera de un príncipe que pudiera romper su maldición.

Al fantasma de Margaret se le encogió el estómago, una vez más. En aquel momento su ingenuidad infantil le impedía concebir la gravedad del asunto.

Era consciente de la debilidad de su madre, de que la enfermedad consumía sus fuerzas al igual que un fuego reduce lentamente la leña a cenizas, pero para ella, que creía ferozmente que nada era imposible, no suponía algo de lo que preocuparse. Imaginaba que un día ella se levantaría, como alguien que acaba de despertar de un sueño reparador, que volvería fresca y sana como una lechuga a

su estado normal, a ser la mujer fuerte, desenvuelta e intrépida que conseguía iluminar el rostro de quien se le pusiera delante.

El hechizo se rompió cuando su madre giró levemente la cabeza para mirarla y le obsequió con una sonrisa, tan cálida y tan dulce que la acompañaría durante el resto de su existencia.

—Margaret... —Hans se acercó a su hija y le colocó su mano en el hombro, tirando de ella hacia atrás. Su tiempo había terminado. Su padre le indicaba que debía irse.

—Cariño, no me encuentro muy bien... —la pálida piel de la mujer adquirió el aspecto brillante de las primeras nieves. —... pero prometo que en cuanto me sienta mejor jugaremos las tres juntas. —Margaret advirtió algo en su mirada, algo que pareció el destello de dos lágrimas cristalinas sobre los ojos de su madre. —¿Te parece, mi niña?

Ella asintió con suavidad. La prudente distancia que Hans había insistido en mantener entre su mujer y sus hijas obligaba a Margaret a dirigirse a ella desde prácticamente el marco de la puerta del dormitorio.

Cada paso que las separaba le escocía en el pecho. Sintió un enorme deseo de correr a abrazarla, cantarle hasta que se durmiera, como ella hacía con sus dos pequeñas, acariciar sus oscuros mechones ondulados...

Pero papá no lo consentiría. Temía demasiado que alguna de ellas pudiera contagiarse, así que no le quedaba más remedio que asomarse a la lúgubre estancia y observar día tras día cómo su madre, al igual que una vela encendida, se iba consumiendo.

Margaret sacudió la cabeza para devolver ese amargo recuerdo al rincón más alejado de su mente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Elin no respondió inmediatamente.

—Nada de qué preocuparse. —la joven esbozó una sonrisa forzada. —Mi padre no me permite salir, o al menos no a plena luz del día... ¡Oh Margaret! —rió al echar un vistazo a la cara de la niña, que al oír esas palabras palideció sutilmente. —¿No crearás acaso que soy una especie de vampiro o un monstruo?

El rostro de Margaret pareció relajarse un poco a pesar de que la expresión de susto y desconfianza no la abandonó.

—Verás, a los vecinos no les gusta... ver a Kin por ahí suelta. —añadió tras una pausa. —Además de que es notable que a algunos tampoco yo les agrado... Por eso él prefiere que salga cuando todos vuelven a sus casas, pero yo lo veo como algo contradictorio: ¿cómo voy a gustarles si solamente salgo de mi casa en la penumbra?

La joven miró a Margaret con impaciencia y algo similar a una sonrisa apareció en su rostro, como si buscara comprensión o conformidad en el semblante de la niña. Ésta, por el contrario, permaneció impassible durante unos instantes, mirando al suelo.

—¿Qué estás escribiendo? —dijo al fin.

—Oh... —Elin miró, confundida, el papel, ya casi ilegible debido a las dobleces. —No es nada... sólo pasaba el rato... —le entregó el arrugado trozo del cuaderno, y mientras Margaret lo leía, la joven añadió:

—Además, no está bien escrito... Incluso para mí es demasiado apasionado y sentimental...

—Es perfecto. —la pequeña parpadeó y miró a la autora. —A mí me parece perfecto.
Elin se irguió, más animada.

—En ese caso, es todo tuyo, así que te pertenece el honor de ponerle un título.

Margaret vaciló.

—La canción de la tormenta.

XI

Hay en mi interior un río. Lo noto a cada instante recorriendo, gélido, mis venas con su oscuro y feroz cauce. Me ahogo en él, en mí. Fluyen rápidas y feroces sus aguas traicioneras, llenas de rocas furtivas y toda clase de peligros que se arremolinan, ocultos en su negro corazón. Es mi río, lo conozco, pero nunca una corriente es siempre igual. Es mi fiel compañero y tormento, y será mi fría y umbría perdición. No trates de acercarte, pues tú también peligras porque, en esencia, el río es yo, y yo soy él. No te reflejará su superficie ni te acunará su brutal torrente, así que déjame flotar a la deriva y esperar a que me suelte o que me hunda, que me trague ante tus ojos.

E. C.

Marzo, 2001

—¿Episodios? —no soy una experta, pero creo poder asegurar que los arrebatos no se encuentran entre los efectos de las enfermedades más comunes de ese tiempo.

—Así es. —respondió Avory. —Esta comarca es muy pequeña, y alguien cuya vida se aleja de la conducta común no es bien recibido... su repentina aversión a salir de casa y sus estallidos de frustración e ira incontrolables no ayudaron a arreglar las cosas... —hizo una pausa y añadió con gravedad: —¿Los recuerdas, Margaret, querida?

—Sí. —respondió y volvió la mirada al bosque que se extendía tras la cristalera.

—¿Qué hay de este relato? —intenté disipar la tensión señalando una de las páginas del cuaderno. Margaret se giró hacia él, como movida por un resorte.

—El del cinco de octubre de 1933.

Fingió echarle un vistazo, pero su mirada, aunque fija en las líneas, se perdió en algún lugar de sus recuerdos.

—¿Estaba enamorada?

Avory, sorprendida, miró a su hermana. Tal vez no imaginaba que eso pudiera ser posible, pero, al fin y al cabo, era Margaret la única capaz de escrutar la intrincada mente de Elin.

—No exactamente... —se inclinó sobre el cuaderno, lo examinó de nuevo, con más detenimiento y frunció el ceño. Parpadeó un par de veces como si intentara ordenar sus pensamientos, y, tras una pausa, añadió:

—Sí es cierto que hubo un muchacho... Arthur Charlton... Se dijo que estaban juntos. Fue a finales de 1933. —entonces miró de reojo a Avory, que soltó una carcajada.

—No lo veo posible. Si hay algo de verdad en esa historia, el romance no debió durar demasiado. —completó ella. —Tengo entendido que la fama de Elin en la taberna de su padre manchó mucho la imagen que el chico tenía de ella.

—No. —Margaret sacudió la cabeza con decisión. —Eso jamás sucedió. Arthur no habría dejado que los rumores que llevaban los locos del pueblo a la taberna cambiaran su opinión.

—Él trabajaba allí muchas horas. Era inevitable que lo que dijeran esos locos, entre los que tu padre se encontraba, acabara por influirle. —dijo Avory, manteniendo sus modales mientras trataba de apaciguar su creciente crispación. Entonces me lanzó una rápida mirada de soslayo y pude comprobar que mantenía una —no muy bien— fingida calma mientras frotaba sus manos con nerviosismo y apretaba los labios casi de manera imperceptible.

—Oh... —entonces, até cabos. —¡Ya está! ¿No es ese un buen motivo para que Elin renunciara a salir de su casa?

—Un corazón roto... —murmuró Margaret. Su hermana esbozó lo que pretendió ser una sonrisa.

—No fue lo que ocurrió. — Avory dejó el cuaderno sobre la mesa con una precisión glacial que resultó más estrepitosa que si lo hubiera soltado de golpe. Entonces las miradas de ambas se cruzaron, desafiantes, y tras un breve, aunque tenso instante, Margaret suspiró, rindiéndose ante el gesto firme de su hermana, que a medida que pasaba el tiempo se volvía más severo.

—Arthur y Elin no estuvieron juntos, al menos formalmente. Su padre no lo habría permitido. Además, si coincidieron tuvo que ser en muy contadas ocasiones. Recuerde que Elin salía a

escondidas, y él trabajaba con su padre, en la taberna, el lugar más concurrido del pueblo en aquel entonces...

Avory se alzó, triunfante, como si supiera que su sentencia era la verdad más absoluta y no había nadie capaz de rebatirla. Entonces se dirigió a Margaret, que la observaba tanteando su estrategia, adivinando su próximo movimiento.

—Si es cierto que tuvieron un romance, jamás floreció. —zanjó la mayor.

—Entonces estamos como al principio...

Hubo un sutil intercambio de miradas de reproche entre las hermanas, y, mientras tanto, sentí que aquel era uno de esos momentos en los que te das cuenta de que se está haciendo muy tarde.

La conversación no estaba llegando a dónde yo quería, y lo más importante, aún no había descubierto qué le había pasado a Elin, así que decidí presionar un poco.

—Margaret, tú la conocías bien, ¿crees que aun así Elin podría haber sufrido más de la cuenta por su amor imposible?

—Yo... Recuerdo que una vez, paseando con mi padre pasamos cerca de su casa. Él comenzó a despotricar en contra de los Collinwood, y como es natural, yo la defendí. Elin era mi amiga, pero me contuve...

—Nuestro padre la aborrecía. En mi opinión el miedo le llevó demasiado lejos... —completó Avory. De repente se detuvo como si hubiera dicho algo indebido.

—Él me riñó por ponerme a su favor. —continuó Margaret con rapidez, antes de que ninguna pudiera tomar demasiado en cuenta el comentario de su hermana. —Tuve que mentir, convencerle de que también la odiaba... No era cierto... pero Elin me oyó. —bajó la cabeza y entrelazó sus dedos. Su gesto se torció con amargura.

—Oh, Margaret... —el instinto protector volvió a apoderarse de Avory, que puso su mano sobre las de su hermana.

—Ella estaba allí, tras unos matorrales... mi padre no la vio, pero yo sí... y ella...

—Está bien, Margaret, querida.

—¡No lo está! —estalló. —Podría haber vuelto a ser feliz de no ser por mí... ¡de no ser por nosotros!

—Como es lógico, se lo tomó muy mal. —se apresuró a decir la mayor antes si quiera de que Margaret pudiera acabar la frase. —Ya se lo imagina usted, su única amiga... —Avory acarició el brazo de su hermana y le susurró:

—Vamos, querida, sabes que no es culpa tuya. —pero, obviamente, lo fue.

—¿Fue eso? ¿Por eso se aisló?

Avory se giró hacia mí con violencia. De pronto la imagen de las dos hermanas abrazándose pareció evocar la que tendrían años atrás, la fraternidad con la que una hermana mayor calmaría a la menor para que deje de llorar.

Sin embargo, no fue ternura lo que despertaron en mí. Yo había causado aquella escena, yo era la culpable, la intrusa que había llegado para remover el amargo pasado y sacar a la luz los oscuros recuerdos que, con total seguridad, habían tardado mucho en olvidar.

Avory me estudió una vez más con frialdad. Comprendí que había ido demasiado lejos, pero no podía marcharme sin llegar al final de la historia.

—Señorita Whitehall, tendrá que disculparnos, pero está anocheciendo, y mi hermana se encuentra cansada... Tantos... recuerdos la han agotado, como puede ver, y entiendo que usted querrá volver a su hogar antes de que oscurezca...

—Por supuesto. Lo siento mucho, pero si sólo pudiera usted decirme...

—En mi opinión ya le hemos contado suficiente, señorita. Si no le importa, iré a acostar a Margaret. —cortó Avory. Era como si sus papeles se hubieran cambiado: ahora era Margaret la que semejaba la hermana más débil, y Avory, la fuerte, la protectora. Me sentí terriblemente mal por haber provocado todo aquello, así que ayudé a Avory a llevar a Margaret a su habitación, les pedí disculpas a ambas —en verdad, sólo a Avory, ya que no me permitió ver de nuevo a su hermana— y me fui, seguida de la arrogante y altiva mirada de la mayor de las Landbeck, que pareció seguirme bajo la lluvia incluso después de subirme al coche y alejarme del pueblo, de vuelta a Londres.

*Y todos mis pensamientos
se van
sin quererlo
a ti.
E. C.*

Octubre, 1933

De nuevo habían pasado varias semanas desde la última vez que Margaret había sabido de Elin. Se cercioró de que su padre ya se había ido —salir a cazar los sábados por la mañana era una rutina que con los años había comenzado a abandonar— y se dirigió a la arboleda, donde comprobó con satisfacción que ya no le resultaba tan siniestra como antes.

Escaló el tronco del viejo roble, se colgó de la gruesa rama que le servía de entrada al jardín y aterrizó en el ya aplastado montón de hierbas altas que utilizaba para amortiguar el salto.

Llamó a la puerta, tal y como Elin le había indicado: dos golpes, no muy fuertes, y ella saldría sin que el señor Collinwood se enterara de nada.

Esperó, más bien demasiado. Quizá era muy temprano, o Elin no se encontraba de humor. Puede incluso que no se... encontrara bien. Margaret se alteró al recordar la última vez que sucedió, en el páramo.

Habían tardado en llegar a la cumbre porque el tiempo no acompañaba, pero una vez alcanzaron la cima, Elin estaba tan contenta que, presa de un arrebató, empezó a correr con una ardiente energía que hasta ese momento parecía faltarle.

Margaret la siguió, sintiendo la tierra fría bajo sus pies descalzos, así como el húmedo y almohadillado musgo sobre las rocas en las que saltaban descalzas, las ráfagas de viento que revolvían sus melenas con una fuerza y un descontrol que, si cerraba los ojos, aún podía sentir latiendo dentro de ella hasta que el recuerdo de lo que pasó después nublara su mente. Elin se paró en seco, miró a su alrededor buscando a Kin frenéticamente y entró en pánico.

La perra había venido con ellas, las había seguido mientras corrían, ¿dónde se había metido? La joven palideció y soltó la mano de Margaret. Se giró hacia todas partes y comenzó a hiperventilar. La pequeña vio entonces asomar una chispa de locura en sus ojos que no reconoció, y sintió miedo. Trató de calmarla, le dijo que la encontrarían, que no podía estar muy lejos.

Tú no lo entiendes, le había respondido ella. *¡Kin es lo único que tengo!*

—Me tienes a mí... y a tu padre... —respondió la pequeña.

—¡No, no...! —cortó la joven.

—Elin... ¡Lo que dije frente a mi padre no es cierto...! —pero ella no prestó atención. La dejó atrás y corrió por la montaña gritando el nombre de la perra y profiriendo maldiciones a algunos vecinos del pueblo de los que sospechaba que podrían hacerle algún daño. Margaret rezó para que nadie les viera u oyera y acudiera allí atraído por el escándalo, porque si aquello ocurría tendría consecuencias terribles para las dos. En el pueblo las noticias corrían de boca en boca más rápido que su amiga por el páramo.

Más tarde Elin le confesó que en una ocasión había salido de casa con Kin a escondidas de su padre. Por supuesto, no siguió el camino hacia el bosque que atravesaba el páramo, puesto que era domingo y seguramente estaría concurrido por automóviles y carretas de vecinos llenas de enseres. Allí los domingos eran día de mercado.

Atravesó un matorral con la perra loba bordeando la casita de los Winchester, o, más bien, del señor Winchester. Su esposa había fallecido no hacía mucho y el anciano se había quedado sólo y amargado en aquel cubil ridículamente pequeño. Kin se paró un instante mientras caminaban frente a la

propiedad, y Elin se adelantó para comprobar que el viejo cascarrabias no había decidido pasar la tarde en el porche. Era uno de los vecinos que más detestaban las visitas, y no era la primera vez que había espantado a algún pobre niño que se había acercado a curiosear.

De pronto Elin oyó un grito incomprensible del que solamente pudo comprender una injuria grosera y se volvió rápidamente para esconderse tras un árbol de tronco grueso. Esperó a que Kin apareciera y se ocultara junto a ella, pero entonces escuchó el ruido de la maleza al moverse y un par de disparos provenientes de la casa.

Con el corazón encogido, dio una brusca bocanada de aire y salió de detrás del árbol sin preocuparse de no ser vista. Buscó a la perra con la mirada y la halló corriendo hacia ella mientras el señor Winchester se asomaba a su porche gritando con una escopeta en la mano. Elin y Kin echaron a correr hacia el bosque, pero de pronto la joven observó por el rabillo del ojo cómo el animal salió de su campo de visión, tropezando y gimiendo justo después de otra oleada de disparos.

Por suerte la puntería de aquel viejo había mermado considerablemente, por lo que aquel día permaneció en la memoria de Elin como solamente un gran susto: una de las balas había alcanzado la pata trasera derecha de la perra, pero, a pesar de ello, el desgarró no le había causado ningún daño mayor, así que una vez la joven hubo cargado a Kin hasta su casa, el señor Collinwood arregló el desastre con aguja e hilo.

Margaret admiró el hecho de que a pesar de que el padre de Elin fuera médico, hubiera cosido la pata de la perra con tanta precisión que apenas había dejado cicatriz. Por otra parte, aquel incidente le costó a Elin un par de semanas de aislamiento.

Entonces abrieron la puerta, pero no fue la joven quien abrió. El señor Collinwood se asomó con brusquedad, más pálido —si eso era posible— de lo normal, y visiblemente agitado.

—Margaret... —se oyeron unos golpes procedentes del interior de la casa y él volvió rápidamente la cabeza hacia el sonido.

—¿Va... va todo bien, señor?

—Por supuesto.

—¿Está Elin...?

—Sí, así es. Elin... —el señor Collinwood sacudió la cabeza y fingió una sonrisa. —No tienes de qué preocuparte, se encuentra a la perfección, te lo aseguro, es sólo que ahora mismo... me temo que no podrá salir a jugar contigo. —cerró la puerta con rapidez, pero antes de que lo hiciera del todo, Margaret insistió:

—¿Podría entrar, aunque fuera... sólo para hacerle una visita? —aprovechó el desconcierto del señor Collinwood para asomarse al interior, intentando ver algo, pero éste se lo impidió tapando el espacio entre la puerta y el marco con su huesudo cuerpo.

—No. No debo permitirte. —Margaret retrocedió, ofendida y agachó la cabeza. El señor Collinwood suspiró.

—La verdad es que no se encuentra muy bien...

—¿Está enferma?

—Me temo que sí, pero no como tú crees.

La pequeña torció el gesto. Al advertir su confusión, el señor Collinwood se inclinó sobre ella; probablemente en un intento de acercamiento y calidez.

—Verás... ella no sufre físicamente... pero su estado mental... —suspiró y bajó la mirada, buscando las palabras adecuadas. Margaret se sintió avergonzada al comprender que no le explicaría la verdad, probablemente debido a que la creía demasiado pequeña para entenderlo.

—El médico le ha aconsejado que no salga bajo ningún concepto, pero no temas, pronto podréis veros de nuevo.

Entonces, cerró la puerta. A pesar de ello, a Margaret le pareció advertir pena en el semblante de aquel hombre escuálido, y pensó que quizá incluso en alguien como él podría existir algo semejante a los sentimientos.

Se giró, decepcionada, y empezó a caminar de vuelta por el jardín inglés, rumiando las palabras de su vecino. Sabía que Elin se encontraba bien, ¿qué clase de médico le habría ordenado no recibir visitas? ¿Por qué su visita sería peor para la salud de su amiga que, por ejemplo, la compañía del animal salvaje del que nunca se separaba? Le pareció una orden estúpida, pero no tenía nada más que hacer; colarse en la propiedad era lo más lejos que podía llegar, entrar en una casa ajena sin permiso ya eran palabras mayores. Sólo le quedaba esperar.

De pronto la puerta volvió a abrirse con un chirrido y Margaret, ya de espaldas, se preparó para recibir una reprimenda, o, quizá, la prohibición del señor Collinwood a volver a colarse en su finca.

—¡Margaret! ¡Espera! He pensado que tal vez tu compañía sea beneficiosa para Elin... Así no tendrá que escaparse y correr el riesgo de... ¡en fin!, ¿te gustaría hacerte cargo de ella al atardecer? Puede que tenga que ausentarme algunas veces a esa hora para resolver unos asuntos, y estoy seguro que tú cuidarás bien de ella...

—Por supuesto, pero antes tendrá que convencer a mi padre...

—No, querida. Tu padre no tiene porqué enterarse.

Ambos compartieron una larga mirada, tanteándose, y, finalmente, el señor Collinwood esbozó algo parecido a una media sonrisa tras guiñar el ojo a su nueva cómplice.



Margaret entró en su casa canturreando, sin preocuparse de disimular. Hans aún no había llegado, y Avory había salido. Entró en el salón, dispuesta a rumiar la extraña conversación que acababa de mantener con su vecino, y se frenó en seco.

Allí estaba su hermana, sentada en el sofá, muy próxima a Arthur Charlton, ambos con las mejillas encendidas. Los dos se giraron hacia ella en cuanto apareció, como si hubieran visto un fantasma, y, poco a poco, sus rostros volvieron a adoptar un color normal.

—Margaret... Pensaba que estabas fuera...

—Así era...

—Yo... Creo que debo irme... —Arthur se levantó lentamente, tratando de no provocar un estallido de ira en la pequeña que acababa de interrumpirles, pero antes de marcharse se giró hacia Avory, y, tras sonreír a su hermana menor, la besó.

Margaret se agitó, escandalizada, y les miró como si ante ella estuviera teniendo lugar el más atroz de los pecados. Arthur se deslizó ante ella y salió con rapidez. Avory se sonrojó de nuevo, con una sonrisilla en la cara que a su hermana le pareció repugnante y atrevida.

—¿Qué has hecho?

—Oh, nada, Maggie... —Avory agitó la mano en el aire, restándole importancia.

—No es verdad.

—Es mi amigo, nada más.

—Estás mintiendo, se lo voy a decir a papá. —Margaret se giró, orgullosa, dispuesta a salir de la habitación y dejar a su hermana revolviéndose entre su vergüenza, cuando ésta, con astucia, respondió:

—Entonces yo le diré que tú eres amiga de la vecina loca.

La pequeña se paró, hirviendo de ira. Sabía que no podía hacer nada, que debía callarse si quería volver a ver a Elin, aunque no fuera justo. Apretó los puños, y sin volverse para mirar la expresión altiva y victoriosa de su hermana mayor, se fue. La impotencia era decididamente su punto más débil.

Parte 2

XIII

Irme. Irme en silencio y ver, ¡contemplar el amanecer en el páramo!

E. C.

Marzo, 2001

Conduje en silencio, a solas con mis pensamientos, y el murmullo de la lluvia que caía sin cesar me acompañó a modo de banda sonora de mi penoso regreso. El trayecto no fue excesivamente largo, o, al menos, no me lo pareció, porque sin quererlo estuve dándole vueltas a todo lo que había sucedido. Había algo que no me estaban contando. Estaba claro que me ocultaban algo, sentía esa incómoda sensación que se te queda en el cuerpo cuando dejas algo incompleto, y me picaba por dentro, solo que por mucho que me estrujaba el cerebro no podía adivinar qué era. Estaba claro que en alguno de esos comentarios o silencios incómodos había mucho más de lo yo entendía, pero, en fin, ¿cómo saberlo? Acababa de ser amablemente expulsada de su casa.

Entré en mi apartamento, empapada y arrastrando los pies hasta mi cama, donde me derrumbé. Estaba decepcionada, arrepentida, frustrada, pero mi cabeza no dejaba de darle vueltas al misterio, tratando de encontrar alguna grieta en la infranqueable muralla que las hermanas Landbeck habían construido a su alrededor.

No dormí nada aquella tormentosa noche. Cada ráfaga de viento que silbaba al colarse por las rendijas de la ventana se burlaba de mí, me apremiaba a levantar mi fatigado cuerpo y terminar lo que había empezado.

Por la mañana cogí el portátil, me hice un moño, de esos que indican que la persona que lo lleva está a punto de realizar una ardua tarea, y me puse manos a la obra.

Hice algunas búsquedas acerca del pueblo, pero si ya en la actualidad apenas era un punto localizable en el mapa, en aquella época allí no debían ni recibir el correo.

Investigué sobre la familia Collinwood y sus orígenes, y encontré algo interesante sobre la madre de Elin, la señora Evelyn Acker, que, según la esquila de un periódico, murió en 1932, en una pequeña ciudad de Holwick, enferma de fiebre tifoidea. Supongo que este dato, de haber sido sabido dos años después en el pueblo, hubiera ahorrado muchos comentarios malintencionados sobre su marido y su hija.

Un rato después, volviendo a la busca de noticias frescas sobre el pueblo, encontré unos cuantos ejemplares de un periódico local, llamado La Comarca, y tras seleccionar algunos posteriores al invierno de 1932, comencé a indagar.

La verdad es que, como esperaba, no había nada de mucho interés, incluso después de que los Collinwood se mudaran allí.

Había un montón de anuncios sobre venta de ganado, herramientas para el campo, una página por ejemplar donde se recogían los nacimientos y defunciones de aquella semana, algunas declaraciones del párroco... En definitiva, nada sobre una misteriosa niña loca o su excéntrico padre.

Decidí tomarme un descanso y prepararme un té, y me di cuenta de que ni siquiera había desayunado. En realidad, llevaba sin comer nada desde el día anterior, y esto comenzó a hacer mella en mi energía. Puse a hervir el agua, cogí una bolsita de té verde y metí un par de rebanadas de pan de ayer en la tostadora.

Me senté a tomarme mis deliciosas tostadas con mermelada de frutos del bosque —sin duda, mi favorita— y cavilé sobre lo poco que había encontrado en internet.

Algo no marchaba bien. Estaba haciendo algo mal, probablemente no estaba buscando donde debía. Ni que estuviera investigando a una persona de la Edad Media; era imposible que no hubiera *nada* jugoso sobre Elin.

Me sacudí las manos, y, con las energías renovadas, llevé mi taza de té a la habitación.

Volví a sumergirme en el mar de información que la pantalla me ofrecía y descarté todas las publicaciones de La Comarca anteriores a 1933. Como bien había dicho Margaret, los rumores comenzaron cuando Elin llegó al pueblo, pero no resultaron nada serio hasta tiempo después, cuando el miedo y la incertidumbre empezaron a calar en la gente del pueblo. A partir de entonces comencé a encontrar cosas interesantes.

Había un artículo fechado en el diecisiete de noviembre de 1933, que hablaba sobre los presuntos asaltos de un animal extraño, parecido a un lobo, pero con mucha más fuerza y de mayor tamaño, que durante unos dos meses había atacado a varias personas del pueblo. Seguí leyendo, y a medida que aquellos dos meses transcurrían, las cifras de víctimas de los ataques se iban incrementando. Conté un total de cuatro denuncias, que protestaban a causa de las heridas que el supuesto animal había provocado en mujeres y niños de los alrededores.

Lo primero que pensé fue que, tal vez, la perra loba de Elin hubiera causado esos accidentes. La primera noticia que narra uno de esos ataques encajaba bastante bien con su descripción: dientes largos y puntiagudos, color gris, ojos amarillos... En algunas páginas también especulaban sobre su naturaleza híbrida, atribuyéndole no solo la fiereza y la astucia de un lobo, sino también la brutalidad y la robustez de un perro de raza grande. Otros simplemente se referían a ella como un perro de aspecto poco habitual, ya que muchos vecinos acostumbraban a ver lobos en sus campos acechando al ganado y no reconocieron dicha amenaza como un lobo, así que terminaron por denominarlo popularmente la bestia.

Tenía sentido, pero si realmente no había más que un animal detrás de aquellos hechos, sin duda éstos se hallaban decididamente oscurecidos por supersticiones y leyendas.

Otro artículo similar recogía diferentes testimonios de los lugareños. Al principio, los ataques consistían en ganado muerto o mutilado, más tarde las víctimas pasaron a ser personas. Los primeros que se declararon fueron las acometidas a jinetes y vecinos en caminos alejados de las casas.

Durante las primeras semanas de aquel mes sólo fue desgarrada la ropa de una muchacha, y, sin embargo, su testimonio me llamó especialmente la atención, ya que se refería a *la bestia* como una «niña loba».

Aquella noticia gozó de una gran popularidad durante mucho tiempo. Todos los días había al menos una mención de la bestia en el periódico, donde, según los reporteros, los lugareños comenzaron a creer seriamente que se trataba de una criatura sobrenatural. Ya no sólo contemplaban la posibilidad de que una niña loba fuera la causante de semejantes actos, sino que incluso había quienes afirmaban con total seguridad que era una bruja capaz de cambiar de forma, pudiéndose convertir en un monstruoso depredador a voluntad.

Según los escritos oficiales, también había ciertas sospechas hacia el propio señor Collinwood, un misterioso noble descarriado y solitario al que acusaron de haber adiestrado a su mascota para provocar

los ataques, aunque, por supuesto, no contaban con datos o pruebas suficientes como para realizar una acusación real.

El nerviosismo pronto se apoderó de la población y comenzaron a estallar algunos disturbios. Se acusó públicamente a Elin de provocar los ataques, y a su padre de criar y entrenar a una bestia salvaje, —aunque estas sospechas suponían una minoría— para desventura de la pequeña, que se convirtió en foco del odio.

Tuve que parar un momento y reflexionar sobre las noticias. Realmente parecía un problema, hasta había una recompensa desorbitada para quién consiguiera dar muerte al animal.

La paranoia colectiva no tardó en extenderse, y muchos cazadores de regiones colindantes acudieron al pueblo atraídos por la generosa recompensa y organizaron batidas para acabar con la criatura, que en el pueblo ya era más temido que el mismo demonio.

La historia seguía teniendo demasiadas lagunas, además de que, a medida que avanzaba las lecturas, La Comarca perdía más y más credibilidad. ¿Cómo era posible que se permitieran semejantes distorsiones de la realidad en un periódico? ¿Una mujer lobo? ¿Realmente la gente se tomaba en serio estas noticias o se trataba todo de una sátira contra la familia extranjera, que —además de cruel, ya que estas acusaciones eran capaces de desprestigiar a cualquiera— eran totalmente infundadas? Si era esto lo que me ocultaban las hermanas, ¿por qué era Ivory y no Margaret la que más se esforzaba en mantener el secreto, si, al fin y al cabo, era la menor la que trataba de proteger a Elin a toda costa?

XIV

Contemplé el amanecer, sí, pero esta vez desde mi jaula. No sentí el frío vespertino como quise, ni vi salir la estrella más brillante de entre las montañas. Fue hermoso el renacer de su luz desde aquí, ¡pero imagina como será visto desde la cumbre! Un espectáculo de colores que no son de este mundo y la alegre canción primaveral de las aves. Celeste, morado y rosa son los tonos que veo, recortados por oscuras siluetas arbóreas, que verdes se tornan cuando les inunda la luz. Aroma a flor, a un mortecino verano, tonos pardos que destizándose entre las hojas tienen el paisaje.

E. C.

—Adelante, adelante, querida. —el señor Collinwood dobló su estirado cuerpo haciendo una reverencia y la invitó a entrar con el brazo. A Margaret le costó reconocer al alma en pena que un día había sido su vecino en aquel hombre jovial y vivaracho —aunque de cuerpo igualmente pálido, demacrado y vestido enteramente de negro— que le guió a través de una colección de amplias salas poco iluminadas y decoradas solamente con lo justo.

A excepción de lo que parecía ser el salón, con un par de butacas aterciopeladas de color granate frente a una chimenea de mármol negro tallado y una mesita auxiliar de ébano con un juego de té dispuesto para dos inquilinos fantasmales, todas las demás estancias parecían pertenecer a otra vivienda, aún deshabitada, cuyo escaso mobiliario se hallaba aún bajo sábanas espectrales, a salvo del polvo. Se fijó en el montón de pinturas que había en una esquina de gran salón, todas apiladas unas sobre otras y apoyadas en la pared, sin cubrir, y dedujo que, a falta de ilusión o de tiempo, el señor Collinwood los había dejado allí, olvidados y cubiertos de polvo.

Margaret le siguió a través de un pasillo en penumbra hasta la habitación más profunda de la casa, cuya entrada se hallaba bloqueada por un par de enormes puertas de madera decoradas con un estilo quizá un tanto anticuado.

—Es aquí.

El señor Collinwood se deslizó hasta las puertas y llamó con delicadeza, golpeándolas suavemente como si hacerlo pudiera perturbar un dulce y profundo sueño.

—¿Elin? Margaret ha venido. Cuidará de ti de ahora en adelante. —nadie contestó. Desde una gélida altura, el propietario de la casa miró su reloj de pulsera, impaciente, y giró con sus ligerísimos dedos el pomo dorado, abriendo una de las puertas sólo lo necesario para que Margaret pudiera entrar.

Le extrañó que el señor Collinwood no quisiera entrar y echar un vistazo al interior, sólo para asegurarse de que su hija se encontraba bien.

Se respiraba una fría hostilidad en la casa, casi como si el hombre sintiera timidez al dirigirse a Elin, pero Margaret le restó importancia, al fin y al cabo, para eso estaba ella aquí. Miró por última vez al extraño dueño de la propiedad, que le indicó con un apremiante movimiento de manos que pasara, y así lo hizo. Éste cerró la puerta inmediatamente después de que la niña irrumpiera en la habitación. Margaret permaneció en el umbral del dormitorio, observando.

Elin estaba sentada en el suelo, en el centro del cuarto, escribiendo en su cuaderno. Kin, que estaba acostada cerca de una pequeña chimenea que daba la impresión de no haber sido utilizada en décadas, levantó la cabeza al oírla entrar, y la observó, expectante. Elin completó la frase que estaba escribiendo en el diario y la miró a modo de saludo, con una sonrisa un tanto forzada en el rostro.

—¡Margaret! —se levantó y sacudió su vestido.

El dormitorio contaba solamente con una enorme cama y su dosel de bronce, la chimenea de mármol en desuso, un amplio armario de madera y multitud de telarañas esparcidas por las esquinas de los altísimos techos. La sobria decoración y la forma circular de la sala creaban la ilusión de un espacio muchísimo más amplio de lo que en verdad era.

—Qué bien que estés aquí, llevo semanas encerrada. Deseaba hablar contigo.

Margaret estaba un tanto tensa, aunque, si le hubieran preguntado, no sabría decir porqué.

—¿Sobre qué? —preguntó. Elin rió y se acercó a ella.

—Oh, pues verás querida: de muchas cosas, ¿y mis modales? ¿Te apetece sentarte? —con un brazo señaló la cama. Margaret la siguió.

—¿Qué te ocurre...? —preguntó la pequeña.

Elin la miró, parpadeó como si no comprendiera a qué había venido la pregunta y permaneció tan muda y distante como uno de sus queridos montes.

—Tu padre me ha dicho que...

—Sí, lo imagino. —cortó la joven, sonriendo algo incómoda. —Entonces sabrás que no me ocurre nada. Elin continuó mirándola de aquel modo tan profundamente inquietante.

—Claro. —respondió. —Por supuesto.

Bajó la cabeza.

Se miraron durante un instante, y, finalmente, la tensión se disipó cuando Elin rió a su manera, de forma que su risa derivó en un suspiro.

—Es sólo que... yo... Me pasan cosas, Margaret. Cosas que no puedo controlar, y eso me afecta... afecta a todos los demás. Por eso nadie me quiere. —Margaret vio sus ojos brillar, pero sabía que Elin era testaruda. No dejaría que nadie la viera llorar, pero, aun así, la abrazó y frotó su espalda.

—¡No te preocupes! —gimió la pequeña. —Por eso he venido a verte, así no tendrás que salir y...

—Lo sé, Maggie, lo sé. —cortó Elin, separándose un poco y esbozando una sonrisilla. —Y te doy las gracias. Es horrible ver cómo otros entran y salen de esta casa a voluntad mientras yo tengo que permanecer aquí... Kin es la única que lo hace soportable. No habla mucho, pero al menos puedo disfrutar de su compañía mientras vagamos por la casa... Y ahora te tengo a ti.

Margaret sonrió ampliamente.

—Vendré todos los días, así no te sentirás sola. —Los ojos de Elin se humedecieron, pero se esforzó en que no se notara demasiado.

—Gracias, pequeña.



Entonces Margaret se fue, y, como de costumbre, se sintió terriblemente sola, olvidada en un lugar que se hallaba vacío a pesar de que en verdad sí quedaba una persona que lo llenaba. Trató de ignorar el amargo silencio que de pronto apareció, sustituyendo las risas y rondándola como un espíritu atormentado.

La oscuridad avanzó entonces con más velocidad y el frío se propagó, mudo e hiriente por todos los rincones de la casa. Entonces las heridas comenzaron a hacerle más daño, y los diminutos ápices de desgracia que trataba de ocultar a la luz del sol aumentaron, engulléndola por completo.

Otra vez echó de menos otros tiempos. Recordaba el pasado, triste, aunque de alguna forma fuera la única manera de llenar el hueco que suponía el futuro, ese hueco que tan brevemente existía en el presente.

Maggie solía admirar la luz que sus ojos irradiaban cuando estaban juntas, como si la oscuridad no existiese, como si la noche no hubiera ocurrido.

La echaba de menos, de una forma terrible. De día podría seguir viéndola, pero, al anochecer, tenía la sensación de convertirse en un fantasma.

Horas infinitas vagaba por la casa como un alma en pena, esperando al primer rayo de sol, con el que secaría sus lágrimas. Su luz cegadora daba la impresión de borrar todas las sombras, aunque ella sabía que no era cierto.

Pero entonces hasta esas dulces sensaciones se volvían amargas. Las penas empezaban a pesar, los muertos empezaban a faltar, y aunque allí no solían estar presentes se notaba su ausencia vagando por los pasillos.

Su fuego interior había mermado. Ya no quedaba luz en sus ojos, ni ilusión en sus acciones, como si se hubiera dado cuenta de que la burbuja en la que guardaba dichas evocaciones era irreal.

Volvió a perderse a sí misma en un lugar que siempre había reconocido como suyo, y le horrorizó encontrarse con que, en verdad, aquel no era más que un sitio más, pues eso era sinónimo de que en ningún otro lugar hallaría su hogar.

Sacudió la cabeza y decidió no traer de vuelta a sus demonios, apartó todos esos pensamientos de su mente y los sustituyó por las sensaciones de esa misma tarde, en las que Margaret sí había conseguido hacerle sentir la irrealidad: que estaba en su refugio.

XV

Si sólo pudieras decirme qué se supone que debo hacer... ¿A qué debo atenerme? ¿Cuál es ahora mi dirección? ¿Cómo pretendes que consiga encontrarlo si no sé ni qué debo buscar? ¿Es esto un juego? ¿Hay algo realmente escondido, o lo único que se ha perdido soy yo?

E. C.

Marzo, 2001

Pensé en Margaret y sentí el impulso de llamarla, pero recordé que no le había preguntado el número, y tampoco había tomado nota de su dirección para poder contactar con ella por correo. Solté una maldición y cerré el portátil, abrumada por la información que de pronto me había bombardeado *La Comarca*.

Me costó muchísimo unir las dos historias, trenzar la versión de Margaret y la del resto de vecinos para obtener una visión generalizada y real del —pongamos por nombre— caso, porque ya no me sentía como una simple escritora.

Había ataques de por medio, y hasta una misteriosa criatura acechando a los vecinos. Esto se había convertido en toda una investigación detectivesca.

Entonces recordé que tenía el cuaderno. No contaba con Margaret, pero con un poco de suerte, Elin me contaría qué había pasado en realidad.

Si en los primeros meses ya se apreciaba una decadencia, una sombría evolución del pensamiento de la joven con tendencia a la depresión, al final del cuaderno la cosa pintaba aún peor. Ya no había un progreso, pero, sin embargo, todos los textos eran ahora más pesimistas y negativos. El último pasaje que escribié pertenece al trece de diciembre de 1933, y daba la impresión de estar inacabado, no sólo porque se encontraba a la mitad del cuaderno, sino porque parecía que Elin había perdido el gusto por escribir, y había dejado el relato inconcluso.

No obstante, en él no se mencionaba nada sobre los ataques o sobre las habladerías de los lugareños sobre su familia, simplemente, escribía sobre su angustioso encierro y su soledad, cada vez con más amargura y desesperanza. Además, tal y como decía Margaret, aquellos no se asemejaban a los relatos de un enfermo. O, por lo menos, no los de un enfermo físico.

No me bastaba, necesitaba llegar al final. En los artículos de *La Comarca*, los ataques y avistamientos siguieron aumentando, pero, súbitamente, en diciembre de 1933 cesaron las publicaciones sobre *la bestia*. Dudé de la relación de estas monstruosas noticias con la familia Collinwood. Si bien muchos de los vecinos los relacionaban, no existían más que teorías descabelladas al respecto, pero, aun así, seguí leyendo, puesto que era la única fuente de información con la que contaba en ese momento.

En los últimos informes se rememoraban las cacerías que se habían llevado a cabo para eliminar a la bestia, que, según algunos cazadores y voluntarios, había recibido disparos en varias ocasiones, e incluso había caído, pero, aun herida, siempre lograba levantarse y escapar.

Las batidas continuaron durante varios días, en los que incluso se habían logrado reunir treinta hombres. Todo el mundo pensaba que la criatura estaba herida de muerte, pero no tardaban en aparecer más reportajes sobre nuevos asaltos.

Sin embargo, una vez los vecinos consiguieron apresar a la perra. Leí el artículo un par de veces y encontré similitud con algunos textos del cuaderno de Elin, en los que no sólo descargaba su odio por lo ocurrido, sino que también lamentaba lo que, según sus relatos, ella y su padre calificaban de advertencia.

La noticia de *La Comarca* describía otra batida contra la bestia, la última de la que se tiene constancia en el periódico. En ella se contaba que los hombres, enfurecidos, habían advertido que la

perra y su dueña se había escapado de la propiedad de los Collinwood y se hallaba entonces deslizándose entre las granjas de los vecinos, por lo que inmediatamente después de que un tal Robert Charlton diera la voz de alarma, casi todo el pueblo salió de sus casas, escopetas en mano, tras ellas. Según cuentan, la mera intención de la batida era escarmentar a la familia, a la que era evidente que cada vez tenían más aversión, pero, no obstante, esta vez lograron atrapar al animal, pero no la mataron, si no que le amputaron la pata trasera derecha.

Quizá amputar sea una palabra bastante suave para describir lo que acababa de leer. En vez de sacrificarla, la mutilaron como a un venado siendo despedazado una vez abatido, la única diferencia es que, en este caso, la perra estaba viva durante el proceso.

Decidí que los testimonios y acusaciones hacia la familia se iban volviendo cada vez más surrealistas, y que, si quería resolver el enigma que había perseguido a los Collinwood desde entonces, debía consultar a alguien que lo hubiera vivido en sus propias carnes. Debía preguntar a las hermanas Landbeck, así que, una vez más, me bebí lo que quedaba de mi té de un trago, cogí las llaves del coche, y, a riesgo de ser despachada de nuevo, me dirigí al lugar en el que todo había sucedido.

XVI

Diez de noviembre de 1933.

El día amaneció de color índigo, cubierto de una niebla densa. Yo desperté agonizante, presa de un intenso dolor, ¡pero no será suficiente esta tortura para privarme del sentimiento de estar viva! No podrá impedirme subir a mi escarpada cumbre, ¡no lo hará! Subiré a lo más alto y allí me hallaré, a merced de las tormentas.

Clamaré hasta desvirme preguntando al cielo mi destino, y hallaré respuesta, allí entre la ventisca y el frío glacial.

E. C.

Noviembre, 1933

Margaret se revolvió una vez más dentro de aquella endemoniada saya, que además de ser la prenda más ridícula que había visto, resultaba de lo más incómoda e inútil que había visto para la vida en el campo.

Arrancó el delicado acabado de encaje de la falda, ya hecho jirones a causa de las zarzas, y lo envolvió en un ovillo que escondió en el amplio bolsillo lateral, que, en cambio, sí le parecía enormemente práctico.

No habían pasado ni tres días de su décimo cuarto cumpleaños y aquel vestido —inmaculadamente heredado de Avory— que le habían cedido como regalo, presentaba un aspecto totalmente distinto.

Si bien en su hermana mayor lucía sencillo, coqueto y femenino, a Margaret le parecía ostentoso, opresivo, algo que, lejos de permitirle la agilidad y flexibilidad que precisaba para moverse por el bosque con holgura, demandaba una porte y una silueta que ella no poseía.

Apenas quedaba rastro del precioso estampado de flores, que se hallaba ahora bajo unas cuantas capas de barro y el verdor característico de la hierba sobre el tejido, y la «A» perfectamente bordada que las hábiles manos de Avory habían añadido posteriormente estaba descosida tras haber sido expuesta a multitud de arañazos de ramas y pinchos, que, inevitablemente, se cruzaban a diario en el camino de la pequeña.

Ya casi había terminado de deshacerse por completo del molesto dobladillo de la falda —que no hacía más que entorpecer su camino— cuando llegó al caserón de los Colinwood.

Hans no tardaría en volver, pero confiaba en que esa noche regresara lo suficientemente cansado de la caza como para no querer siquiera acercarse a comprobar que sus hijas ya se habían acostado.

Se adentró lentamente entre la maleza que se arremolinaba a su alrededor y comprobó con satisfacción que, al fin, podría deambular por el bosque sin tener que lidiar con espinas y zarzales enganchándose en su vestimenta.

Rodeó con discreción el muro de la propiedad, dispuesta a entrar, cuando divisó por casualidad a Kin, merodeando más allá.

Parecía intranquila, nerviosa, daba vueltas buscando apremiantemente la mirada de Margaret. Ella la observó, preguntándose qué haría allí fuera sola, pero le bastó encontrarse con sus intensos ojos, cargados de humanidad, para saber que algo no andaba bien.

Avanzó a toda prisa, envuelta en el intenso frío crepuscular, y siguió al animal, que bordeó el muro olvidado que daba a la parte trasera del jardín inglés, que ya contaba con una densa capa de musgo y enredaderas sobre él. Le llevó hasta los viejos robles, bajo los que la niña se ocultó. Desde allí percibía la voz del señor Collinwood, languideciendo, tan débil y cortante como siempre.

Kin se paró y se giró hacia ella, expectante, dándole a entender que no era ese su destino, pero Margaret no le siguió.

Apoyó sus dedos entumecidos sobre la fría piedra del muro y esperó a que el señor Collinwood terminara de hablar, ya que no le costó advertir que no estaba sólo, por lo que, conteniendo la respiración, se arrimó para escuchar.

Distinguió otra voz, más fuerte y rotunda, que parecía ser la de Hans. Margaret se agachó, pálida como un fantasma, y se pegó aún más al muro sin hacer ningún ruido. Kin gimió, sin dejar de mirarla, y avanzó unos cuantos pasos en dirección contraria, pero interrumpió su ademán al comprobar que la pequeña no iba detrás de ella.

—... despertando muchas sospechas... —Hans susurraba con cautela, con una tensión propia de quien habla entre dientes, casi gruñendo, como si entre ellos se estuviera dando una conversación que nadie debería escuchar.

Margaret se removió, angustiada. Desde allí no distinguía las voces con claridad, y la del señor Collinwood, tan frágil como un susurro, le resultaba inaudible.

—...con la condición de que la ocultaras... No para que la trajeras aquí.

—Lo sé, Hans. Hago todo lo que está en mis manos para...

—No es suficiente. —interrumpió su padre, enfurecido. —No puedes hacerme esto... La veo en ella, yo...

—Yo también tengo un pasado del que debo librarme, Hans.

De pronto, Margaret percibió el sonido de unos pasos sobre la hierba, que se alejaban, seguidos del chirrido de la oxidada verja del señor Collinwood.

Kin permaneció inmóvil un instante, olfateando el aire para asegurarse de que no había nadie cerca y volvió a clavar sus ojos en la niña, esperando a que se levantara. Ella lo hizo, pesarosa, reflexionando sobre los ápices del diálogo que había podido escuchar, y la siguió, al fin, acercándose a la entrada de la casa. Había oído suficiente.

Mientras caminaba, de nuevo siguiendo los pasos de la perra, Margaret se fijó en como la perra caminaba, cabizbaja, igual que lo hacía Elin, meditando algún asunto, o quizá tejiendo las frases que salían de su interior para crear un relato insólito.

Puede que nunca antes se hubiera dado cuenta, o que añorara demasiado los días en los que solían pasear juntas, pero en aquel momento le pareció descubrir que se comportaba de forma muy similar a la de ella.

Entonces reparó en el costado de la perra loba. Su pelaje se distribuía de forma irregular. Se adelantó unos pasos hasta quedar a su altura y lo observó con más detenimiento. Detrás de una de las patas delanteras, justo entre el hombro y las costillas, le faltaban varios mechones de pelo, y sobre su piel desnuda pudo entrever mientras andaba lo que le pareció un corte. No, una herida, aunque no era reciente, si no que ya estaba casi curada. Parecía haber sido hecha con algo afilado y redondo, como una bala. Ese tipo de heridas le eran desgraciadamente familiares por ser la hija de un cazador. Margaret vaciló. No parecía molestarle, a pesar del constantemente roce del codo al caminar, pero la pequeña no pudo reprimir un escalofrío al imaginar quién o cómo habría podido hacerse semejante desgarro.

Kin paró y miró al frente. Levantó las orejas y escrutó la espesura, hallando rutas y vestigios que a Margaret le resultaban invisibles, y continuó. Sin embargo, el ruido de unas pisadas sobre la hierba la hizo detenerse. La pequeña pensó, con los puños apretados con fuerza, en la imprudencia que acababa de cometer. Los pasos de su padre habían desaparecido, pero, ¿cómo podía ser tan tonta? ¿Y si Hans

había cambiado deliberadamente de idea y se dirigía hacia ella? ¿Qué diría si le viera aproximándose al caserón de Elin?

De pronto el señor Collinwood torció la esquina del muro y se sobresaltó al toparse con la niña y su perra allí, petrificadas, como si esperaran que algo muy pesado cayera de pronto sobre ellas.

—¿Margaret?

Ella parpadeó, sorprendida y ligeramente confusa y le clavó la mirada, con los ojos como platos. Hubo un silencio —que a Margaret le pareció eterno— en el que los dos se miraron, atónitos, hasta que el hombre espetó:

—Su... supongo que vienes a cuidar de Elin...

La pequeña asintió, aún petrificada.

—¿Era mi padre con quien hablaba?

El señor Collinwood apretó la mandíbula y la miró con seriedad.

—Elin te espera dentro.

Margaret atravesó la gran verja metálica que separaba la finca de los Collinwood del exterior y recorrió el jardín inglés hacia la casa. Observó con pena su alrededor, era evidente que nadie se encargaba de su mantenimiento desde hacía varios meses. Pensó que, quizá, a Elin le gustaría cuidarlo, ya que tenía entendido que el jardín era uno de sus lugares favoritos, aunque, por supuesto, ninguno igualaba a aquella tormentosa cumbre. Tampoco sería prudente pasar las tardes allí fuera, cuando iba a visitarla. Hans podría oírle, y además el frío era cada vez mayor en aquella época del año.

La puerta del caserón estaba cerrada sin llave, como solía estarlo a esa hora del día para que la pequeña entrase sin necesidad de llamar, así que le bastó con empujarla levemente para que esta se abriera de forma majestuosa y elegante. Era una puerta principal enorme, casi lujosa, hecha de madera de roble y hierro forjado, cuyas bisagras oxidadas amenazaban con desprenderse de un momento a otro. Margaret suspiró y echó una ojeada a las aldabas con forma de cabeza de león una vez más. Al menos, pensó, estas eran de acero inoxidable. Le gustaban mucho.

Cruzó los amplios pasillos y las oscuras habitaciones, pero se detuvo al llegar al gran salón. Había una pequeña lumbre encendida en la chimenea de mármol negro, y uno de los dos sillones se había movido para quedar de frente a ella.

Kin levantó la cabeza en silencio y agitó la cola de lado a lado cuando ésta se acercó, y Elin se asomó desde detrás del sillón de terciopelo al ver la reacción de la perra y sonrió al advertir a su vecina.

—¡Querida!

Se levantó y fue hacia la pequeña, que avanzó frotándose las manos mientras observaba a su alrededor. Miraras donde miraras, había varios retratos colgados de la pared, cuyos rostros hundidos, tristes, y del color de la tiza permanecían imperturbablemente decaídos, observando cada movimiento con ojos vacíos. Margaret paseó rápidamente la mirada por la esquina en la que el señor Collinwood amontonaba las pinturas, y, en efecto, ya no estaban. A pesar del lúgubre aspecto de las personas retratadas y de la constante sensación de que alguien te observaba, Margaret se sintió cómoda en la habitación. Hasta ahora no se había percatado, pero fuera hacía más frío del que le había parecido en un principio, o quizá fuera el súbito contraste con el calor del fuego el que le había producido esa sensación, pero, de todas formas, con él la sala parecía mucho menos vacía.

Elin se acercó con delicadeza mientras Margaret la observaba con atención. Vestía un elegante vestido color crema, llevaba los pies descalzos y la melena suelta, y a pesar de que sonreía daba la impresión de estar perdida, hipnotizada, y cuando la pequeña se acercó, apresurada, para prestarle su ayuda, ya que la joven, se tambaleó de pronto y estuvo a punto de caer, se puso tensa. Su bello se erizó súbitamente, y sus pupilas, tremendamente dilatadas, se clavaron en Margaret con brusquedad.

—Oh... —dijo solamente con un hilo de voz, estrechando a la pequeña en sus brazos. Ésta la soltó poco a poco y la miró más de cerca, como ofreciendo una disculpa. Temía haberla herido.

—Lo siento, yo...

—No, no te sueltes... ven aquí. —dijo Elin con dulzura mientras enroscaba sus brazos alrededor del cuello de Margaret.

—Hacía tiempo que nadie me abrazaba así.

Kin apenas había variado su postura en toda la tarde: se había hecho un ovillo frente al fuego y sólo había levantado la cabeza para observar a Margaret cuando llegó.

Las niñas habían acercado aún más los sillones a la chimenea y leían, muy juntas la una a la otra, las historias que habían inventado aquella tarde. Margaret no pudo evitar darse cuenta de que, pese a que ambas las iban escribiendo en el cuaderno de Elin, ésta ponía especial cuidado en no mostrar ciertas páginas previas a la actual cuando volvían atrás a releer algunos de los relatos que habían escrito tiempo atrás. Aun así, la pequeña prefirió no hacer ningún comentario al respecto. Se dejó llevar por Elin y sus fantasías, que cada vez le parecían más y más fascinantes. Ignoraba si ella era consciente, pero desde que tenía prohibido salir de su casa sus historias se tornaban más reales, más idílicas, como si su triste realidad la obligara a crear una mejor y más fácil donde refugiarse.

A Margaret le parecían realmente preciosas, y disfrutaba añadiendo pequeños toques, pinceladas, descripciones, y, a veces, incluso personajes y tramas enteras que cobraban vida en ese mundo mágico. Un mundo secreto, le decía Elin, nuestro propio mundo.

Elin dio un sorbo a su taza de té, y durante ese silencio a la pequeña le vino a la cabeza la extraña situación que había compartido con el señor Collinwood.

—¿Sabes? Cuando he venido me he cruzado con tu padre...

Elin bajó la taza de té y la miró en silencio, expectante.

—Fue extraño, iba muy bien vestido y peinado... y olía a colonia de la cara.

La joven puso los ojos en blanco y volvió a beber de la taza.

—Oh, sí... No le des importancia. Hace semanas que mi padre sale así de arreglado al anochecer. «Cuestiones importantes que atender en el pueblo». —recitó aquellas palabras con burla. Sin duda, no era la primera vez que las escuchaba, y quizá tampoco la primera que no significaban lo que en un principio parecían.

—La verdad es... —añadió inclinándose hacia Margaret y susurrando como si le fuera a contar un secreto en un lugar lleno de gente. —... que en el pueblo no quieren vernos ni en pintura. Apuesto a que sale a ver a escondidas a la señora Charlton. —soltó una risilla y se tapó la boca con la mano. —He encontrado sus cartas. Es curioso, ¿no es cierto? Él está interesado en Claire... y creo que Arthur podría estar interesado en mí... —dijo Elin con delicadeza, como si dejara caer sutilmente la frase ante ellas.

Margaret se acomodó en su asiento, la miró, e inspiró con fuerza llevándose la mano al pecho, con expresión de sorpresa sobreactuada. Había olvidado el propósito de la mención de la escapada del señor Collinwood: averiguar qué sabía Elin de la relación entre sus padres.

—¿Arthur? ¿Arthur Charlton?

A Elin se le escapó una leve sonrisilla mientras se mordía el labio inferior.

—Eso creo... aunque no le he dado una respuesta contundente de momento... Nos hemos visto en el bosque un par de veces... —añadió, susurrando nuevamente.

—Ay, Margaret... ¡todo mejora por momentos! Creo firmemente que si esto sigue así pronto volveré a ser feliz, aunque siga aquí encerrada...

—¿De verdad? ¿A qué te refieres?

—Lo que quiero decir es que qué más da que a la gente del pueblo le desagrade: ahora te tengo a ti, a Arthur, a Kin...

Entonces Margaret identificó esa extraña sensación de vergüenza e incomodidad que crecía poco a poco en su pecho al recordar el día en el que había pillado a Arthur fanfarroneando con su hermana.

—¿Ocurre algo? —preguntó la joven.

—No, en absoluto. Es sólo que... ¿Es Arthur bueno contigo? —titubeó. Lo último que quería era romper la fragilísima felicidad de su amiga. Elin vaciló un instante, no como si meditara su respuesta, sino más bien como si no entendiera la pregunta o le pillara totalmente por sorpresa.

De pronto se produjo un silencio hasta que Kin, sin motivo aparente, se levantó mirando a algún punto en la lejanía, como si escuchara una llamada que solo ella podía oír.

Margaret abrió mucho los ojos al ver la figura de la perra loba y advertir que le faltaba una pata. Tragó saliva.

Elin suspiró, casi imperceptiblemente, y sorbió por la nariz. La pequeña se volvió para mirarla, y a pesar de la tenue luz que emanaba del fuego, pudo advertir que la cara de la joven estaba hinchada y sonrosada, y por primera vez en toda la tarde fue consciente de que era evidente que Elin había estado llorando.

—Que oportuno que lo preguntes... —murmuró la joven, a pesar de que Margaret no se había atrevido a pronunciarlo. Elin parpadeó, ofuscada, y de pronto se sintió mareada.

—Ocurrió una de las últimas veces que salí de casa, el fin de semana pasado...

Margaret sintió una punzada en el corazón. Había acordado no acercarse al caserón con el señor Collinwood para no levantar las sospechas de Hans, que tenía por costumbre no salir de casa ni sábados ni domingos, pero eso le escocía en el pecho.

—También fue la última vez que vi a Arthur. Salí a escondidas con Kin y nos encontramos en la arboleda, no muy lejos. Pasamos allí un rato, pero de pronto su padre apareció con una escopeta seguido de muchos hombres...

Se produjo un silencio inquietante. Elin tenía la vista fija en el fuego, aunque no lo miraba, perdida en sus pensamientos.

—Salí corriendo... —prosiguió. —...la verdad es que nos pillaron por sorpresa y ni siquiera me despedí de él... pero justo antes de llegar a mi casa, me di cuenta de que Kin no corría a mi lado. Me paré y entonces... —Elin tragó saliva. —... la oí gritar. Entonces supe que la habían cogido.

Margaret miró a la perra loba, que se paseó por la sala, cojeando, y se fijó en su vendaje. Parecía muy bien hecho y sujeto, y pensó que era una verdadera suerte que el señor Collinwood contara con ese tipo de material médico en su casa. Ella y Elin permanecieron un rato mirando a Kin, que volvió la cabeza al percatarse de que la observaban. Una mancha de color marrón oscuro teñía las vendas, y la pequeña observó cómo Elin, —con los ojos llorosos, aunque quisiera ocultarlo— se levantó y se acercó a la perra, junto a la que se arrodilló para observar la cura. Abrió un poco el vendaje para observar los puntos y pronto un olor a carne podrida impregnó el aire de la habitación.

Margaret se revolvió a su asiento, y tras pensar si decir en voz alta lo que llevaba un rato rondando su mente, preguntó con cautela:

—¿No... no te parece extraño?

—¿El qué?

—Mi padre es amigo de Robert... lo he visto unas cuantas veces... —Elin alzó las cejas, apremiante. —... no creo que un hombre como él se meta en el bosque por casualidad...

El rostro de la joven se ensombreció, y Margaret supo que había captado la idea. Aun así, algo pareció indicar que se negaba a aceptarlo.

—¿Qué insinúas? —dijo Elin muy despacio.

—Elin, ¿no te resulta extraño que de pronto aparezcan todos esos hombres armados justo donde te escondías con Arthur? —al ver que la joven no respondía, Margaret insistió:

—¿No crees que cabe la posibilidad de que fuera una especie de trampa?

Elin se quedó muy quieta en el suelo, donde permanecía, junto a la herida de la perra.

—¡Margaret! ¿Cómo puedes hacer una acusación así tan a la ligera? ¡Arthur no tiene motivos para engañarme, igual que el señor Charlton no los tiene para odiarme!

—Sin embargo, lo hace. —comentó Margaret con inocencia. Elin la miró sin decir nada y se giró para volver a cerrar el vendaje de Kin. A pesar de su silencio, la pequeña pudo sentir cómo algo en el interior de la joven se rompía.

En el fondo, sabía que lo entendía, la conocía lo suficiente como para poder asegurar que, en ese instante, Elin estaría dándole vueltas a sus palabras, pero se sentía terriblemente culpable de haber borrado la sonrisa de su cara, esa sonrisa que había tardado tanto en volver a ver desde que la conoció.

Margaret esperó que lo entendiera; sabía lo delicados que eran sus estados de ánimo, y sabía que si le quitaba una de las pocas cosas a las que ella podía aferrarse se derrumbaría de nuevo, y, es más, podría pasar mucho, mucho tiempo hasta que volviera a verla otra vez.

Entonces Elin retiró todos los apósitos que cubrían el muñón de la perra loba y utilizó las zonas limpias para eliminar parte de la secreción que emanaba de la herida. Después, hizo una bola con el resto y se giró hacia Margaret antes de abandonar el salón en busca de más vendas.

—Mi padre llegará enseguida. —las llamas de la lumbre crepitaron y la luz se reflejó en los ojos de la joven, que se habían enrojecido y humedecido. —Creo que es mejor que te vayas. —dijo con aquella calma glacial tan poco natural.

Margaret caminó con los ojos llorosos de vuelta a su casa. El sol ya se había puesto, pero la pequeña no se percató de ello. Una ráfaga de aire frío la hizo estremecerse y se envolvió en la gruesa tela que usaba a modo de chal. Pensó en lo que había hecho, y nada más ver en su mente la imagen de la sonrisa

de Elin borrándose de su cara por su culpa, comenzó a golpearse con fuerza la frente con el puño hasta notar calor en los nudillos, que no sentía desde que salió del caserón a causa del frío.

Entonces sorbió por la nariz y trató de no hacer muy evidente que estaba llorando. Sabía que a esa hora no habría nadie en su casa, ya que Avory había quedado con sus amigas para tomar el té y bordar, y Hans estaba en la posada de Charlton, pero, aun así, odiaría que alguien la viera llorando.

Repasó una y mil veces lo que tenía planeado decirle a Elin la próxima tarde, a modo de disculpa. Su humor últimamente era más delicado de lo corriente, a pesar de ese repentino buen humor que presentaba. No era como antes, sin embargo. La pequeña comparó mentalmente la forma de ser de su amiga nada más llegar al pueblo y la que mostraba ahora: le pareció casi fingida, como si la mente de Elin estuviera entumecida, sedada. No daba la impresión de estar feliz, al menos no como solía serlo, más bien era como si su tristeza se hubiera ocultado tras un cristal semitransparente, anulándola. Seguía estando allí, como la herida causante del dolor de un paciente, que, sin embargo, experimenta una sensación dulce al sentir que el sufrimiento mengua gracias a los calmantes.

Margaret dobló la esquina de su casa y se topó con Arthur y Avory cogidos de la mano y parlotando animadamente.

—¡Margaret! —Avory se volvió y se acercó bailoteando y sonriendo hacia ella. —¡Que alegría verte! —ella la cogió de las manos y la pequeña pudo observar sus mejillas coloradas —no precisamente debido al frío— y su rostro esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Arthur también se aproximó con una encantadora sonrisa pintada en la cara.

—¿Qué hacéis aquí fuera? —la pareja se miró.

—Venimos de dar un paseo. —contestó Arthur. —Me estaba despidiendo de tu hermana...

Entonces una sonrisilla pícara se escapó de la boca del joven, que paseó rápidamente la mirada por la mayor de las hermanas.

—Verás, Maggie... —continuó Avory. Se le escapó otra risilla, que a la pequeña, cuyos pensamientos se hallaban aún ocupados con Elin, le pareció repugnante.

—¡Arthur y yo vamos a casarnos!

Éste abrazó a su prometida por la espalda, y ambos parecieron envidiablemente felices. Margaret permaneció en silencio, inexpresiva.

Fuera lo que fuera lo que Arthur o su hermana estuvieran tramando, no le gustaba. Había algo en todo aquello que no encajaba, que le dejaba muy mal cuerpo. No sabía que era, pero, sin embargo, lo había, sobre todo porque se trataba de algo que menguaba la ya de por sí escasa felicidad de su amiga.

XVII

¡Es imposible! ¡Imposible! Una hermosa mentira, que tú ¡tú! Hayas encontrado en mí algo que, inexplicablemente, te deslumbra. ¡Es tarde! ¡Demasiado! He caído en tu trampa, y aunque tu nombre sigue aun siendo un bello misterio ¡te conozco! Pues siento tu dulce veneno en mí, y no hay otra cosa que ocupe ahora mi mente excepto tú. Pero he de advertirte que mi espíritu es osado, y sin dudar se adentrará en tus fatales peligros hasta desvelar un horrible engaño, o el más precioso de los tesoros.

E. C.

Marzo, 2001

Fueron necesarias unas cuantas vueltas de más y un par de paradas para preguntar direcciones para llegar de nuevo a la casa de las hermanas Landbeck.

Sí, lo sé, no debería resultarme difícil teniendo en cuenta que he recorrido ese mismo trayecto hace apenas tres días, pero si a mi nula capacidad para orientarme por carreteras boscosas le sumamos que la última vez llegué siguiendo una ruta al azar, las probabilidades de que lograra hallar la misma propiedad eran más bien escasas.

Además, en cierto modo, nunca había conducido hasta allí, sino hasta la montaña colindante, y hoy no contaba con una ágil —y poco común— anciana que me guiara hasta el lugar.

En resumen, finalmente conseguí encontrar la casa. Aparqué delante de la verja y escruté el modesto jardín y la galería desde el coche. Incluso allí dentro el aire helado te hacía estremecer sólo con respirarlo.

Me envolví aún más en mi bufanda y mi abrigo de plumas, respiré profunda y dramáticamente, haciendo acopio de fuerza de voluntad, y salí del coche. Me agradó comprobar que ciertamente no había una diferencia de temperatura tan abrupta como esperaba. Eso era, sin duda, un buen presagio.

Caminé, jovial, hasta la entrada de la propiedad y apreté el antiquísimo botón del timbre, que tenía tantos años que podría estar expuesto en la vitrina de un anticuario o un museo de curiosidades.

Me balanceé adelante y atrás sobre mis pies mientras esperaba. Cerré los ojos y escuché el canto de los pájaros, que a pesar de ser una mezcla heterogénea de melodías de diferentes especies, me resultó dulcemente armonioso.

Las nubes se arremolinaban en el cielo cubierto, haciéndolo parecer la paleta de un pintor en busca de la combinación perfecta de blancos, grises y negros.

Me puse de puntillas e intenté asomarme por encima de la cerca. El ambiente era tranquilo, silencioso, como si nadie en la vivienda hubiera despertado aún. Quizá había llegado demasiado pronto.

Sólo por si acaso presioné por segunda vez el botón, y aguardé. Las hermanas Landbeck rozaban una edad en la que no era difícil que un sonido como el del timbre les pasara inadvertido, aunque ninguna de las dos había demostrado tener problemas de audición.

Sopló una brisa fría que se coló furtivamente entre las costuras de mi jersey. Di unos cuantos pasos de un lado a otro de la entrada, impaciente. Miré mi reloj de pulsera, que marcaba exactamente las diez en punto. No era una hora excesivamente desorbitada, pensé. Al menos para mí. Sus horarios y costumbres me resultaban completamente desconocidos.

Finalmente decidí que, estuvieran en casa o no, no sería recibida esa mañana. Sin embargo, eso no me decepcionó. En aquel instante mi cabeza era un hervidero de datos, cabos sueltos, teorías e hipótesis sobre lo que ocurrió ese diciembre de 1933.

Esa era, sin duda, mi historia, la que estaba buscando, esa que deseaba tan fervientemente ser contada después de permanecer tantos años tras el oscuro y tupido velo del olvido.

Caminé hacia el coche, pero una vez estuve ante él, me detuve. Lo observé durante unos segundos indefinidos y comprendí que no podía dejar así el final de la historia. Por supuesto que podía volver otro día, pero si para algo había realizado ese viaje, era para obtener la verdad. De una forma u otra, ahora era mi deber concluirlo, rellenar, por fin, los huecos que el paso de Elin había dejado en el pueblo y sus habitantes.

Entonces se encendió mi bombilla. Margaret y Avory hablaban de ella en pasado, como si ya no estuviera entre nosotros, pero según lo que relataron, sus edades no eran tan dispares. Elin no era mucho mayor que Avory, y si bien no compartían generación, a mi juicio sus nacimientos no deberían estar muy separados en el tiempo.

Desconocía la edad de Avory, pero contando con que su vecina no la superaba con más de cinco o seis años de diferencia, Elin también debería estar viva aún.

Contemplé esa idea desde la distancia, tanteándola, saboreándola, buscando posibles grietas, defectos, o imperfecciones, sin resultado. Si conseguía dar con ella, obtendría las claves de la historia. Podría conocer la versión más importante de lo sucedido —nada menos que la de la protagonista— y podría, incluso, llegar a cerrar el círculo y devolverle el favor a Margaret, contándole lo que su amiga nunca le había llegado a confesar.

De pronto, una ocurrencia apareció en mi mente, apartando todo rastro de niebla, brillando como un poste publicitario rodeado de llamativas luces deslumbrantes: el registro civil del pueblo.

Allí hallaría lo que necesitaba saber. Ahora, pensé, sólo había que encontrarlo, así que comencé a buscar. Seguí una vertiginosa carretera de pueblo, llena de curvas, cuestas e irregularidades hasta que llegué a una zona en la que las casas se hallaban más juntas las unas de las otras. El centro del pueblo, sin duda.

Dejé atrás las granjas y vagué por las estrechas calles, dejándome llevar, algo perdida y acostumbrada a contar con infinidad de señales e indicaciones en las calles de Londres, por lo que deduje que tardaría algo más de lo previsto en dar con el registro.

El lugar estaba tan vacío como la propiedad que acababa de visitar, a excepción de un enorme boyero de Berna, que emitió un ladrido tan estrepitoso al verme pasar que casi me tira del susto.

A pesar de las dificultades, conseguí llegar al registro. El edificio era austero, sencillo, y pasaba prácticamente inadvertido entre el resto de viviendas.

Para mi alivio, estaba abierto, así que entré en la pequeña y polvorienta recepción bajo la escrutadora mirada de un hombre bajo, aunque robusto y ancho de espaldas, que me observaba por encima de sus gafas como si contemplara una aparición. De su jersey de lana verde, de estilo rústico, colgaba una chapa rectangular en la que podía leerse John Moor.

En seguida comprendí que recibir mi vista le sorprendía tanto como a mí realizarla.

—¿Puedo ayudarla, señorita? — su acento, similar al de las hermanas Landbeck, indicaba que había nacido en este mismo pueblo. Cerró de golpe el periódico que estaba leyendo —probablemente entusiasmado con la posibilidad de tener a alguien a quien atender— y se incorporó sobre su asiento, poniendo los codos sobre la mesa, donde había dejado el arrugado montón de páginas impresas. Distinguí el título La Comarca formando letras grandes en la portada, más modernas y atractivas que las de las ediciones antiguas que yo había examinado.

—Sí, me preguntaba si podría consultar los documentos relacionados con la familia Collinwood... —el hombrecillo entrelazó sus manos y me miró fijamente, como si quisiera leer en mí la razón de esa extraña petición. Intuí que era muy probable que no le sonara el nombre, parecía algo más joven que Margaret.

—Vivieron aquí hace algunos años. —expliqué. —Tal vez cuente con alguna información en su archivo...

—Por supuesto. —abandonó su actitud escudriñadora, y, con ella, cesó su examen. —Podrá encontrar lo que busca allá al fondo. —con un gesto de su cabeza me señaló un montón de estanterías metálicas llenas de cajas de cartón clasificadas, que a su vez contenían infinidad de papeles parduzcos.

Recorrí los estrechos pasillos entre las estanterías, entornando los ojos para leer las etiquetas de las repisas, iluminadas solamente por una vieja bombilla suspendida de un cable en dudoso estado.

— Carver, Caulfield, Chambers... —pasé mi dedo índice por los estantes mientras caminaba, trazando una línea sobre el polvo acumulado en su superficie.

—Callum, Clarke, Cobb... ¡Collinwood! —me abalancé sobre los documentos, que apenas consistían en unos cuantos folios, me senté en el suelo y crucé las piernas, a falta de un lugar mejor, o, en definitiva, un lugar para sentarme.

El recepcionista, si es que es así como debo llamarle, apartó la vista del periódico y me observó por encima de la montura de sus gafas. Decidí ignorar la incomodidad que su constante vigilancia me causaba y abrí la carpetilla que, con fortuna, contendría los secretos de los Collinwood.

Había un escrito de 1933 que acreditaba la compra de la propiedad en la que residían, algunos planos de la casa, un certificado más antiguo de su matrimonio con Evelynn Acker, en Holwick...

Pasé el resto de los impresos con más rapidez, esperando encontrar un recorte de un periódico, o algo en relación con su pasado, su vida antes de mudarse al pueblo, pero no lo encontré. Todo eran certificados y formalidades, en definitiva, el típico papeleo legal. Nada acerca de Elin... O eso pensaba.

Tras el certificado de matrimonio, había dos de defunción. El primero era de Evelynn, cuyo fallecimiento se registró el 10 de febrero de 1932 a causa de una fiebre tifoidea, y el de Elliot Collinwood, el 13 de diciembre de 1933, pero no fue su prematura muerte lo que llamó mi atención, sino que lo referente a la causa de su muerte era una incógnita. Literalmente, en el papel había sido escrito a máquina la palabra: *desconocida*.

Además, en el documento, junto a los datos sobre su procedencia, edad, cónyuge y profesión, estaba incluido el dato de que había muerto sin hijos.

No podía tratarse de otro error, ¿habría sido alguien capaz de falsificar el archivo? Mi conocimiento sobre el tema era escaso, pero aquel informe parecía tan real como todos los demás. Quizá alguien había manipulado la verdad, pero ¿con qué fin?

Opté por llevarlo al mostrador y enseñárselo a mi atento espía. Cuando me dirigí hacia él, una vez erguida, volvió a ojear *La Comarca* simulando estar inmerso en una noticia interesante.

—Disculpe... —fingió un sobresalto y volvió a asomar los ojos por encima de las gafas.

—¿Sí? ¿Necesita algo?

Asentí, evitando poner los ojos en blanco, y extendí el brazo para entregarle el documento.

—Este certificado de defunción... ¿Cabe la posibilidad de que sea falso?

Él no lo tomó entre sus manos. Se ajustó los anteojos y se inclinó sobre la mesa para verlo más de cerca.

—Mmm... desde luego, no lo parece. No hay ningún indicio de falsedad. Como ve, todo en él está escrito a máquina, y además presenta el sello del ayuntamiento... —mi semblante debió delatar mi escaso convencimiento, o quizá mi ignorancia hacia la importancia del detalle que acababa de proporcionarme, porque tras echarme una ojeada, añadió:

—Significa que este documento es oficial y perfectamente veraz. El sellado con tinta es muy difícil de falsificar, sobre todo teniendo en cuenta la fecha y el lugar en el que fue impreso.

—Pero... eso no quiere decir que no sea... inventado, ¿verdad?

—En efecto, podría ser. —se acercó a mí inclinándose sobre el mostrador con creciente interés.

—Verá... Aquí dice que el señor Elliot Collinwood murió sin descendencia... Sin embargo, no es así. —expliqué.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó. —No se ofenda, señorita, pero salta a la vista que no es de aquí, y tendrá que disculparme, pero su investigación ha conseguido despertar mi interés.

—Una vecina suya me lo contó, la señora Landbeck. Ella conoció a la hija del señor Collinwood. —John rió a pesar de que en un principio intentó contenerse.

—Las hermanas Landbeck... Una extraña pareja. —hizo una pausa y me estudió de nuevo, como si me revalorara, o como si de repente hubiera perdido toda credibilidad. —¿Y cree usted que su fuente es lo suficientemente fiable?

La pregunta me cogió por sorpresa. Por supuesto que lo creía, al menos no me habían dado ningún motivo para pensar lo contrario, pero parecía que no era la única que se había percatado la peculiar forma de ser de las hermanas.

—Gracias... —murmuré mientras me volvía y regresaba a los estantes por oscuro pasillo, envuelta en mis propios pensamientos.

—Por suerte, el señor Collinwood era un personaje conocido en el pueblo. Era el médico, ¿sabe? Pero no ejerció durante mucho tiempo... —John jugueteó con una mota de polvo que tenía entre las manos. —Solamente realizó unas pocas consultas, después comenzó a perder clientes... y eso que tampoco es que abundaran en el pueblo.

Por educación me giré para mirarle mientras hablaba, aunque la habitación era tan pequeña que si hubiera seguido mi camino hasta el estante le habría oído con la misma claridad. Cuando retomé mi camino una vez hubo terminado contuve un resoplido. Aquel lugar no era precisamente donde quería estar, y la verdad, me moría de ganas de resolver el misterio. Ciertamente me irritaba que el recepcionista tratara de llamar mi atención con datos inútiles, aunque comprendí que necesitaba algo de conversación.

—Creo que guardamos algunas de sus cartas en el fondo. —soltó entonces, como si nada.

Frené en seco y volví a reproducir sus palabras en mi mente. Médico... Apostaría a que no había muchos más por aquí en 1933. Esa profesión en un lugar como éste suponía una agitada vida social con la que, según había entendido, no contaba.

Volví a girarme, incrédula, hacia John Moor, en parte para asegurarme de que no se estaba quedando conmigo.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Quizá allí encuentre lo que busca.

XVIII

«La canción de la tormenta»

Qué pocos admiran la belleza hipnótica y etérea del sonido de la lluvia estrellándose contra el tejado, similar al crepitar que las llamas producen al abrazar en la lumbre a un tronco joven. Salida de un sueño parece esa melódica canción de la naturaleza que el viento trae a mi ventana esta fría noche de otoño. ¡Soñaré contigo, oh rumor de las montañas, mientras me acaricias en mi lecho, velando por mi dulce descanso! ¡Acércate, tormenta, trae tus vientos, tus nubes, tu poder, y espérame allá en la cumbre, donde al alba correré para encontrarte y entregarme a ti y a tu bravura incierta! No tengo ya miedo de ti. ¡Te quiero, y con las mejillas encendidas por el frío y la ventisca clamaré mi amor por tu arrebatadora incertidumbre, y moriré si es necesario para recorrer, volar junto a ti sobre el árido páramo que una vez ocupó mi corazón, que ahora estaría vacío de no ser por tu arrasadora pasión!

E. C.

Noviembre, 1933

Todos los invitados ocupaban ya sus respectivos asientos alrededor de la más bien modesta mesa de los Landbeck.

Avory y Arthur se encontraban en una esquina, el uno frente al otro, compartiendo risillas y comentarios cómplices, ajenos a lo que ocurría en el resto de la sala.

Inmediatamente después se sentaba la pareja formada por el señor y la señora Charlton; ella junto a su hijo, y él al lado de Avory, en el borde contrario.

Margaret percibió cierta tensión entre los dos. Evitaban mirarse, y solamente se dirigían el uno al otro para intercambiar comentarios banales sobre los temas de conversación que surgían durante la comida.

En el otro extremo de la mesa, Hans rellenaba generosamente las copas de sus invitados con una ginebra casera de la que presumía abiertamente, cuya receta había inventado su propio abuelo.

—¡Un brindis por el futuro matrimonio! Pondré un anuncio en el periódico. Todo el mundo se enterará del compromiso. ¡Vendrá todo el pueblo a la boda!, ¿verdad que sí, Claire? Incluso Collinwood. —La señora Charlton apretó los dientes y Margaret tragó saliva.

La suma del olor del aliento y las mejillas encendidas de Robert Charlton despertaron una —quizá demasiado descarada— mirada de desdén en su mujer, que se limitó a dar suaves toquecitos con la servilleta de tela blanca —que Hans sacaba solamente en Navidad— por sus finísimos e inmaculadamente perfilados labios.

La señora Charlton era una auténtica dama. Su tez blanca y su delgadez, que lejos de ser grimosa y desagradable le concedía una elegancia solemne, provocaba un deslumbrante contraste con sus ojos, azules y desproporcionadamente grandes, al igual que los de su hijo.

Cada vez que separaba los labios, Avory le prestaba toda su atención y le sonreía, pretendiendo complacerla, y, como era evidente, causarle buena impresión. Saltaba a la vista que el distinguido vestido de color vino con el cuello en pico y sus casi perfectos modales la cautivaban. Margaret sospechaba que incluso a pesar de su estatus social inferior, su hermana procuraba copiar los movimientos de Claire. No era un secreto que siempre había querido ser una dama de alta cuna. Desafortunadamente, por mucho que se esforzara en hablar y moverse como ellas, su padre jamás podría permitirse el lujo de vestirla con tales trajes. Puede que esa fuera la razón por la que Avory detestaba a Elin: ella había nacido en una familia noble, y, por tanto, más adinerada y con un apellido capaz de abrirte muchas puertas. La diferencia residía en que Elin aborrecía las formalidades de la alta sociedad, además de sus modas inútiles, al igual que el señor Collinwood. ¿Por qué si no habían abandonado la posibilidad de vivir en el centro de la agitada vida social para acabar en un pueblucho como éste?

—Ese condenado diablo... —prosiguió el señor Charlton. —Estoy más que hartos de oír de él. Últimamente en la taberna no se habla de otra cosa.

—El viejo Corman... tengo entendido que se la tiene jurada. —comentó Hans, que alcanzaba cada vez con más rapidez un estado de embriaguez muy similar al de Robert. —A propósito, ¿cómo te va en La Comarca? Por lo que tengo entendido está siendo todo un éxito... —Hans paseó rápidamente

los ojos por la habitación, probablemente sin darse cuenta, como hacía cuando intentaba evitar un tema de conversación que no le agradaba.

El señor Charlton soltó una carcajada.

—No sabía que trabajaba usted en el periódico también. —espetó Avory.

En ese momento, todas las miradas se dirigieron hacia ella, confundiendo su impertinente gusto por colarse en conversaciones ajenas por un inexistente interés en los negocios.

—¿Trabajar? ¡Soy el nuevo dueño de La Comarca!

—Me alegro enormemente por usted. ¿Y qué hay de la taberna? ¿le sobra el tiempo para dirigir ambas empresas?

—Me las arreglo de maravilla. —Robert se tambaleó ligeramente hacia delante y hacia atrás, preso de los efectos del alcohol. —Mi hijo se encarga ahora de ella, ¿verdad, Arthur? —éste asintió sin prestar atención, enfrascado en la conversación que mantenía ahora con su madre.

—Precisamente es el bueno de Corman el que me ayuda con el negocio... Hace las veces de periodista, ¿sabes? Periodista y alcalde... —las repentinas risotadas de Robert hicieron que Avory se sobresaltara, derramando unas gotas del contenido de su copa en el mantel.

—En este maldito pueblo no hay nada que contar. No ocurre nada. Creo que la noticia más interesante que he publicado fue la de una cabra que parió gemelos. ¡Gemelos! —golpeó la mesa con el puño y tanto él como Hans comenzaron a reír de forma demasiado escandalos para la poca gracia que aquella intervención había tenido.



La comida en sí ya había terminado hacía rato, y Margaret comenzó a aburrirse. Su hermana y Arthur charlaban, ajenos a todo el bullicio, y la señora Charlton aguardaba pacientemente en su asiento, con una postura perfectamente ensayada, a que la reunión se diera por finalizada.

La pequeña buscó la mirada de su padre, y cuando éste reparó en su pétrea expresión, acentuada por el puño que sujetaba su cabeza colándose entre la marea de rizos negros, Margaret no tuvo más que esperar a que entendiera la pregunta que le estaba formulando sin necesidad de palabras.

La risa de Hans cesó. Adoptó un gesto que pretendió ser más digno y asintió, comprensivo.

Margaret se disculpó, abandonó la mesa y el aire denso y cargado de la cocina, que, a falta de uno, hacía las veces de comedor, y salió en dirección a la propiedad de los Collinwood.

La verja estaba abierta, así que la movió un poco provocando su característico chirrido y atravesó el jardín inglés envuelta en su único abrigo, que ya comenzaba a quedarle pequeño. El jardín estaba completamente descuidado. Si ya antes las plantas dictaban sus propias formas y zonas para crecer, ahora éstas sólo se diferenciaban del bosque que rodeaba a la propiedad gracias al muro. Una pena, se dijo la pequeña. A estas alturas poco quedaba ya de su encanto.

Tiró de la aldaba, pero se sorprendió al comprobar que la puerta estaba cerrada. Tragó saliva. ¿Y si Elin se había tomado el comentario del día anterior peor de lo que pensaba? ¿Y si no quería volver a verla?

Entonces se abrió con un crujido y el señor Collinwood emergió de la penumbra, que, por lo visto, era permanente en la casa.

—Margaret, vaya, hola... —el hombre, vestido como de costumbre de negro, bajó la cabeza, azorado. No sabía qué decir, y, en cierto modo, la pequeña tampoco, así que esperó a que el señor Collinwood la dejara pasar. No era habitual encontrarlo en casa a esa hora, pero no comprendía por qué parecía sorprendido por su visita. Margaret pensó pícaramente que probablemente eso se debiera a que Claire Charlton estaba ahora mismo en su casa, con Robert, que de otro modo se hallaría en la taberna hasta altas horas de la noche.

—¿P... puedo pasar? —titubeó. El señor Collinwood apretó los labios.

—No es necesario que cuides hoy de Elin... Como ves, estoy en casa y...

—¡Maggie!

Elin apareció en la entrada vestida únicamente con un camisón blanco. Pese a su palidez y su aparente fragilidad, iba descalza, como solía, y su melena suelta y alborotada caía enmarcando su rostro. Daba la impresión de haberse despertado en ese preciso instante, y no sólo por cómo iba vestida, sonreía inocentemente, como una niña pequeña, y se tambaleaba ligeramente de lado a lado.

El señor Collinwood posó su delgada mano en la frente de su hija y la miró con franqueza.

—No debes salir de tu cama.

—Pero Elliot, ¡Maggie ha venido a verme!

Margaret frunció el ceño al ver que Elin tiraba de las mangas de su padre. Su comportamiento era extraño, era como si ese aparente estado de paz que había mostrado las últimas veces que había estado allí se multiplicara por cien.

—¡Déjala pasar! —insistió la joven.

El señor Collinwood las miró a ambas, muy serio, y antes de abrir la puerta un poco más para dejar entrar a la pequeña, soltó un suspiro levísimo, casi imposible de advertir.

Las dos se sentaron en los sillones de terciopelo del salón, en frente de la chimenea que el señor Collinwood había tenido la amabilidad de encender. O, más bien, la humanidad, ya que Margaret notó el interior del caserón igual de frío que el exterior.

Rodeó la taza de té humeante y separó la vista de las llamas. Elin descansaba apoyando la cabeza en el sillón, y Margaret sospechó que se había dormido.

Se estaba haciendo tarde, así que la pequeña se bebió el té a pesar de que aún estaba demasiado caliente, y se levantó sin hacer ruido hacia el perchero que habían colocado estratégicamente cerca de la chimenea para secar la humedad de las prendas de Margaret.

Entonces Elin parpadeó y ladeó la cabeza para poder observar a la niña.

—¿Ya te vas?

Margaret advirtió que su comportamiento se había normalizado levemente y sonrió, aliviada.

—Me temo que sí. Se está haciendo tarde, hace rato que ha oscurecido...

Se sintió culpable de no ser capaz de reunir el valor necesario para decirle lo que llevaba casi un día entero recitando en su cabeza, pero pensó con pesar que, de todos modos, su estado le impediría hablar con ella decentemente, así que se limitó a acercarse y a abrazar a su amiga.

—Hasta mañana Elin...

—Hasta mañana, hermanita.

La pequeña se puso el abrigo y suspiró, agradecida, al sentir que el calor del fuego había permanecido en su ropa. Se lo ajustó ligeramente para que, en caso de que alguien la viera, al menos no se percatara de lo ridículo que le quedaba, y se aproximó a la salida.

En aquel momento oyó la voz del señor Collinwood en el salón, pero a pesar del silencio apenas pudo percibir nada.

—No... No quiero... —se quejó Elin.

—¿Dónde está Margaret?

—Ya se ha ido...

—Es la hora... debes tomártelas o los efectos volverán.

Entonces se oyó un suspiro de la joven, seguido de los levísimos pasos del señor Collinwood. Margaret pensó que abrir la puerta en aquel instante haría enfadar al dueño de la casa, que sin duda creería que les estaba espiando, aunque, en realidad, así era. Se asomó sin poder evitarlo al marco de la puerta del salón justo el tiempo suficiente para ver a Elin tragarse un puñado de pastillas blancas y pequeñas. La pequeña contó un total de tres. Acto seguido, la joven cogió el vaso que su padre le ofrecía y bebió rápidamente esbozando un gesto de amargura y desagrado. Margaret se retiró, agitada. Elin no estaba enferma, pero... no, no podía ser. ¿Sería esa la causa del extraño estado de su amiga? ¿Estaría el señor Collinwood drogando a Elin?

XIX

Quisiera que no me hubieras conocido, haberos ahorrado problemas... Quisiera poder darte las gracias, y todo lo que mereces. Quisiera que nadie me viera, que nadie note mi existencia, quisiera hacer bien las cosas, quisiera que todo cambiase.

Quisiera saber la verdad, empezar otra vez, o marcharme y llevarme todo, y que nadie sepa que he existido.

Quisiera no haber empezado todo esto, no haber sufrido, no tener que hacerlo...

Ya he jugado bastante, ya estoy cansada, estoy loca, no estoy bien.

Quisiera borrarame, que me lleve el viento, quisiera morir, pero no puedo... ¿por qué?

E. C.

Noviembre, 1933

La tarde era sombría, oscura y silenciosa. El cielo borrascoso lucía gris, y el ruido de los árboles mecidos por el viento llenaba la imperturbable soledad. No hacía frío, ni tampoco calor, y el bosque se hallaba en una calma inquietante similar al silencio previo a una brutal tormenta.

Las ráfagas más frías golpeaban su rostro, pero sin embargo sus sentidos no respondieron, ya que se hallaban concentrados en ignorar la soledad que de pronto le invadió. Entonces se escucharon truenos a lo lejos, y olía a otoño y a humedad. Aquí no importan los errores, pensó. Se te acoge con una sonrisa y los brazos abiertos, de colores granates y pardos.

La vegetación menguaba y aumentaba de tamaño a medida que avanzaba por el bosque. Las piernas le temblaban, pero aun así siguió caminando penosamente entre la espesura.

—¡Kin, Kin! —llamó, pero no la vio por ninguna parte.

La confusión que nublaba su mente le impidió pensar con claridad, pues ahora ésta se había transformado en una intensa punzada de dolor en su cabeza. Trató con decisión de avanzar en línea recta sin tropezarse, sin mucho éxito. A pesar de encontrarse en un lugar que frecuentaba muy a menudo, se sintió desorientada. Cada ruido la asustaba y creyó que la seguían, que la observaban, que venían a por ella, a matarla. Las sombras difusas parecieron moverse con rapidez a su alrededor, acechándola. Un zarzal arañó su delicado tobillo, devolviéndola por un instante a la realidad, que pronto se volvió de nuevo sustituida por aquella sensación de inexistencia, de pertenecer a un sueño, de irrealidad.

Comenzó a llover, pero Elin no se detuvo; siguió avanzando por el bosque, ignorando que el sol se escondía. No importa, pensó, no ocurrirá nada en absoluto si me caigo aquí mismo y muero... de hambre, de frío... No le importo a nadie, nadie me echará de menos, nadie rogará que vuelva o querrá encontrarme, se dijo. Ni mi propia familia. Yo no tengo familia. Ya no. Nunca he sido parte de ella.

Recordó de pronto el tacto del pelaje de Kin, y a su mente llegó el recuerdo de cuando su padre se la había regalado, ya hace tantos años. Ambas eran cachorros inocentes, ajenas a todo bien o mal, pero las palabras del hijo del sacerdote resonaron en su cabeza como un doloroso tañido. Señal del demonio, señal del demonio. Un lobo para una niña... es impuro, ¡impuro! Algo en su interior se revolvió y le hizo detenerse. Se apoyó en el tronco de un árbol con manos temblorosas y respiró pesadamente, como un pez fuera del agua. No. Su madre y ella pensaban lo mismo, ¿acaso no habría sido peor que su padre la hubiera dejado abandonada en el bosque? Su padre no era como los demás cazadores descorazonados. Él jamás habría matado a la madre de la cría, pero una vez su compañero lo hubo hecho no le quedó más remedio que dejarse llevar por la ternura. Él le daría un nuevo hogar al cachorro de lobo.

No reconoció el lugar en el que se encontraba, pero se concentró en seguir hacia delante, o, mejor dicho, a donde sus piernas, como autómatas, le llevaran. Margaret. No, tampoco ella le quería. Lo había demostrado ante sus ojos. Era falso, todo falso, una ilusión. Tampoco a ella le importaba si estaba triste o contenta.

Debía haberlo previsto.

De pronto le pareció estar flotando entre toda aquella maleza. El tiempo pareció detenerse y el espacio pareció cambiar, y moverse, oscilante, cambiar de forma. Elin se tambaleó, pero gracias a un

tronco logró mantenerse en pie. Reemprendió la marcha, pero cada paso estremecía su pálido cuerpecillo como una sacudida del terreno, ajena a ella. Se sintió frágil y sola, como un niño aprendiendo a caminar en solitario, sin ayuda o tutela, o algo a lo que poder sujetarse.

El mundo parecía girar a su alrededor, y un dolor agudo y palpitante la dominó de repente, de forma que todo lo que quiso hacer fue vomitar y esperar que aquella sensación saliera de ella.

Elin se masajeó las sienes. Tardó un minuto o dos en recuperar la compostura, pero los pensamientos conflictivos todavía plagaban su mente.

Respiró hondo y cambió de enfoque, decidida a tragarse la amargura y a seguir adelante. Se dijo a sí misma que aquello terminaría pronto; si eso era cierto o no era irrelevante, pero al menos le daría la fuerza necesaria para lidiar con aquella sensación.

Se repetía a sí misma que tal vez todo cambiara cuando Margaret comenzara a visitarla a diario, pero ¿cuánto podría resistir sin confesarle la verdad?

En ese sentido era muy parecida a Elliot. Ella era de las únicas personas que le comprendían de verdad, y que le conocían lo suficiente como para poder ver su lado más humano. Elliot jamás mentía, pero poseía una extraña habilidad para eludir la verdad cuando consideraba que revelarla causaría aún más daño que la incertidumbre. Por eso la evitaba mientras estaba en casa, aunque el silencio no duró demasiado. Tras las muertes de Evelyn y de Kin ya sólo se tenían el uno al otro.

Kin.

La constante punzada de su ausencia era todo lo que la mantenía consciente en momentos como aquel.

¿Dónde estaba?

Al menos le agradaba que la relación entre ella y Elliot se hubiera estrechado. Ahora pasaban largos ratos, antes ocupados solamente por silencio, conversando sobre temas tan diversos como el cine, la literatura, la música o los vacíos personales.

Elin apreciaba su compañía, y sabía que él también apreciaba la suya. Ambos eran, lo que se dice, crónicamente desafortunados, y sus charlas se habían tornado una rutina, a modo de terapia. Los dos veían parte su pasado reflejado en el otro.

Entonces la joven distinguió un rumor entre la maleza.

Notó que el mareo se había disipado, aunque todavía no era del todo capaz de avanzar por el bosque sin tambalearse. Avanzó a través de la vegetación y de pronto se encontró a Avory y a Arthur paseando. Éste cogía la mano de la joven mientras ambos admiraban el anillo dorado que ella lucía en su mano.

—Arthur... —pronunció Elin con esfuerzo.

La pareja se giró al advertir su presencia. El chico se quedó paralizado un instante, sonrojado y tenso. Avory le dirigió una mirada escrutadora y ahogó un suspiro.

—No debería estar aquí. —le susurró Avory a su prometido. —Mi padre nos ha dicho que la mantienen encerrada porque es peligrosa.

—Avory... —respondió él con el ceño fruncido, como si le recordara que debía guardar el decoro.

Entonces Elin, sollozando, se lanzó a los brazos de Arthur, aun tambaleándose.

—¡Arthur! Dime que no es cierto... —dijo la joven muy lentamente. De pronto sintió otro mareo y cerró los ojos un instante. —Maggie cree... ¡oh! ¡No, dime que no es cierto!

Él abrió mucho los ojos y tragó saliva, y Avory la miró, furiosa, antes de abrir la boca y darle una bofetada. Elin se llevó la mano a la mejilla y parpadeó, sorprendida. Sentía que los efectos de los sedantes no se habían disipado por completo, y luchó por librarse de aquella somnolencia que llevaba todo el día persiguiéndola.

—¿Cómo te atreves? ¡Arthur es mi prometido! —gritó Avory. Entonces se giró hacia el muchacho, que sujetaba a Elin por los antebrazos apretando la mandíbula.

—¿Qué? Yo... Avory... —dijo éste, nervioso.

Elin se derrumbó una vez más en los brazos de Arthur ante la chispeante mirada de Avory, que, con los ojos humedecidos, comenzó a quitarse la alianza del dedo.

—¡Vete, niña loca! —la joven trató de separar a Elin del joven, pero ésta, en un arrebato de lucidez, se soltó del muchacho y la empujó, haciéndola caer sobre unos arbustos.

—¡Socorro! —chilló Avory, mirando a Arthur, esperando a que acudiera y le ayudara a levantarse, pero él, sin embargo, tras mirar a una y a la otra respectivamente, huyó despavorido.

Elin hizo lo mismo, aún presa de un dolor intenso en las sienes y la sensación de que el mundo giraba a su alrededor. Apartó las ramas que se cruzaban en su camino y corrió, o, más bien, se tambaleó hacia su casa.

XX

Nueve de noviembre de 1933.

En esta helada noche siento más que nunca el delirio en mis carnes.

Horas llevo ya intentando dormir, ¡mas no podré! Sale a borbotones la vida de mí, y fuera el viento y la lluvia arrecian y se estrellan con violencia contra la ventana. Tienen las antiguas tuberías, pero inútil es, ya que la noche es fría, y corta como un cuchillo. ¡No hallará descanso mi cuerpo entre estas almas que no duermen! Y tampoco mi mente habrá de pegar ojo, porque aunque languidece por un merecido sueño reparador, mi corazón corre, salvaje y libre como lo haría un caballo desbocado en el páramo. ¡Qué ansia por que llegue el alba y acabe este tormento! Y que ganas de dar fin a este ayuno interminable, pues más de medio día llevo ya sin probar bocado.

E. C.

Marzo, 2001

Seguí a John Moor a través de las polvorientas estanterías hasta un rincón donde se acumulaban varias cajas de cartón sin identificar. Moor abrió la primera y comenzó a rebuscar entre las cartas. Realmente parecía que sabía lo que estaba haciendo, aunque aparentemente todos aquellos sobres estaban allí metidos al azar.

—Aquí. —me extendió un montón de cartas sujetas por un hilo. Todas habían sido enviadas a una mujer llamada Claire Charlton por el mismo remitente: E. Collinwood.

—¿Son de Elin? —pregunté.

—¿Elin? —hizo un gesto que dio a entender que no le sonaba de nada. —No, en absoluto. Se trata de Elliot Collinwood.

Moor abrió el sobre y extrajo la carta. Se colocó las gafas con un gesto teatral y subrayó con el dedo las primeras líneas.

—Querida Claire. —leyó. —Siento que no debería hacer esto. Jamás buscaría dañarte a ti o a tu familia, pero no veo otra alternativa. Debo decírtelo, decirte lo que siento... —se saltó unas cuantas frases y, tras recolocarse la montura de las gafas, prosiguió:

—... porque sinceramente creo que tú, querida, me correspondes.

John subió la mirada esperando mi reacción, que no llegó inmediatamente.

—Eran amantes...

—Eso parece, aunque no estoy tan seguro... —barajó los sobres, todos escritos por Elliot, y de entre ellos sacó solo uno enviado por Claire. John me lo entregó y lo sostuve entre las manos. Vacilé, rebotante de curiosidad, pero no me pareció apropiado abrirla. Además supuse que él ya la habría leído.

—¿Sólo obtuvo una respuesta?

—O, al menos, solamente conservamos esta.

—¿Por qué las guardan aquí? Además, sin identificar...

—Son las pruebas, o, más bien, los restos de una investigación policial.

—¿Investigaban al señor Collinwood? —pregunté. John rió.

—Era un personaje extraño, sin duda, pero para investigar a un civil es necesaria una orden, pruebas... ya sabe... No, no era él al que seguían la pista, murió en un incendio que se produjo en su casa en 1933. Son las causas de éste las que se estudiaron.

—¿Cómo es posible? En su certificado de defunción ponía que... —volvió a reír. Estaba claro que sabía más que yo acerca de lo sucedido.

—Lo sé, «desconocida»... pero mire, si le soy sincero, mi trabajo apesta. Paso mucho tiempo aquí, y me he leído casi todos los documentos que valen la pena de éste lugar. La señora Charlton estaba casada, con Robert Charlton, nada menos. Era el dueño de la taberna del pueblo, y además dirigía el periódico local... En aquel tiempo eso significaba que probablemente Robert fue la figura pública más importante del pueblo. Puede que fuera incluso más influyente que el alcalde.

—Él sabía que su mujer le engañaba...

—Es muy probable. Creo que no contamos con ningún ejemplar de... —se frotó la nuca y dio una vuelta, buscando algo entre las estanterías — ...una inundación, ya sabe... Pero en La Comarca había

artículos que arremetían directamente contra él y su familia. Como sabe, Elliot era médico, y Robert utilizó la superstición popular y su incierto pasado para hundirle.

—¿Un pasado incierto? ¿Quiere decir... oscuro?

—Había un documento... En fin, supongo también lo perdimos... En el que se le acusaba de asesinar a un niño. Probablemente no fue más que un accidente. —añadió, con un gesto apaciguador de sus manos. —Aunque supongo que, como a cualquiera, ese recuerdo le ha atormentado durante toda su vida...

—¿No obtuvo cargos?

—Oh, no, él no era más que un crío. Ocurrió en 1901, no tendría más de ocho años...

—Oh, entiendo...

—Era un hombre solitario y deprimido. Algo de esperar de alguien con su horrible historia... Elliot nació y creció en una familia pobre de Holwick, aunque vivió sin problemas hasta que tenía alrededor de 8 años, pero entonces mató a aquel pequeño durante una pelea y todo cambió. Fue rechazado y olvidado por todos, sin mencionar que fue perseguido durante un tiempo por las autoridades, pero más tarde conoció a Evelynn, la que sería su mujer. Creo que ella le rescató, ¿sabe? Tras la boda su vida cambió, logró terminar la carrera de medicina y deshacerse de su dudosa reputación.

—Vaya... es admirable.

—Sin duda lo es. Cuando enviudó tuvo que volver a lidiar sólo con un mundo despiadado, pero al conseguir trabajo aquí logró escapar del infierno... Al menos por un tiempo.

—¿Se refiere al mal trato que recibió por parte del señor Charlton?

—No sólo de él. Gracias a sus artículos todo el pueblo comenzó a desconfiar, al igual que allí. Su carrera estuvo a punto de arruinarse... Sospecho que todo eso le convirtió en la clase de hombre que fue los últimos años de su vida...

—Sabe usted mucho de él...

—Sí, supongo que sí. He de confesar que el misterio de su muerte es algo que me intriga... Me he sentido fascinado por él desde que leí por primera vez sus documentos. He investigado todo lo que estos viejos papeles me han permitido, pero no he llegado a ninguna conclusión oficial.

—¿No ha encontrado nada sobre su hija?

—No, como le he dicho, el único dato que existe sobre su linaje es el escrito que, precisamente, indica que murió sin descendencia.

—Ya veo... —miré las cartas. Contar con esta información era algo único, sentía que debía guiarme a algún sitio, a alguna respuesta sobre Elin, pero no tenía ni idea de cómo llegar hasta ella desde aquí.

—¿No tiene ninguna sospecha? Es decir... con todos estos datos, supongo que habrá sacado conclusiones...

—Por supuesto, tengo mis conjeturas... Verá, —John se adentró en los pasillos y rebuscó entre las estanterías. Sacó un certificado de una carpetilla amarillenta y regresó con rapidez.

—Pone que William Corman era el alcalde... —murmuré.

—Así es. ¿Por qué lo pregunta?

Le expliqué que yo también había hecho algunas investigaciones, y que en todos los ejemplares de La Comarca que revisé lo mencionaban, dedicándole alabanzas y halagos, y describiéndole como una figura mítica, el líder definitivo.

Entonces até cabos. Robert Charlton y William Corman eran socios, y si tal y como John me había contado, ambos eran las figuras más veneradas del pueblo, podrían haber tenido mucho más que ver en el incendio de lo que parecía.

—Corman era excesivamente religioso, por lo que me figuro que sería fácilmente influenciable en cuanto a supersticiones se refiere. —confirmó.

—¿Cree de verdad que ambos tuvieron algo que ver con la muerte de Elliot?

—Más que eso, juraría que todo fue idea suya. Al fin y al cabo, ellos pusieron a todo el pueblo en su contra...

—Entiendo, pero sigo sin comprender por qué su hija no figura en ningún escrito...

—Bueno, ya sabe, es probable que Charlton y Corman estén detrás de eso también.

—Sí... pero es comprensible que hayan falsificado los certificados para encubrir un asesinato... pero ¿por qué ocultar la existencia de Elin? ¿Cree que pudieron llegar a matarla también?

*Porque no me gusta este sitio,
porque no encajo en él,
porque no me sale nada,
porque no hago nada bien.*

E. C.

Noviembre, 1933

Margaret apartó los matojos y se adentró de nuevo en la oscura arboleda, que con la inminente llegada del atardecer cobraba un aspecto todavía más sombrío.

Evitó prestar atención a los monstruos que proliferaban entre sombras de los árboles y, como de costumbre, recorrió su camino habitual, dándole vueltas a lo que había ocurrido la noche anterior.

Estaba harta, condenadamente harta de tener que lidiar con todo aquello, y más aún sola.

Quería estar con su amiga sin tener que esconderse, quería invitarla a su casa sin levantar miradas impertinentes, tomar el té, pasear con ella por el pueblo sin que a nadie le importara, quería saber por qué estaba triste, por qué le ocultaba secretos, que según se temía, eran las piezas esenciales cuyo hueco pesaba más cada día, convirtiendo el vacío de Elin en algo irreparable. Sólo quería entender todo aquello.

Apenas fue consciente del ruido espectral de los truenos que se acercaban, y, si lo fue, no lo demostró, puesto que, ignorando la creciente intensidad de la oscuridad crepuscular, siguió avanzando bajo las tenebrosas siluetas que las ramas de los árboles dibujaban en el cielo, como infinidad de dedos largos y huesudos de anciana que se cernían sobre ella.

No siguió el sendero que le conducía a casa. Probablemente el señor y la señora Charlton aún seguían allí en ese mismo instante, y volver a encontrárselos no era algo que le apeteciera especialmente.

¿Sería eso? ¿Estaría Elin enamorada de Arthur Charlton? Sacudió la cabeza.

Eso explicaría muchas cosas, pero su vecina —al igual que ella misma— no era la clase de persona que espera que su tan idealizado romance florezca como en una de esas novelas empalagosas de Ivory. No. Sabía que Elin no pensaba así. Le parecía absolutamente imposible, pero, a la vez... ¿Por qué razón la sedaría el señor Collinwood? ¿Para que no volviera a escaparse?

Sí, definitivamente tenía sentido. Quizá temiera que le ocurriera algo parecido a lo que le había sucedido a Kin. Entonces Margaret frunció el ceño. No recordaba haber visto aquella tarde a la perra.

—¡Socorro! —aquel grito desgarrador le devolvió de pronto a la realidad. Era la voz de su hermana.

Corrió hacia donde había provenido el sonido y acabó en una carretera toscamente asfaltada, que reconoció como una de las que rodeaban el centro del pueblo. Estaba tan cubierta de vegetación —era evidente que su mantenimiento había sido abandonado hacía tiempo— y avanzó lo más rápido que pudo hasta que, de improviso, Elin salió de la nada y cruzó la carretera de lado a lado para detenerla, estirando sus brazos hacia ella para hacerla parar.

—No. —Elin respiraba con dificultad.

—¿Qué? —ella no pudo evitar elevar el tono de su voz más de lo que le hubiera gustado. Estaba asustada, y los ruidos de procedencia difusa, la nocturnidad y los negros y angustiosos sentimientos que se agolpaban en su interior no mejoraba la situación. Sentía pánico, temor, y, a lo sumo, un cúmulo de emociones desbocadas que, quizá, en otra situación le habrían resultado estimulantes, pero que ahora no hacían más que nublar sus sentidos y su capacidad de pensar.

—Margaret... —Elin habló con cautela y se acercó lentamente a ella, con los brazos aún en alto.

—¿Dónde está mi hermana? —la pequeña tragó con dificultad el nudo que las repentinas ganas de llorar formaron en su garganta.

—Te... tengo que contarte algo.

—¡¡Margaret!! —la voz Avory volvió a hacerla estremecer. La pequeña echó a correr hacia el grito, pero Elin la retuvo.

—¡Suéltame! —dijo. —¡Quiero ver a mi hermana! —Margaret forcejeó con Elin, de quien no le fue extremadamente difícil liberarse debido a su débil constitución.

—¡Margaret! —sollozó Elin, mirándola como si acabara de recibir una bofetada. —Escucha. Ya no aguanto más, necesito contarte algo...

—¿No la oyes? ¡Podría estar en peligro!

—Avory está bien.

—¿Estás loca? Me necesita.

Sin pensarlo dos veces, Margaret abandonó a Elin en la carretera y acudió corriendo a los chillidos de socorro de su hermana.

Elin la observó alejarse, y sin ser plenamente consciente de ello, cruzó los brazos, tal vez para protegerse del frío, o, quizá, para atenuar la aterradora sensación de que, de pronto, estaba completamente sola.

Margaret encontró a Avory sentada al borde de la carretera con la espalda apoyada en un árbol. La pequeña percibió que estaba más pálida que de costumbre, y a medida que se acercaba comprendió que podría haberse desmayado.

Se arrodilló precipitadamente al lado de su hermana, que se sobresaltó, sorprendida por su repentina aparición.

—Oh, Margaret... —Avory tomó las manos de la pequeña, esbozando un ademán de fingida debilidad.

—¿Qué ha pasado? —cortó ella. Su hermana mayor se llevó una mano al pecho y echó ligeramente la cabeza hacia atrás, dejando ver su cuello largo y blanco, con la elegancia propia de un cisne.

—¡La loba! ¡La perra loba de Elin me ha atacado! —tras dirigirle una rápida mirada, Margaret estudió el rudimentario vendaje que envolvía el tobillo de su hermana con un trozo de su falda, que no era más que una tosca lazada hecha jirones que hacía presión sobre su piel.

Un par de manchas de color rojo intenso destacaban sobre la impecable tela blanca, pero, tras retirar la tela, Margaret comprobó aliviada que no eran de un tamaño excesivamente alarmante. Podría haberse hecho esos rasguños con cualquier zarzal, o incluso con una uña.

—¿Kin? ¿Dónde está? —Margaret tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del eco ensordecedor que la lluvia comenzó a producir sobre las copas de los árboles.

—¡Ella la ha traído! Se han ido por allí —Avory se estremeció tras pronunciar esas palabras mientras señalaba un punto entre la espesura. —¡La loca me ha atacado! —el odio y la amargura con la que lanzó esa injuria ensombrecieron momentáneamente su belleza.

—Avory... —reflexionó varias veces sobre si debía decir o no lo que iba a decir, y finalmente pensó que quizá eso calmaría a su hermana. —Hoy he estado en casa de Elin y no he visto a Kin por ninguna parte, además, está herida...

—Las he visto hace unos minutos, ¿cómo es posible que estuvieras en su casa? —cortó. —¿Estaba contigo esa bestia peluda cuando grité?

Margaret sabía lo que Avory estaba haciendo, y sabía a priori que saldría victoriosa.

No admitiría su derrota en voz alta. Prefirió perder honradamente. Diría la verdad, pero, aun así, cada una de las letras de su respuesta se le clavaron como puñales.

—No.

Avory alzó la cabeza, triunfante y altiva.

—Suficiente. Y ahora, si fueras tan amable de ayudar a levantarme...

Margaret, cuya mano seguía presa de la de su hermana, la ayudó a incorporarse. Avory la agarró por el brazo y ambas abandonaron en lugar.

Por suerte, y tal y como sospechaba, la lesión de su hermana no era nada de lo que preocuparse.

Al volver a su casa, los Charlton aún seguían allí.

Cuando los vieron entrar con Avory en volandas, con el tobillo vendado. Claire se llevó una mano al pecho y palideció. El señor Charlton se levantó con brusquedad y se acercó a los jóvenes. Entre todos, tendieron a Avory en el suelo y le sacaron las vendas. En cuanto Robert, cuyo estado de embriaguez rozaba ya unos límites alarmantes, se enteró de lo que había ocurrido, lanzó un bramido, y, empuñando el cuchillo de cocina que descansaba sobre la encimera, salió de la casa vociferando maldiciones sobre el señor Collinwood. Hans, cuyos efectos del alcohol aún estaban en proceso de disminución, miró ambos lados, confundido, salió tras él.

Claire Charlton se ocupó de limpiar la herida de Avory como es debido y la acompañó hasta su habitación, aunque se llevó una decepción al ver que ésta no era más que un arañazo.

Margaret estaba asustada. Una vez su hermana se hubo calmado, se dirigió apresuradamente al exterior. Claire gritó algo, pero ella no lo escuchó, inmersa en sus remordimientos. Temía que los hombres cometieran una locura, así que corrió hacia la casa de Elin lo más rápido que sus pequeñas piernas le permitieron.

De pronto, algo la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia atrás con fuerza.

—¡Margaret vuelve! ¡Es muy tarde, puede ser peligroso! —Arthur, que acababa de regresar del exterior, siguió tirando de la niña, pero ésta se resistió.

—¡No! ¡No! ¡Es mi amiga! ¡Van a casa de mi amiga!

—¡Por favor! Mi madre te cuidará hasta que vuelvan nuestros padres. ¿No ves que en su estado pueden ser muy violentos?

—¡No me importa! ¡Suéltame inmediatamente!

Entonces, el muchacho —mucho mayor y más fuerte que ella— se cansó de tratar de convencerla y la arrastró de nuevo hasta el interior de su casa, y por más que la pequeña intentó por todos los medios librarse de él, no lo consiguió. La señora Charlton y su hijo se encerraron con ellas dentro. Claire intentó calmar a Margaret y llevarla a la cama, pero ésta no hacía más que buscar la forma de salir, gritando y revolcándose por la casa como un animal enjaulado.

Tras horas y horas tratando de salir, finalmente dio la causa por perdida. Arthur seguía velando a Avory, que se había dormido, y la señora Charlton permaneció sentada en el salón, esperando en la butaca a que los hombres volvieran, mirando por la ventana con gesto ausente y preocupado.

Dar vueltas por toda la casa buscando un lugar por el que escapar le había dado tiempo para pensar. ¿Qué era lo que quería contarle Elin? ¿Tendría algo que ver con la misteriosa y secreta relación de su

padre con el señor Collinwood? Esa noche, se dijo, no hallaría la respuesta.

Se derrumbó sobre la cama. Esa noche se acostó realmente tarde, esperando a que su padre entrara, calmado, diciendo que todo estaba bien, que nada malo había ocurrido. Se arrebujó, envuelta en su gruesa manta y se dejó acunar por el murmullo de la tormenta.

Horas más tarde —aunque no sabría concretar cuántas— se despertó al oír unos pasos aproximándose hacia la puerta, que se abrió con un crujido. Margaret se levantó sin hacer ruido y se asomó al pasillo desde el dormitorio. Advirtió que los Charlton ya se habían ido, dejando a las niñas durmiendo profundamente a merced de los borrachos.

De pronto, la bombilla del pasillo se encendió, dejando ver el atormentado rostro de Hans, arrastrándose hasta su habitación.

Margaret se acercó con precaución, pero frenó a unos cuantos metros de distancia. Al ver a su hija pequeña allí de pie, con las manos entrelazadas tras la espalda y un camisón que le quedaba demasiado largo, observándole desde el pasillo, se sobresaltó.

—Margaret... —farfulló. Ella tragó saliva.

—¿Qué habéis hecho?

Su padre no contestó. Permaneció apoyado en la pared, tambaleándose de un lado a otro e intentando mantener el equilibrio. Entonces, Margaret tragó saliva y recitó de memoria las palabras escogidas con sumo cuidado que llevaban toda la noche revoloteando en su mente.

—Elin ha estado a punto de contarme algo. Algo importante. Algo sobre ti. —mintió. La pequeña leyó en su expresión que aquello no le agradaba lo más mínimo, pero, aun así, agregó, desafiante. — ¿Sabes qué es?

Hans dio un paso al frente mientras clavaba una profunda mirada inquisitiva en su hija. Siguió acercándose, como un depredador a su presa, antes siquiera de que ésta haya detectado el peligro. Margaret vio en él algo que no supo descifrar, pero decidió dejarlo pasar. Retrocedió, intimidada, o quizá apestada por el olor a alcohol. Su padre parecía cada vez más irritado.

—¿Dónde está Robert?

Hans vaciló, y, de pronto, sus ojos se humedecieron

—Papá...

Este siguió sin reaccionar, preso de su arrebato como si Margaret no estuviera allí.

Una ráfaga de aire frío le hizo estremecer, e instintivamente la pequeña miró hacia la puerta de la entrada, que su padre había dejado abierta. Le llegaron del exterior ruidos de golpes y gritos, y, sin pensárselo dos veces, salió corriendo para ver qué estaba sucediendo fuera.

XXII

Audí una vez más a las cumbres, pero esta vez completamente sola, y me abrumó un silencio, que, sin ti, se volvió el doble de pesado. El sol no brilló más desde aquel día, no ha vuelto a salir desde entonces. Siento frío cada vez que estando aquí escucho un ruido, pues no estás, y nada habrá ya de protegerme.

E. C.

Marzo, 2001

—No, en absoluto. Elliot era odiado por todos, y aunque se diera por hecho que su muerte no había sido un accidente, no creo que nadie hubiera hecho nada para impedirlo, pero matar a una cría es algo diferente... —apuntó John.

—Entiendo, pero, al fin y al cabo, era su hija... quizá el odio se extendiera a toda su familia.

—No lo creo. Este pueblo es muy tranquilo, desde aquello no ha vuelto a suceder nada destacable... No son unos asesinos.

—¿Cómo es que las cartas no sufrieron ningún daño en el incendio si, como dice, nada más pudo salvarse?

—Buena pregunta, señorita. Creo que antes de... que se produjese, alguien las reunió. Supongo que fue Robert Charlton. Como ve, todas llegaron a su destino, así que supongo que las habría encontrado en su casa... Pero la que Claire envió debió ser robada de la propiedad de Collinwood. Puede que Robert se presentara allí tras encontrar las cartas y las cosas no salieran bien.

—Sin duda, todo encaja...

—Desgraciadamente.

Permanecimos en silencio durante un instante. Le devolví las cartas y jugueteé con mis manos, cabizbaja.

—Con que ese fue su final... —murmuré.

—¿Disculpe?

—Oh, no es nada. Sólo que... la señora Landbeck y la hija de Elliot eran inseparables, y temo que ella desconoce lo que le pasó realmente...

—Hans Landbeck era un miembro activo de la comunidad, no dudo que mantuviera una amistad con Robert Charlton y William Corman...

—¿Insinúa que también tuvo algo que ver?

—Es posible. Como le dije, sus hijas son... excéntricas. No sería extraño que también estuvieran encubriendo lo sucedido.

—No, es imposible... He estado hablando con ella y es evidente que Elin le importaba. —John se encogió de hombros, se dirigió al lugar de donde había sacado los papeles y los devolvió a su sitio.

—Yo sólo estoy al tanto de lo que revelan estos archivos.

—¿Tiene algo sobre ellas? Quiero decir... ¿sobre la familia Landbeck?

—Supongo que sí, venga por aquí. A ver... Bingo. Landbeck. ¿Cuáles está buscando exactamente? ¿Los de Hans, o los de... emm... Ivory y Margaret?

—Me es indiferente.

—Le daré los de Hans, pues. Si hay algo sobre su posible participación en el crimen, estará aquí. — cogí la carpeta que me ofreció, casi con ansia, y empecé a rebuscar entre los papeles. Él me miró de reojo.

—Oiga... Es posible que no encuentre nada... Como sabe, aunque hubiera tenido algo que ver no figuraría nada ahí... Corman y Charlton se habrían encargado de ello...

Ignoré lo que decía, a pesar de que tenía razón. Continué pasando las páginas y leyéndolas por encima, cuando de pronto mi corazón dio un vuelco.

—Mire. —señalé el escrito que contenía su información personal. —Hans Landbeck, 13 de mayo de 1890... también es de Holwick.... —John dejó de examinar las etiquetas de las estanterías y se acercó.

—Sí, en realidad hay varias familias de este pueblo que provienen de Holwick.

—¿Por ejemplo?

John vaciló.

—Los Corman, creo recordar.

—¿Corman? ¿Puede enseñarme los archivos de su familia?

—Por supuesto. ¿Qué es lo que busca?

—Tengo una corazonada... Podría ser una pista...

—Aquí están. —abrió la carpeta y buscó entre los folios. —Se mudaron aquí en 1912... Y mire, tenía un hermano pequeño.

—¿Tenía?

—Al parecer murió en Holwick... asesinado en una pelea en 1901.

—Oh... —solté. —Eso explica muchas cosas...

—Eso parece.

—Se está haciendo tarde. Muchas gracias, señor Moor, no habría averiguado tanto sin usted. —él rió.

—Es mi trabajo... Espero que haya encontrado lo que buscaba. —en realidad no lo había hecho, pero ¿qué más podría saber él si lo poco de lo que quedaba constancia estaba manipulado?

—Sólo una cosa más... ¿Sabe dónde se encontraba la propiedad de los Collinwood?

XXIII

Ya no hay luz en la montaña, ni sol, ni lluvia ni nieve, solo ráfagas de viento que tan pronto han venido, se van, y que cruelmente me recuerdan tu ausencia. Lo negro se cierne, ¡oh, porque no estás! ¡Te has ido tan rápido, y sin mí! ¡El mundo llora!

E. C.

Diciembre, 1933

Un plan. El plan. Llevaba ya dos años viviendo como un fantasma, y aunque se repetía una y otra vez que todo aquello había acabado, el mortecino regusto de la rutina no había cesado de irrumpir implacablemente en sus pensamientos. Vivir esperando un rayo de sol era de todo menos sano, pero ahora tenía todo lo que quería: se había librado del hoyo en el que habían tratado de hundirla en el pasado, y de ello alardeaba hoy en día como prueba de su fuerza, pero ¿dónde estaban esas chispas que creía encontrar llegados a este punto?

Conseguir dejar entrar a Margaret a hurtadillas de su padre había resultado un éxito rotundo. Ahora no tendría que soportar la presión y la vergüenza social tanto como antes, ya que, al menos, se trataba de algo similar a una amiga, y para qué mentir, todas las horas que pasaba entretenida en su casa gracias a ella le habían traído algo de paz a su padre.

Su casa. No hace mucho el vagar en silencio entre aquellos muros le traía a la mente los versos de Lorca que decían: «Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa». Seguía sintiéndose así, a diario, pero es sorprendente a todo lo que la mente se acostumbra, y ya no veía aquella situación como algo malo, como un problema... Aprendió a convivir con sus demonios, y esto fue posible gracias a que actualmente la vida le abría los brazos un poco más. Había conseguido dedicarse a lo que amaba: inventar historias con Margaret, y había aprendido a quererse a sí misma lo suficiente como para que no hicieran más mella en ella las opiniones de la gente. Era quién de verdad quería ser. Por fin era libre para descubrirse a sí misma.

El viento azotaba los muros, rugiendo, feroz, y silbando al colarse por las rendijas de las ventanas. Las paredes de la casa de la arboleda parecían temblar y estremecerse ante la fuerza de la tormenta.

Su intensidad no era constante, si no que parecía un llanto desconsolado, de esos que, en arrebatos de pasión, te hacen perder hasta el último aliento.

La lluvia caía con la fuerza del granizo, y Elin temió por un momento que llegara alcanzar la fuerza suficiente como para echar del todo a perder su precioso jardín inglés.

Aun así, el murmullo le pareció lejano, y a excepción de alguna ráfaga especialmente agresiva que hizo crujir los cimientos, le relajaba, y en cierto modo le gustaba.

Miró el cuaderno que tenía abierto sobre el regazo, y, como de costumbre, se sintió terriblemente sola.

Lo cerró y caminó hacia la ventana del dormitorio. Observó su imagen reflejada sobre la finca que se extendía más allá del caserón, pero miró más allá.

Desde que llegó se había sentido cautivada por el páramo frío y brumoso que se alzaba, imponente sobre el pueblo. Era un lugar que alentaba su tendencia a sentirse sola.

Volvió a echar un vistazo a su reflejo. Intentó buscar el rostro de su madre en él, pero no lo encontró.

Entonces recordó vagamente el rostro de Evelynn, tan bello y tan dulce, y deseó parecerse a ella. Ojalá no hubiera muerto, pensó. Ojalá nunca hubieran abandonado Holwick; el lugar donde toda aquella mentira podía adoptar, a veces, una forma muy similar a la de una realidad.

Tal vez aquello que le había contado Elliot fuera cierto. Puede que una maldición pesara realmente sobre ella.

No, qué tontería, la única causa del aura de dolor y odio que parecía seguirla a todas partes era ella misma. ¿Acaso no has pensado por qué estás sola, por qué nadie te quiere cerca, ni siquiera tu familia? Sacudió la cabeza. ¿Quién ha dicho eso?

Se tumbó sobre la cama y se frotó las sienes, abrumada —no precisamente por el exceso de visitas— y trató de descansar.

Hasta mañana, hermanita, había dicho. Su propia voz retumbó en su cabeza, golpeando su mente. ¿Por qué entonces no le contó lo que sabía? Pensó. ¿Por qué no le habló de las maquinaciones que condujeron a lo que la pequeña creía una declaración espontánea?

Estaba cansada de luchar, esta vez sí que le había afectado. Ya no quería probar más, o intentarlo, estaba lista para dejarlo todo atrás.

Quería perder su antiguo yo, aunque sabía que soñar con una nueva vida era inútil.

Vivir siempre a la sombra... a veces deseaba ahogarse y llevarse con ella todo aquello. Dejó que la lluvia llegara, dejó entrar nuevamente al dolor, esa sensación que, desgraciadamente, la había acompañado tanto que hasta volver a sentirla era algo parecido a sentirse como en casa.

Entonces oyó algo a lo lejos, o más bien *a alguien*. Los pasos de Elliot cesaron, y, en su lugar, el silencio se inundó con los delicados golpecillos de sus puños en la puerta.

—¿Elin? ¿Estás bien? —ella no contestó. Se escuchó el largo y débil suspiro de Elliot a través de la separación entre las dos puertas de madera.

—He visto la luz encendida. Es muy tarde, son ya las cinco de la madrugada... Sé que la echas mucho de menos, cariño, pero debes descansar. —Elin se estremeció cuando el recuerdo de Kin atravesó su mente, pero, como es natural, éste se hizo mucho menos insoportable con el tiempo. Sonrió, pero no con alegría. Resultaba insólita la capacidad del ser humano para acostumbrarse a todo, incluso a la penosa y oscura sensación del continuo dolor y a la amargura.

Como de costumbre, sus esperanzas habían caído de nuevo en el vacío. La herida de Kin se infectó, y Elliot tuvo que matarla con su revólver.

Elin se levantó sin hacer ruido, se enjugó las lágrimas y apagó la luz. Permaneció inmóvil hasta que los pasos de su padre se perdieron de nuevo por el pasillo, ocultos por el sonido de la lluvia.

En el fondo, sentía pena por él. Sabía que tampoco lograba conciliar el sueño con facilidad. No era la primera vez que se lo encontraba vagando por los pasillos a altas horas de la noche, con esa palidez espectral propia de él marcada en el rostro.

Había algo curioso en aquel hombre. Tal vez fuera su presencia, o quizá su aspecto inusual, pero todas las personas preferían mantenerse a distancia mientras divulgan terribles historias sobre su naturaleza. Tenían mucho más en común de que en un principio pensaba.

No resultaba difícil sentir aversión por Elliot, y el hecho de que fuera descortés, solitario e inquietante era solo la punta del iceberg.

Dejando esos hechos de lado, poseía algunos rayos de luz, pero, desafortunadamente, su odio arruinaba con frecuencia todo lo bueno que pudiera provenir de él.

Por eso le aterraba, le asustaba que le dijera con gravedad cómo habían de ser, con esa serenidad que, irónicamente, podría sacudir las entrañas del mundo. Aun así, creía que había logrado estar cerca de poder entenderle... su infelicidad, el desarraigo, el sentir que no es esa tu vida, que no perteneces aquí.

Por eso le daba tanta pena que guardase para sí esa tormenta, que le protegiera de su devastación, cuando, en el fondo, puede que sea cierto lo que decía, que aquí tampoco serían felices, es decir, quizá, ¿qué se parecía a él?

Elin, en el fondo, le apreciaba. Ella sabía mejor que nadie que escondía más de lo que pudiera parecer, algo que no resultaba sorprendente en alguien con un pasado atormentado como el suyo. Un pasado que le perseguía, incluso aún a día de hoy. Alguien que, agravado por el infortunio, había perdido toda amabilidad, probablemente al igual que ella.

De pronto sus pasos volvieron a hacerse audibles, y ésta vez se acercaron cada vez más deprisa a su dormitorio. Elin se incorporó, inquieta, y miró hacia la puerta, justo a tiempo para ver cómo ésta era abierta con urgencia por Elliot. Algo en ella gritó: corre. Era un instinto muy fuerte.

A partir de entonces todo ocurrió a cámara lenta.

La atmósfera cargada de la estancia se impregnó de pronto del olor que desprende la ropa de quien entra viniendo de estar al aire libre. Un aroma familiar para Elin. El aroma de sus bosques. Lo añoraba.

Un grito en la negrura de la noche, proveniente del exterior. Un crujido de madera. Los ojos enloquecidos de Elliot que se clavaron en ella, llameantes, y le miraron con un dolor abrumador, gritando algo incomprensible mientras se acercaba, volviéndose a cada instante más amenazador. La imagen de su delgado cuerpo, alto y esquelético, vestido con un bombín y un frac oscuro que acentuaba su palidez se grabó en su —ahora frágil— memoria por la energía desgarradora que de pronto salió de él. Elliot continuó corriendo y gritando hacia ella con una inquietante impaciencia, una obsesión frenética, la mirada de un loco. De otro loco, más bien.

—¡Deprisa! ¡Elin! ¡Hay hombres en el exterior, pretenden entrar en casa!

Elliot se abalanzó sobre la atónita joven, la ayudó a levantarse y la guió hasta la ventana.

Entonces se oyó el sonido de la puerta principal abriéndose con brusquedad, y los bramidos de alguien que voceaba desde la entrada. Elliot apremió a Elin a descolgarse por la ventana, que gracias a Dios estaba en el primer piso, y así, tal y como estaba, Elin obedeció sus órdenes y echó a correr por el jardín inglés bajo la lluvia, descalza y en camisón, lo más lejos posible de la propiedad.

XXIV

*Pero es mi culpa que no estés aquí... y todos estos fantasmas que me rondan continúan susurrándome, sin dejarme dormir, o decirte ¡oh, pequeña! Por favor, vuelve a mí...
Te extraño.*

E. C.

Marzo, 2001

En realidad no sé por qué lo he preguntado. No sé por qué he venido aquí, pero, ¿quién no obedece de vez en cuando a sus impulsos? El caserón descansaba sobre una pequeña colina solitaria, rodeada de árboles entre los que ahora sólo quedaba un espacio delimitado por los restos de un muro, la verja de la entrada y unas cuantas vigas de madera de roble en su interior.

Me adentré en la propiedad y caminé entre los restos de la construcción. Imaginé qué habría en las habitaciones por las que paseaba, cómo estaría decorada, cómo sería vivir en un lugar tan magnífico como aquel. Visualicé a sus inquilinos viviendo allí, sentados en el sofá, correteando por los pasillos... incluso me pareció oír a Elin recitando sus versos mientras vagaba por las habitaciones, pero una súbita presencia me devolvió a la realidad.

—¿Margaret?

—¡Santo cielo, Catherine! —se arrebujó en su chal y se acercó a mí. Ya no tenía el aspecto vivaracho y jovial que poseía cuando la conocí. Parecía melancólica y triste... mucho más anciana. —¿Qué haces aquí?

—Yo... he venido paseando. Acabo de estar en el registro y...

—Sigues dándole vueltas a esta historia, ¿eh?

—Sí... entiendo que no quieren que me entrometa en sus asuntos del pasado... pero es que esto es ... simplemente necesito saber el final.

—Si te soy sincera, yo también, querida. ¿Qué has descubierto?

La verdad es que estuve a punto de echarle en cara todo lo que había averiguado. Si lo que contaba John era cierto, ella estaba encubriendo algún dato, pero acusarla directamente de ello después de que me confiara todo —o casi todo— lo que sabía no me ayudaría a conocer qué ocurrió.

—El señor Moor me ha contado lo del incidente.

—El incendio... —bajó la mirada, pesarosa, y observó los restos de la casa con aire amargo. —Debo admitir que yo también hice algunas indagaciones al respecto...

—¿Qué fue lo que pasó?

—La mañana antes del incendio ocurrió algo. Ella y mi hermana se pelearon... no tenía la menor importancia, por supuesto, pero te puedes imaginar cómo era Ivory entonces... —añadió meneando la cabeza. —Además, varias piezas de ganado habían aparecido muertas, y claro, toda la culpa recayó en los dueños de la perra. Arthur y Ivory estaban comprometidos, y el señor Charlton se enteró de lo ocurrido. Mi padre se lo contó ese día en una comida... nuestras familias se reunieron para planificar los detalles de la boda, y ambos estaban ebrios... —su rostro se ensombreció al igual que un día soleado que una nube vuelve de color plomizo.

—¿Cree que ellos...?

—No lo creo, pequeña, estoy segura. La comida acabó tarde y los dos hombres salieron a buscar al señor Collinwood. Él le guardaba rencor ¿sabes, querida? Sospechaba que Elliot era el amante de su mujer... Yo había salido, y me la encontré por el camino. Se había escapado, estaba muy asustada. Me contó que unos hombres habían entrado en su casa y que su padre había recibido una brutal paliza. Los vecinos organizaron una batida para acabar con la perra loba. Ya lo habían hecho, ¿sabes? Pero nunca consiguieron darle caza, solamente lograron hierirla una vez...

—Sí, lo sé... la pata...

Ella asintió.

—No sé lo que pasó en esta casa, pero estoy segura de que ellos... —sollozó la anciana.

—Tranquila, Margaret, la acompañaré a casa... No hace falta que continúe...

—Sí, querida, es necesario. —miró al cielo haciendo una pausa, tomó aire, y añadió:

—Hay personas que nunca se van por completo, ¿sabes? Que jamás nos dejan, aunque ya no estén, y a veces se escucha su voz. —rió, y se tapó la cara con las manos, avergonzaba. —Qué tontería ¿no...? Y, sin embargo, tan cierto... la siento sonreír... —su mirada se perdió en algún punto del paisaje.

Entonces, sacudió la cabeza, sonriendo, y me clavó sus almendrados ojos verdes.

—Como te digo, me encontré a Elin momentos antes de la pelea. Estaba bien, sólo asustada y desorientada... supongo que Elliot la sacó de allí, temiendo lo que podría pasar. Mi padre estaba en la casa, y me gusta pensar que no hizo nada malo... No temía lo que pudiera hacerle a Elliot, sino a Elin. El odio que les inspiraba era... infundado, y sé que en otro estado no se habría atrevido a causarle ningún daño...

—Pero... si se encontró a Elin momentos antes de la pelea, es evidente que no pudo hacerle nada...

—No, querida... verás, ella regresó a la casa en busca de su padre, sabía lo que le habían hecho y trató de buscar ayuda...

—No la volvió a ver, ¿verdad?

—Tras aquello, no... —sonrió, pesarosa, como si saboreara con nostalgia el agri dulce sabor de ese recuerdo. —Nunca.

—¿Cree que Robert Charlton pudo haberla... matado también?

—No. Él no lo hizo. —me dio la impresión de en verdad así lo creía, pero pronunciarlo en voz alta resultaba mucho más doloroso para ella que mantener aquel hecho en la duda.

—Esa noche, mi padre volvió llorando. No estaba tan borracho como Robert, pero aun así, era peligroso. Dijo que había hecho algo horrible, que se arrepentía, que era un ser despreciable... Pero cuando le pregunté qué había hecho, si había herido a alguien, negaba con la cabeza. Sólo repetía y repetía que estaría eternamente arrepentido, que no había vuelta atrás...

Ladeé la cabeza, confundida.

—Avory estaba segura que la había matado, y me insistió en que mantuviera el secreto, pero yo sé la verdad.

A pesar de estar al aire libre se hizo de pronto un silencio casi sobrecogedor.

—Cuando me encontré a Elin fuera estaba muy nerviosa, como es natural. No me dijo nada, simplemente me miró y se sacó del camión el revólver del señor Collinwood. Murmuró que él se lo había entregado para que huyera, pero en ese momento cambió de opinión. Se escucharon los gritos de Elliot y entonces Elin me cogió del brazo y me arrastró con ella al interior de la casa, pero cuando llegamos al jardín inglés, éste ya estaba envuelto en llamas. Ella comenzó a llorar... yo ya la había visto hacerlo muchas veces, y la mayor parte del tiempo no sabía qué le ocurría, pero aquella vez fue diferente. Me pidió que huyera con ella, que no nos quedaba nada aquí. Iríamos a Londres, y ella cuidaría de mí... Pero yo sí tenía una familia que perder, y, además, cómo íbamos a sobrevivir en la capital si ninguna de las dos había cumplido la mayoría de edad... Le rogué que se quedara, y ella amenazó con suicidarse allí mismo.

—Oh...

La conversación se interrumpió mientras procesábamos esa información.

—¿Lo hizo?

—No lo sé. En ese momento llegaron más vecinos, entre ellos mi padre. Supongo que al final se sintió arrepentido. Elin salió corriendo con el arma y nunca más volví a saber de ella. El alcalde se ocupó de limpiar el desastre de mi padre y de Charlton, y ninguno fue investigado. Los Charlton se marcharon del pueblo, y por ello Avory nunca llegó a casarse... Tras el incendio se borraron todas las pruebas, pero, como es natural, el lugar se llenó de curiosos. Se encontraron restos del señor Collinwood, pero no de Elin.

—¡Margaret! ¡Eso es genial! ¡Es la prueba de que Elin sigue viva! —ella rió.

—Bueno, es posible que continuara con vida, sí, pero dudo mucho que a día de hoy siga entre nosotros.

—Ya... bueno... —me froté la nuca, avergonzada e intenté arreglarlo. —Aunque si es de la edad de Avory...

—No, no, querida, era mayor.

—Lo que quería decir es que al menos no murió... de aquella forma.

—De eso creo estar segura. Después del incidente pillé a mi padre en numerosas ocasiones siguiéndole la pista a Elin. Parecía decidido a encontrarla. Yo deseaba que lo hiciera, pero, como habrá adivinado, nunca lo logró.

—¿Por qué la buscaba si siempre la había odiado?

Margaret se encogió de hombros.

—Después de todos estos años dándole vueltas aún no he conseguido averiguarlo.

XXV

Cartas

Abril, 2001

Supuse en un principio que esta historia no tendría un final convencional. Me conformé con dejar su verdadero desenlace en la duda neblinosa de la que procedía, porque, al fin y al cabo, lo que había averiguado era todo lo que podría llegar a conocer sobre el misterio. O eso pensaba.

Tras regresar a Londres —y esta vez de forma definitiva— comencé a redactar mi aventura y los secretos que había desvelado con ella.

Por fin, una historia digna de contar. Pensé en cambiar el final, darle un giro inventado o añadirle algún elemento ficticio para contentar a mi editora. Pensé también en hacer hincapié en los rumores sobre la bestia e incluir un ser sobrenatural en la historia, pero inmediatamente deseché la idea. No quería imaginar cómo reaccionaría Margaret si algún día decidía leer este libro y descubriría que me había atrevido a convertir a su mejor amiga en un monstruo. También barajé la idea de incluir el regreso de Elin, pero de nuevo esto sería demasiado doloroso para ella. Quería honrar al pasado, a su historia, pero me hallaba en una encrucijada, así que decidí dejar el final abierto, difuso en la bruma.

Pero finalmente no hizo falta, y es que, muchas veces, la realidad supera a la propia ficción, ¿no crees?

Como un regalo caído del cielo, recibí una carta de John Moor meses después. El cómo consiguió hacerse con mi dirección sigue siendo una incógnita para mí, pero mientras no sea víctima de sucesos extraños, tales como hombres encapuchados espíandome desde la ventana del piso de enfrente, o una tonelada de cartas diarias enviadas por él, lo dejaré pasar.

Dentro del sobre había una nota manuscrita, en la que, tras un quizá empalagoso saludo, me asegura que lo que estoy a punto de leer lo cambiará todo por completo.

Explicó que, al igual que a mí, su espíritu de detective lo había llevado a utilizar su empleo para conseguir con un par de llamadas las copias de unos documentos de Holwick, que además tuvo la amabilidad de incluir en su carta.

Eran de Hans, y, además, había una fotocopia de una carta manuscrita.

—Hans Landbeck, nacido en Holwick el 13 de mayo de 1890, hijo de Frederic Landbeck y Agnes Wood... —repasé por encima todo el documento. Era prácticamente idéntico a que había visto en el archivo.

—Padre y tutor legar de Blair, Avory y Margaret Landbeck... —farfullé atónita y exultante.

—¿Blair? ¿Quién es Blair Landbeck? —sonreí, saboreando el misterio de la primogénita de Hans.

Pasé las copias, en busca de más datos, o una posible explicación. La carta había sido enviada por William Corman en 1911. Pude adivinar que eran buenos amigos por el tono que empleaba.

En ella, William le informaba de que estaba al tanto del nacimiento de su primera hija, aunque no contenía ninguna felicitación.

Corman explicaba que su padre, que deduje que entonces pertenecería a algún cargo eclesiástico, le había advertido sobre su mujer. Éste afirmaba que la causa de su enfermedad, que creo entender que comenzó a padecer tras el nacimiento de Blair, fue causado por la niña. William argumentaba que, tal

y como su padre había dicho, la recién nacida no podía ser otra cosa que el demonio, y que su llegada al mundo colmaría de dolor y sufrimiento a su familia.

Según contaba, sufría cambios de comportamiento, temperatura corporal, y una dejadez hacia su persona: descuidaba su aspecto y su salud, y se negaba a abandonar la cama. Al parecer fueron a visitarla varios médicos y sacerdotes, entre ellos el reverendo Charles Corman, y al no lograr diagnosticar ninguna enfermedad existente, todos llegaron a la conclusión de que estaba bajo la influencia de las fuerzas de Satán.

¿Iba en serio cuando escribió todo lo que estoy leyendo?

Sea verdad o no, de una forma o de otra aquella mujer era pagana, ya que según relata William: «*se expresa con groserías y blasfemias impropias de una mujer*», y «*demuestra abiertamente su rechazo a colocar objetos sagrados en su lugar de convalecencia*», o a «*que se le practiquen las convenientes prácticas religiosas para su mejora espiritual*».

Y esto no es lo más frustrante, si no el hecho de que Corman insiste en que Hans se libre del demonio que su mujer acaba de traer al mundo, es decir, de Blair, y así, asegura, su mujer se recuperará y ambos estarán libres del mal.

John no incluye la contestación a dicha carta, por lo que no sé si finalmente Hans se deshizo de su primogénita o si su mujer se recuperó, aunque teniendo en cuenta el hecho de que ni Avory ni Margaret la mencionaron, lo más probable es que así fuera.

Seguí leyendo, y antes de despedirse, William añade en letra pequeña que cree tener la solución. Según se ha enterado, una tal Evelyn Acker es estéril, y está a punto de contraer matrimonio con un hombre llamado Elliot Collinwood.

En esas apenas tres líneas, Corman solamente deja caer el dato, pero tras leer todo lo anterior, está claro lo que pretende.

Como por arte de magia recordé que el cuaderno de Elin seguía en mi habitación. Lo cogí de nuevo y pasé sus páginas. A pesar de que es cierto que le eché algún vistazo, no le presté demasiada atención al final. ¿Lo sabría Elin? ¿Sabría quién era realmente?

Había relatos sobre Kin, sobre la soledad de la niña después de que... en fin, la sacrificaran, y un par de papeles doblados escondidos entre las últimas páginas. Parecían cartas, o, mejor dicho, sus borradores, ya que era evidente que nunca se habían llegado a enviar.

Una de ellas estaba llena de odio, y más que una carta parecía una nota personal, garabateada con resentimiento sobre un trozo de papel fragmentado.

«Ojalá pudieras sentir todo lo que me has hecho. Quiero que me entiendas, que me conozcas, mejor dicho, y me dejes ser feliz. Quiero alejarte de mí, quiero no volver a este sitio, y quiero quedarme siempre aquí. Llora horas enteras por tu culpa, llora porque nadie me oye, porque no hago nada y a la vez no puedo parar de hacerlo.

Porque quiero huir y porque no puedo hacerlo, aunque sé que soy capaz... y porque, aunque lo hiciera no le importaría a nadie.

Años enteros perdidos a tu merced, soportando la constante presión de tu presencia y la sensación de que me ahogo, de querer morir. Te detesto. Te odio. No te haces una idea. Sigue creyendo ingenuamente que es mi culpa, que se pasará con el tiempo, que eres buen padre.

Pasará el tiempo, pero no mis ideas, y pronto llegará del día en el que, al fin, seré libre. Desafortunadamente no se cumplirá mi deseo de que sientas todo lo que he sufrido por tu culpa.

¡Con gran dolor grito a despecho que esta vida en silencio me mata! Todos los días son el mismo, mismas paredes, mismas caras aburridas, solitarias, deprimidas. Misma rutina, misma tristeza que nunca acaba, porque, en cambio, acabaré yo.»

Mi primer pensamiento fue que Elin se refería a Elliot, pero tras la conversación que mantuve con Margaret en las ruinas de la propiedad de los Collinwood, supuse que iba dirigida a Hans.

La otra carta estaba doblada con más cuidado, y hasta tenía un fino lazo de color negro envolviéndola, que entendí al retirarlo que utilizaba para mantener unidas dos hojas de papel. La primera decía así:

«Dicen que somos de quien nos encuentra en pedazos y nos quiere hasta juntar todas las piezas.

Eso es lo que tú has hecho conmigo, y será lo que siempre te agradeceré: que no te importen mis defectos, y que a pesar de ellos me consideres hermosa y me enseñes, me ayudes a corregirlos, y, en definitiva, a ser mejor en todo...

Ese cariño, esa comprensión, el perdón, la sensación de estar en casa... nada más importa, porque en esos momentos contigo sólo existimos nosotros.

Haberte conocido y tenerte en mi vida es un regalo que aprecio muchísimo, a pesar de que tenga que ser de esta forma. Me siento muy afortunada de que estés a mi lado, hermanita. Probablemente nunca sabrás lo que hiciste, ni cuánto te debo... no sólo reuniste mis pedazos, me hiciste seguir, recuperar el aliento no sabes cuántas veces.

Aunque nunca lo sepas tú eres la única razón, el pensamiento que me alumbra cuando todo lo demás se ha apagado... y no sé cómo, pero me gustaría devolvértelo, o, al menos, decirte lo que significa para mí que, literalmente, me hallas salvado la vida, así que a modo de pago te contaré la verdad. Me duele enormemente no haberlo confesado antes, pero al menos me queda el recuerdo de haber pasado tantas horas juntas en mi casa o en el bosque... y es que no sabía lo sola que en verdad estaba hasta que, de pronto, me vi sin ti. Tú eres lo más cerca de la felicidad de lo que jamás he estado.

P.D.: También debes agradecerle a Elliot esta información, ya que ha sido él quien ha insistido en que, finalmente, te lo cuente, además de que se ha encargado personalmente de conseguir la copia que te envié.

Un enorme abrazo de tu amiga, hermana, y confidente,

Blair Landbeck Woca

Enseguida me pregunté por qué Blair no había llegado a entregar ésta carta. Era evidente que Margaret ignoraba la verdad, si hubiera leído ambos escritos todo habría sido diferente. La segunda hoja de papel era una copia del documento que John me había enviado: la prueba de que, efectivamente, Elin era la hija mayor de Hans Landbeck.

De pronto me invadió una sensación incontrolable de frustración y nerviosismo. Ambas habíamos tenido el cuaderno entre las manos días atrás... habíamos ojeado sus páginas, esas que incluso Blair siquiera había permitido a Margaret leer.

¡Margaret! Me abalancé inmediatamente sobre la guía de teléfonos y rebusqué hasta encontrar el número de las hermanas Landbeck.

Les conté todo lo que ahora sabía, y les prometí enviarles todo lo que John y yo habíamos averiguado, además, por supuesto, de la carta de Blair.

Avory se quedó sin palabras, y cuando Margaret se puso el teléfono, la oí llorar. Mi corazón se partió, pero sabía que, en el fondo, entre todo aquel arrepentimiento, esas lágrimas contenían también alegría.

No necesité volver a inspeccionar el cuaderno de Elin. Margaret recibió la última pieza con los brazos abiertos y la encajó por fin en su lugar.

—Vaya... —dijo, sollozando. —Blair... —no pude evitar sonreír al imaginarme su rostro iluminándose, finalmente en paz, y sus labios sonriendo mientras saboreaban su verdadero nombre, su recuerdo. —Si no lo veo no lo creo.

Y no le faltaba razón... precisamente aquello que no se ve es lo que más se teme, lo que se desprecia... Lo que convirtió a Blair Landbeck en un ser permanentemente atrapado entre la luz y la oscuridad al que le pudo la nostalgia, una indomable nostalgia que la mantuvo apegada a ese lugar, del que pudiera decirse que formaba parte: un páramo barrido por el viento y la lluvia. El lugar que eligió de entre todos los del mundo para convertir en su refugio vital.



Decidí volver por última vez al pueblo. No llamé a Margaret ni a John, si no que volví a hacer un pequeño viaje personal, de despedida, tal vez. Subí a la cumbre del páramo, al mismo lugar que la primera vez.

Rondé por los senderos furtivos, que ahora se hallaban difuminados debido a frondosa vegetación que los cubría. Sólo se oía el piar de los pájaros, algún que otro granizo, ladridos ahogados por la lejanía y las viejas campanas de la iglesia.

Soplaba una brisa fresca y fría, pero el día estaba despejado, y el sol producía un dulce picor en las mejillas. Su luz primaveral, dorada y tenue, brillaba, cálida, a pesar de que era evidente que esa mañana había helado.

Enterré el diario en el mismo lugar en el que lo había encontrado, y su esencia volvió a igualarse a la del entorno. Me hubiera gustado saber si fue Blair quien verdaderamente los escondió aquí, y a dónde huyó después del incendio.

En cierto modo, entendía cómo se sentía. Aun sabiendo quién era realmente, no contó con nadie a quien decírselo; no contó si quiera con una vida normal, amigos normales, una familia... Nadie la aceptó.

La imaginé paseando por estos mismos lugares salvajes con su perra, observando esa vida de la que estuvieron aisladas durante tanto tiempo. Visualicé sus ojos muertos contemplando desde esta cumbre el pueblo por el que sangraron aquel día.

Los fantasmas del páramo... dos personajes fascinantes, verdaderamente extraños e insólitos.

Quién sabe, puede que al toparme con su diario ella misma estuviera pidiendo que terminara de escribir su historia.

Vislumbré su piel clara, su largo cabello dorado deslizándose alrededor de sus hombros, sus pómulos... todo ello formó de pronto una imagen ante mí, tan vívida que dejaría en mi mente —y en este libro— el cautivador recuerdo de su azarosa suerte, porque puede que no fuera más que eso, un espíritu atemporal, extranjero en un lugar y un tiempo al que no perteneció, pero en el que, desafortunadamente, le tocó vivir.

Ahí estaba, tal vez, la clave. Quizá aquella añoranza era lo que la ponía enferma. Quizá continuar caminando indefinidamente era la única forma de adentrarse en lo poco que quedaba de ella, como si hubiera trozos suyos desperdigados por aquellos lugares y perderse y vagar durante horas fuera su forma de ir juntando las piezas.

La humedad de la bruma acentuó el frío del viento, pero continué buscando los caminos entre la maleza, que con la inminente llegada de la primavera se hallaban ocultos, cubiertos por la vegetación.

Las primeras gotas de lluvia temprana cayeron sobre mi cabeza, y a lo lejos se oía tronar. El diario había regresado a su lugar. Lo que queda de Blair ha vuelto al sitio al que pertenecía. Quizá ya no le importe a nadie. Puede que haya significado algo para muy pocas personas, pero a pesar de lo poco que la suerte le dio, ella fue capaz de regalar todo aquello que no tuvo. Fue el consuelo de Elliot, la mejor amistad de Margaret, el hogar de Kin, la inspiración de mi historia... Una historia que, aunque parezca finalizada, solamente es el principio, ya que, aunque hayamos conseguido destapar todos sus secretos, la búsqueda de la extraña muchacha no ha hecho más que comenzar.